

Lorena Fuentes

ARIES S LLO



*¿Darías un salto
olvidando lo malo, para
amar de nuevo?*

Bilología
ATRÉVETE A AMAR II

RESILIO

¿Darías un salto olvidando lo malo para amar de nuevo?

Bilología Atrévete a amar

Vol. II

Lorena Fuentes

Resilio, biología Atrévete a Amar Vol. I

Lorena Fuentes

Todos los derechos reservados

© Lorena Fuentes, 2018

® SafeCreative Código de registro: 1807317894143

Edición y Revisión: Sophie Beau, Vanessa Méndez, Irma Puerta.

Diseño de cubierta e interior: H. Kramer

Fotografía de tapa: © VanoVasaio/Shutterstock.com

Primera edición: agosto 2018

ISBN-13: 978-1724632357

ISBN-10: 1724632353

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Prólogo

Parte I

-1-

-2-

-3-

-4-

-5-

-6-

-7-

-8-

-9-

-10-

-11-

-12-

-13-

-14-

-15-

-16-

-17-

-18-

-19-

-20-

-21-

-22-

-23-

-24-

-25-

-26-

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Otros títulos

Para Kramer y Rubén Darío.

Y para ti, mamá.

"Si tuviera que volver a comenzar mi vida, intentaría encontrar antes
mucho antes".

El Principito, Antoine de Saint-Exupéry

Prólogo

Tiro la colilla del cigarrillo antes de que él despierte, creo que estoy cometiendo un error e incluso así continúo a su lado.

No he podido sacar de mi corazón al hombre que me hizo daño, el mismo que mató a Ina aquella noche que corté mis venas. Lo perdoné o eso creo, lo cierto es que no estoy muy segura de lo que siento. Espero que cuando regrese a Londres pase mucho tiempo antes de encontrarlo, amar duele tanto que parece que te clavan dagas en el alma.

Porque cuando Andrew me toca solo pienso en él, solo puedo compararlo con él y eso hace que el pedestal en el cual tengo a Connor sea muy difícil de alcanzar.

Connor se convirtió en todo sin darme cuenta.

Connor era fuego y yo glacial que se estaba derritiendo.

Connor me abrazaba y me sentía en casa.

Connor era más.

En este momento solo quiero pensar en ella, mi hija y encontrar la forma de demostrarle a ella y al mundo que soy capaz de cuidarla y cuidarme. No voy a mentir que todos los días cuando despierto, siento sed de alcohol o quizás cuando la noche cae percibo la necesidad de esnifar un poco de cocaína, soy una adicta en rehabilitación.

El pasado no puedes borrarlo, pero cuando vives el presente un día a la vez sabes que tú puedes construir un futuro.

Ella es mi futuro, mi presente y el pasado.

Elizabeth es todo.

Voy a regresar por ella.

Y voy a ser feliz cueste lo que cueste.

Parte II

El renacer

-1

El tiempo se desvaneció desdibujando los recuerdos del pasado, transcurrieron tres largos años desde aquel cataclismo que la orillaron su inseguridad y sus miedos infantiles. Sin embargo, Paulina Ferguson no se arrepentía de nada de lo que tocó vivir aquellos meses en Londres, la ciudad que estaba destinada a destruirla. Esa caída en específico le sirvió para darse cuenta de los errores que cometió, porque cuando dejó ir todo aquello que la atormentaba, solo pudo encontrar que dentro de ella estaba dormida una fuerte y poderosa mujer. Madurar y perdonar fue lo más difícil y sabía que lo había, ya que había logrado obtener el alta médica con su psicólogo. Aquel era el primero de los tantos triunfos que estaba dispuesta a alcanzar en su camino a la resiliencia.

Ina emprendió la gran calzada de superar sus traumas, pues aquella chiquilla asustada nunca subestimó a las personas que le aseguraron que debía exorcizar sus más horribles miedos, para así poder dejar atrás sus demonios. Abandonó el alcohol y las drogas con mucho esfuerzo, ya eran parte de su pasado tormentoso. Regresó a París que era su Purgatorio personal y así lavar sus pecados para ser mejor persona. Pese a toda aquella paz que había encontrado, consideraba que estaba llegando el momento de regresar de nuevo a Londres, para demostrarles a todos que ella era otra persona y que iba con todo para recuperar a su hija.

Decidió llamar a su abuela al salir del consultorio para comunicarle su decisión. Esperó impaciente a que atendiera su móvil y se burló pensando lo tenía extraviado en algún lugar.

—¡Maldito aparato! —Escuchó a su abuela exclamar al otro lado, provocando que casi soltara una carcajada—. ¿Paulina, me escuchas?

—Sí, pero no grites abuela —contestó sonriendo—. ¿Estás bien?

—Sí, mi niña, solo que estoy en el bridge y no encontraba el aparato dentro del bolso.

—Abuela, te llamaba para informarte de que llegaré en tres días, te pido que tengas todo listo para mi regreso y le avises a David que viviré en la villa de mis padres.

Sarah cayó de golpe en la silla bajo la atenta mirada de sus compañeras de juegos, la anciana estaba asustada y no por desconfiar de la recuperación de su nieta, más bien temía por todos aquellos que le habían hecho daño a la chica. Al fin, había llegado el momento en que ellos pagarían las consecuencias de todos sus actos.

—¿Estás segura? —inquirió preocupada.

—Lo estoy. —Paulina suspiró cansada de que su abuela dudara—. Te amo, más tarde te llamaré para informarte el itinerario del vuelo y se lo informes a mi hermano.

—Te espero con los brazos abiertos —expresó emocionada Sarah.

—Saluda a David de mi parte —Paulina colgó la llamada.

Encendió el auto y con premura salió del estacionamiento con rumbo a su pequeño piso. En un rápido movimiento accionó la radio, la emisora que estaba puesta estaba transmitiendo el clásico de la música francesa *Non, Je Ne Regrette Rien*, en la exquisita voz de Edith Piaf. Sonrió pues para ella eran el momento perfecto y la canción perfecta para su nuevo comienzo, ese que tanto había deseado y que estaba saboreando como una victoria.

Al llegar a su hogar tiró las llaves y el bolso sobre el sofá para ir directo a su computador. Esperó impaciente a que la máquina encendiera, ya que ese día

más que nunca se sentía ansiosa por ver a su pequeña hija. Fue a la cocina por agua pensando que debía buscar un pequeño acercamiento con Elizabeth. Puso los ojos en blanco porque odiaba tanto aquel nombre, sin embargo, el tiempo era su mayor enemigo y ocho años en que se perdió la vida entera de ella. Siempre quiso vivir la experiencia de los primeros pasos, palabras, gestos y hasta sus primeras enfermedades, aceptaba con pesar que la niña solo conocía ese nombre y que no podía llegar haciendo cambios que pudieran perjudicarlo. Se sentó de nuevo un poco contrariada, pero todo ese sentimiento se diluyó cuando observó su bandeja de entrada, pues como todos los días Piper, la investigadora privada le enviaba fotos que tomaba a distancia de su hija.

Aquellas imágenes la hacían luchar por ser una mejor persona cada día de su vida, la verdad era que estaba aprendiendo que no necesitaba de nadie para estar bien, que el amor verdadero comenzaba con el propio y que ella poseía el poder de lograr todo lo que se propusiera como meta. Pero para Paulina todo aquello era nuevo, porque logró entender que siempre tuvo el poder en sus manos de volver realidad sus sueños.

Los primeros meses en Londres luego de su intento de suicidio, fueron los más duros de su vida se encontraba perdida sin la cocina y sin él, Connor, el hombre por el cual bajó sus barreras y como una tempestad terminó de destruir la poca estabilidad que poseía. Luego de meditarlo por días concluyó que lo mejor era buscar ayuda en manos profesionales, entendió que era el primer paso que tuvo que haber dado antes de regresar. Aquella nueva ansiedad que emergió en su ser parecía no desaparecer con la ayuda del psiquiatra, por eso con pesar concluyó que lo mejor era de nuevo dejar la ciudad que era su Cielo y su Infierno.

Para el momento que tomó la decisión de partir, ya habían transcurrido seis meses sin él, lo extrañaba más que nunca mientras su corazón seguía roto,

olvidarlo era imposible estando los dos en el mismo lugar. Claude de nuevo fue su salvador, porque le abrió las puertas de su restaurante, puesto que Jean Pierre había aceptado el empleo de su vida en un restaurante norteamericano.

Paulina se sentía estable mentalmente, pero llevaba como recordatorio unas pequeñas marcas blanquecinas en sus muñecas que eran producto de aquel pasado turbio que había vivido, sin embargo, era vulnerable ante aquellas cicatrices en su muñeca, porque como todo ser humano ella había caído y no supo levantarse, aceptó que era perfectamente imperfecta como todos.

Su familia y amigos le enseñaron que la vida podía tener colores, pues no todo debía verse en blanco y negro, porque es bueno matizar la vida con aprendizajes que te dejen algo más que malos recuerdos. Tuvo momentos donde deseaba salir corriendo para esconderse en las alas de cualquier persona, le tocó reconocer que superar todo fue una tarea bastante complicada, ya que mostrarse de acuerdo con su terapeuta de que era una mujer dependiente a otras personas y que sobre todo necesitaba de muestras de cariño para sentirse segura, la hicieron sentir débil.

Aprendió a superar la muerte por muy traumática que hubiese sido, puesto que eso era lo más seguro que teníamos en la vida, nacemos para morir. Perdonó a sus padres por haberla dejado sola y también le concedió el mismo beneplácito a George, no obstante, lo más importante era que se había perdonado a si misma por todo el daño que se había hecho por perderlos a ellos.

Lorraine iba cada dos meses a visitarla para cerciorarse que estaba bien, temía por la estabilidad emocional de ella mientras que su relación con David se estancó en un limbo sin sentido, porque la rubia no podía perdonarle que le ocultara el paradero de su sobrina. Paulina trató de ser la mediadora entre ellos, pero no lograba ningún avance. Eso la hizo sentirse culpable, porque le

estaba fastidiando de alguna manera la felicidad a su hermano.

Estaba orgullosa que en otros aspectos de su vida avanzó muchísimo, sobre todo en lo laboral pues había sido reseñada como una de los mejores chefs pasteleros de París. Se cerraron muchas puertas en su corazón y otras se abrían para dar paso a nuevas experiencias.

Andrew no se despegó ni un solo día de su lado, ya que viajaba casi todos los fines de semanas y la llamaba a diario para asegurarse que se encontraba bien. La chica comprendió que quien persevera alcanzaba lo que más desea y, que muchas veces el amor podía encenderse y avivarse con la yesca que recibe. Por eso finalmente aceptó que podían estar juntos, llevaban cortos tres meses intentando una relación.

Ilusionada con el cercano encuentro decidió descargar las fotos y llamarlo para comunicarle las nuevas buenas. Al tercer tono escuchó:

—*Sunshine*^{lll} —murmuró Andrew aquel apelativo cariño que había optado para ella.

—¡Tengo buenas noticias! —exclamó emocionada.

—Cuéntame —contestó imitando el tono de voz de la chica.

—Te visitaré en tres días.

—¡Lo conseguiste! —contestó emocionado—. Mi vida, te espero con los brazos abiertos. ¿Vivirás en casa?

Paulina dudó por un momento, porque deseaba emprender este nuevo viaje sola. Le gustaba estar en silencio con sus pensamientos y necesitaba demostrarse así misma que podía lograr todo sin ayuda. Deseaba esta vez llevar las cosas con calma y vivir el día a día, abrir los ojos cada mañana con entusiasmo y cerrarlos con la esperanza de un despertar.

—Quiero probar primero sola. —Escuchó un resoplido de su interlocutor, por eso se apresuró a decir—: Después tenemos una vida para estar juntos, estamos comenzando apenas esta relación, no me iré a ningún otro lugar.

—¿Me lo prometes? —preguntó Andrew con tono de duda.

—Es una promesa.

—Te amo, *sunshine* —le dijo con la esperanza que ella entendiera su ansiedad por tenerla.

—Te quiero —murmuró ella en respuesta, ya que todavía no se atrevía a pronunciar aquellas palabras.

«Nunca le dije te amo a Connor y lo hacía, pero a ti no puedo, perdóname, Andrew». Recordar su pasado la hacía sentirse débil.

Hablaron por unos minutos mientras revisaban un vuelo que se amoldara al ajetreado horario de trabajo de él. Acordaron que Andrew iría por ella al aeropuerto, para luego llevarla a casa de su abuela. Paulina colgó con la promesa de estar juntos.

—Londres, voy de nuevo por ti y esta vez para quedarme para siempre.

Pensó en voz alta mientras enviaba su itinerario de vuelo a su abuela.

El avión de Connor había hecho escala en París, regresaba al fin a casa después de estar en Australia por largo tiempo. Deseaba llegar tan pronto ya que estuvo casi ocho meses fuera de Londres, creía que estar lejos fue la mejor decisión de su vida, para así dejar atrás el dolor que le causaba estar en la cocina de su restaurante sin ella. Sin embargo, decidió volver pues deseaba sorprender a Alan con la noticia de que abrirían un nuevo restaurante en

Cambridge. Solo por eso abordó el avión en primera clase que lo llevaría de vuelta a su hogar, porque necesitaba ver y compartir un poco más con su hija, recuperar el tiempo que estuvo lejos. Reconocía que se había perdido gran parte de su vida en esos meses, esperó paciente a que los demás pasajeros abordaran mientras disfrutaba del vaso de bourbon que le habían ofrecido por la demora.

Paulina llegó con retraso al aeropuerto y estaba a punto de perder el vuelo a causa del atasco que consiguió de camino. Divisó que una azafata estaba por cerrar la puerta de embarque, corrió como si su vida pendiera de un hilo, lo más asombroso es que lo hacía encima de unos *stilettos* de veinte centímetros, cuando casi estaba por llegar gritó con desespero:

—¡Espere, espere, por favor!

Derrapó frente a la puerta con una habilidad extraordinaria, dejando boquiabiertos a muchos que echaron un vistazo a las largas piernas que poseía la chica. Abordó el avión y una de las azafatas la acompañó hasta su asiento con premura, pues estaban a minutos de despegar. Paulina se sentó y se distrajo abrochando su cinturón de seguridad. Un cosquilleo recorrió su cuerpo que la hizo sentir extraña, pensó que era parte de los nervios que albergaba por su regreso, sin embargo, el hormigueo le recordó las veces que Connor la miraba mientras ella estaba distraída.

Alzó su mirada para pedirle a la azafata que le llevará un vaso de agua con gas y una rodaja de lima, pero se quedó abismaba por la intensidad de unos ojos verdes que la observaban con anhelo y, que hace algún tiempo lo hacían de la misma manera en la intimidad de sábanas revueltas por la pasión y el amor.

«Connor...», susurró en su mente sobrepasada por los recuerdos del

pasado. «Dios, no ahora, ¿por qué ahora?»

El tiempo quedó suspendido entre Paulina y Connor. Ella no salía de su asombro por encontrarlo de nuevo y él estaba deslumbrado como la primera vez que la vio en la discoteca. Aquel amor emergía de nuevo como un ave Fénix, pero ella deseaba apagar las llamas pues no estaba dispuesta a cometer los mismos errores del pasado.

—Ina —susurró Connor con emoción, saboreando su nombre de nuevo en sus labios.

Él no podía creer que ella estaba frente a frente, simplemente su sueño se había convertido en realidad y la tenía cerca una vez más. Esta era su segunda oportunidad, su vuelta de página, su llamado a vivir de nuevo; simplemente su vida se había quedado suspendida en el ayer y el recuerdo tormentoso de su amor. Pero tenerla de nuevo delante de él lo hacía respirar con tranquilidad, porque nunca la había dejado de amar.

Ella respiró brusco y él observó en como su rostro pasó del asombro a la rabia más palpable. Aquella reacción rompió de nuevo su corazón en mil pedazos. Su esperanza se desvaneció, se le formó un gran nudo en la garganta y tragó en seco, pues mientras él se alegraba, ella parecía sentir incómoda con su presencia.

—¡No! —exclamó molesta tratando de quitarse el cinturón de seguridad.

«No me puede pasar esto, no ahora», Paulina se repetía en su mente, porque asustada al ver de nuevo al hombre que amaba con toda su alma y que la había destruido.

Su contradicción.

Su talón de Aquiles.

ÉL.

Connor.

—Ina —repitió su nombre con dulzura.

—Señorita, estamos a punto de despegar —le advirtió una azafata cuando se acercó a ella.

—Tengo que bajarme de este avión —contestó nerviosa, necesitaba salir de ahí y olvidarse de la idea de volver a Londres.

El avión alzó vuelo mientras en el corazón de Paulina se instalaba la añoranza del pasado, sabía que alguna vez lo volvería ver, más no pensó que sería tan rápido. Cuando pudo quitarse el cinturón se levantó y fue en busca de alguien que resolviera su problema. Habló con una de las chicas que coordinaba su clase y que con un fajo de billetes bastante elevado la cambió de lugar. Se tomó el agua temblando y le pidió al cielo que le diera las fuerzas por soportar las pocas horas de vuelo.

Connor no podía salir de su asombro y su cuerpo reaccionó con tan solo mirarla, era como el polo opuesto que siempre iba a atraerle. Los años pasaron y seguía siendo una hermosa mujer, pero también percibió que se había convertido en una más fuerte y dura. Había respetado su decisión y se fue de su lado, sin embargo, para él habían sido los años más terribles de su existencia, ya que nunca la dejó de amar. Ahora el destino la ponía de nuevo en su camino. ¿Significaría algo? Estaba dispuesto a descubrirlo, por una sola razón que se resumía a que la seguía amando.

Escribió cartas en donde trataba de justificarse por sus errores y las envió sin recibir respuesta alguna, también la buscó para decirle en persona lo mucho que la amaba y no lo hizo por miedo a su rechazo. En algún momento perdió su rastro y su tiempo como acosador llegó a su fin con su partida. Poco

a poco se resignó que no volvería a verla, a escuchar su voz, tocar su piel suave y colorida por cada uno de sus tatuajes, mas no podía olvidarla y reconocía que la extrañaba como nunca pensó hacerlo. Decirle adiós destruyó su vida, porque reconocía que le hizo mucho daño cuando en realidad solo deseaba protegerla.

Tenerla cerca lo estaba matando y se acrecentaba su dolor con el rechazo. Paulina era todo lo que necesitaba para sentirse vivo. Su error fue amarla de más y, ahora, pues ahora lo pagaba con el odio que percibió en aquellos ojos azules que alguna vez lo miraron con amor.

Una vuelta de hoja les regalaba la vida para no cometer los mismos errores, solo que ella parecía haber convertido su amor en odio, lo olvidó como se olvidan las cosas sin importancia. Sin embargo, no se daría por vencido para luchar por su amor una vez más.

«Te amo, Paulina», susurró en su mente y ella se giró para mirarlo, creyó que podía leer sus pensamientos cuando sus mejillas se sonrojaron.

-2-

Paulina bajó corriendo del avión para huir de otro encuentro con Connor, dio gracias a los contactos que poseía su hermano y que disfrutara el título de Lord, ya que pudo saltarse todos los trámites de aduanas y evitó mirar atrás, porque su pasado era algo que no debía traer a su presente.

Su pasado era igual a problemas, los mismos que siempre la hacían perder su norte. Sus sentimientos emprendieron una lucha entre la razón y el amor, fue tan fuerte volver a ver a Connor ya que sufrió tanto tiempo por él, pero bastó encontrárselo para entender que todo ese sentimiento no se había extinguido por completo.

Al salir se calmó un poco al darse cuenta de que Andrew la esperaba con los brazos abiertos, ella se lanzó a ellos buscando la calma que necesitaba. Su amigo y ahora amante se había convertido en su conexión al mundo real, su cable a tierra. Encendió el botón de querer con el cerebro y le ordenó a su corazón se calmara.

—Estás aquí —susurró Andrew e inhaló aquella fragancia de rosas que lo seguía embriagando como un adolescente.

—Sí, pero vamos a casa —Paulina contestó rompiendo el abrazo queriendo salir corriendo de aquel sitio.

«Ya estás aquí, ya serás por siempre mía», pensó Andrew tomándola de la mano para salir del sitio.

—Vale —aceptó Andrew.

—Ya quiero ver a todos —se excusó, por un momento su mente la traicionó y miró atrás. Esos ojos verdes la miraron con rabia y pensó que era

lo mejor.

Connor observó aquella escena desde lejos y se enfureció al darse cuenta de que la había perdido, pues estaba claro que encontró el amor en los brazos de otro hombre, bueno del idiota que estuvo a su lado. Andrew seguro vivió a su lado sus momentos más oscuros mientras que él trataba de acercarse a ella sin lograrlo. Le costó convencerse de que era una posibilidad de que ella pudiera rehacer su vida, sin embargo, nunca imaginó que lo olvidaría, porque pensaba que el amor que los dos abrigaron dentro de su corazón era inquebrantable.

Pero ella lo olvidó.

Ahora está otro hombre que le daría lo que él deseaba.

El arrepentimiento era algo que lo atormentaba.

Ojalá pudiera recuperarla, a ELLA, a su chica de ojos azules.

Su Paulina.

Pasó el vuelo tratando de acercarse a ella y preguntarle sobre cada año que se perdió, se abstuvo de hacer algo temiendo a su reacción, no estaba preparado para el rechazo. El destino era burdo y cruel ya que le estaba pasando facturas por sus errores de aquella manera. Tomó su bolso de lona y salió con el mal sabor de boca del reencuentro con el amor de su vida, puesto que le supo tan amargo que deseaba morir.

«La voy a recuperar», aseguró su mente al subir al taxi con destino a Chelsea.

Andrew notaba que Paulina estaba nerviosa y pensó que podía estar

experimentando un ataque de ansiedad por su regreso. Anhelaba estar con ella en las buenas y en las malas, ya que a pesar que estaban juntos, sentía que ella no estaba dispuesta a entregarlo todo para que la relación saliera a flote como él lo esperaba. Exceptuando algunas ocasiones donde parecía ser feliz a su lado y él amaba aquellos momentos, por eso su corazón guardaba la esperanza de construir lo que se había desviado por algún tropiezo. Tomó su mano y la llevó hasta sus labios para darle un beso, deseaba transmitirle que todo iba a salir bien y estaba a su lado.

Por su parte, Paulina se estaba calmando del encuentro con Connor. Ansiaba olvidar todo aquello para enfocarse a recuperar a su hija y todo el tiempo que había perdido con ella. Londres la recibía bajo un torrencial aguacero, lo que provocó que sonriera ya que aquel clima la hacía rememorar recuerdos felices que tuvo en aquella ciudad, porque no todo era malo. Ahora solo trataba de recordar lo bueno y olvidarse de todos aquellos sucesos que marcaron su corazón, aprendió que revolcarse sobre la mierda era el peor de los tormentos.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Andrew para romper aquel silencio incómodo.

—Estoy bien, Cielo. Te prometo que no voy a volverme loca de nuevo —contestó ella buscando su mirada.

Andrew besó su mano y sonrió con la vista puesta en el camino. Estar de aquella forma con ella lo llenaba y lo hacía sentir seguro.

—Tenemos que resolver algunas cosas, pero lo de Lizzie está por terminar y creo que será más fácil de lo que crees. —Andrew tenía varios Ases bajo la manga para hacer feliz a Paulina y sabía que recuperar a su hija era primordial para la chica de ojos azules—. Te tengo varias sorpresas, por

ahora quiero que sientas que estar a mi lado en Londres será diferente.

—Andrew. —Paulina no dudaba del amor de Andrew, pero si lo hacía del de ella—. Vamos...

—No, *Sunshine*, tengo que disfrutar cada momento junto a ti y quiero demostrarte que puedes ser feliz —la interrumpió pues no desea escuchar las palabras favoritas de ella: VAMOS CON CALMA.

—Yo aprendí que mi felicidad no depende de nadie, solo de mí — respondió ella y sintió como Andrew se tensó a su lado, necesitaba dejarle en claro que las cosas habían cambiado y agregó—: Estamos juntos Andrew, pero no puedo depender de ti o de otra persona. ¡Ya no más!, lo siento — susurró eso último sintiéndose apenada.

Andrew sabía que tenía la razón, pero lo cierto era que deseaba que ella dependiera de él para que nunca pudiera irse de su lado. Sonaba egoísta, pero habían transcurrido muchos años mientras esperaba paciente a que Paulina se diera cuenta de que él era el hombre indicado; ahora que lo había conseguido deseaba ponerle un anillo y olvidarse del mundo que los rodeaba para vivir su vida, solo necesitaba tiempo para encerrarla en su mundo en donde solo existirían los dos. Soltó su mano y la llevó al rostro de la chica para acariciarla con ternura.

—Te entiendo —mintió para congraciarse con la chica.

—Te quiero.

Él encendió el reproductor de música y eso causó que Paulina esbozara una sonrisa negando, porque no cambiaba sus gustos musicales, aquella era una de las razones por la cuales estaba a su lado. Los momentos de intimidad y de complicidad era lo que más le gustaba de Andrew. Sonaba un poco de *Chasings Cars* y, el viaje de vuelta a casa fue tranquilo, aunque encontraron un

poco de tráfico por la lluvia. Cuando el auto cruzó en la calle donde estaba ubicada la casa de la abuela de la chica, hizo que su corazón palpitara emocionado, pues cada día faltaba menos para tener a su hija a su lado. Bajó corriendo y al abrir la puerta de la casa todos al unísono gritaron:

—¡Sorpresa!

Ella corrió hasta donde estaba Lorraine y se fundieron en un abrazo. Le debía mucho a su amiga y era momento de empezar a devolver favores.

—¡Gracias! —murmuró conmovida, se separó de su amiga para abrazar a su abuela.

Esta vez sintió que su regreso no estaría lleno de tropiezos, estaba sentando cabeza y más que emprender una venganza, deseaba el pronto encuentro con su pequeña hija. Ser feliz, aunque el mundo le diera razones para no serlo, enseñarle a Lizzie que la vida estaba llena de matices y que sus padres la amaban antes de que naciera.

David esperaba impaciente que su pequeña Ina también lo abrazara, le dolió que no fueron sus brazos a los que primero saltó, no obstante, sabía que ella lo había perdonado el error de querer sobreprotegerla. Se sintió orgulloso de la mujer que había regresado, ya que no fue para nada fácil que encontrara el camino, pero ahí estaba frente a él recuperada y dispuesta a luchar para conseguir sus objetivos. Fortaleza había sido la palabra clave para él y para la a chica que soportaron lo peor, pero ahora tocaba el tiempo para recoger los frutos.

—Te extrañé... —susurró David en el oído de Paulina—. Te quiero, Ina.

Paulina se separó de su hermano, lo tomó del rostro para darle un beso sonoro en la mejilla y así poder expresar las palabras que debió decirle desde hace mucho tiempo:

—Gracias, porque sin ti quizás estaría muerta.

David negó y la atrajo hacía él mientras todos aplaudían. Él buscó la mirada de Lorraine y ella le regaló una sonrisa comedida. Tenía esperanzas que con el regreso de su hermana y con los cambios que estaban surgiendo en su vida, la rubia le concedería el perdón que le negaba desde hace tres años. Estaban juntos, más no revueltos y eso lo estaba volviendo loco, puesto que la amaba.

Aquel fue el recibimiento perfecto para Paulina. Agradeció el gesto, disfrutó de los detalles y amor que todos le estaban brindando. El cariño que su familia le profesaba era inquebrantable y eso lo había aprendido en los momentos más difíciles.

Connor llegó a casa y la primera en recibirlo fue su hermosa Emily, la abrazó y la alzó en sus brazos para darle todos los besos que por la distancia no pudo darle. Ocho meses habían estado separados, ella se estaba convirtiendo en una hermosa señorita y él se hacía cada día un poco más viejo.

—¡Papá, te extrañé! —murmuró la niña abrazándose al cuello de su padre.

—¡Y yo a ti! —contestó él emocionado y la bajó alejándola un poco de él—. Déjame verte, pero que grande estás.

Alan y sus padres salieron de la cocina se acercaron para recibir al hombre que había huido en aquel viaje por el dolor que lo perseguía desde la partida de Paulina. Conversaron entretenidos y abrieron los regalos que Connor le trajo a cada uno.

No obstante, él no lograba sacarse de la mente el reencuentro con Paulina,

su dulce chica de ojos azules y la mujer la cual seguía amando, la perdió por culpa de los juegos sucios y su miedo de contarle la verdad.

Luego de cenar se acostó con Emily a ver televisión, pero ella se detuvo en un canal de noticias amarillista cuando vio el rostro de la chica.

—¿No es Ina? —preguntó asombrada la niña al ver a la chef besándose con otro hombre. Connor apretó sus puños, lleno de ira, porque él había visto la escena en primera fila—. ¡Sí, papi, es ella!

—Sí, lo es —respondió arisco y le quitó el control remoto para cambiar de canal.

—Muchas veces la extraño como a mamá —susurró Emily.

Connor se conmovió por la confesión de la pequeña y la abrazó para reconfortarla. Recordó lo mucho que los dos sufrieron con la salida de Paulina de sus vidas. Emily había experimentado de nuevo otro abandono y trato de explicarle que no era su culpa, que la chef estaba muy enferma y tenía que sanar. Sin embargo, ya el daño estaba hecho ya que a la niña le costó casi seis meses aceptar que no volvería a ver a la chica de ojos azules.

Para él fue diferente pues no pudo superarlo, se sintió culpable la había decepcionado ya que había faltado a sus promesas y casi de manera profética supo que sería un amor breve, pero tan intenso que incluso mucho antes de que la relación comenzara ya tenía miedo de perderla. Pese a eso decidió luchar para estar a su lado, porque Paulina había tocado su corazón y su alma mientras que poco a poco lo convertía de nuevo en un adicto, sí, era un adicto a ella, a sus besos, a su cuerpo y a cada segundo que vivieron y deseaba revivir.

La noche del adiós más doloroso de su vida, sin pensarlo él le rompió el alma y los sueños a la chica, era el único culpable de su infierno. Si estuvieran

juntos quizás tuvieran un hijo o estarían todavía disfrutando de la pasión desmesurada.

Poco a poco su corazón se resignó de que ella se marchó de su lado para siempre, lo que un día había llegado a su vida ya no formaba parte de ella, porque apenas transcurrieron unos días de conocerla cuando sintió que era todo para él y por su desliz perdió lo que más amaba. Se quedó estancado en el camino de aceptar que no regresaría, le dolía pronunciar su nombre porque era un recordatorio de lo que deseaba y no podría tener nunca más.

La desilusión y dolor fueron menguando en la búsqueda de un nuevo horizonte, fueron tres largos años en los cuales pensó que sus caminos no iban a cruzarse nunca más, pero cuando la vio en el avión con la mirada desesperada todos los recuerdos se precipitaron y su amor volvió a emerger. Pues en ese mismo instante supo que la amaba con tan solo mirarla, sin embargo, la estaba perdiendo de nuevo porque estaba con otro que no era él.

Necesitaba creer que encontrarse de nuevo era una nueva oportunidad, pese a su esperanza se sentía confundido al sentirla tan fría, pues estaba acostumbrado a las muchas veces que entre sus brazos vivieron el éxtasis que les regalaba la pasión y su amor.

Ella huyó como él lo hizo del recuerdo que lo atormentaba en cada rincón de su casa y en el restaurante en donde juntos pasaron los mejores momentos de su corta relación. Muchas veces lo atacaban las pesadillas y era él quien encontraba a Paulina luego de su intento de suicidio, se despertaba sudando y caía de rodillas con la respiración agitada ya que siempre llegaba tarde. Tenía una disputa interna, porque a pesar de que le había fallado, fue ella la que tomó la decisión de abandonarlo y no estar más a su lado.

Estando en Australia consiguió un poco de esa paz que necesitaba para

olvidarla, pero muchas veces lo que más deseamos regresa para recordarte los tiempos felices y te sientes miserable por sentir esos momentos inalcanzables. Paulina había vuelto a Londres, solo que ahora iba del brazo de Andrew Britt y él un simple espectador.

Dejó de lado su disyuntiva interna y la verdad era que deseaba tanto enamorarla de nuevo, solo necesitaba lograrlo sin decepciones y secretos. Quería darlo todo puesto que solo podía amarla a ella y solamente a ella. Olvidar los fantasmas y ser felices.

—Y yo... —Respiró hondo—. Le extraño a diario... —murmuró en respuesta besando la coronilla de su hija.

Paulina despertó a las cinco en punto como todas las mañanas, madrugar y hacer ejercicios era parte de su rutina diaria para mantenerse alejada de todo lo que le causaba adicciones, se dio una ducha rápida y se vistió con un conjunto deportivo y zapatillas. Colocó el iPod en la cinta que lo sujetaba a su antebrazo, con cautela de no despertar a nadie bajó las escaleras de la casa de su abuela, ya que había pasado la noche con ella. Encendió el cronometro y el dispositivo de música, a través de sus audífonos se reanudó la voz de Sting que cantaba *Every Breath You Take*.

Corrió a paso firme recordando lo que sucedió el día anterior en el avión, encontrarse a Connor removió sentimientos que creyó superados, sin embargo, se dio cuenta de que estuvo realmente enamorada de aquel hombre y que él aún ejercía el mismo embrujo sobre ella. Toparse con aquellos malditos ojos de color verde la descolocaron, porque muchas veces la miraron en el clamor de pasión susurrando palabras de amor y fue como una catástrofe anunciada, lo reconocía, lo amaba y no pudo olvidarlo en todo ese tiempo.

A pesar de sus sentimientos contradictorios estaba segura de que no podía volver a su lado, pues nunca le perdonaría las mentiras cuando fue un libro abierto para él. La decisión de irse de Londres en parte fue para superar la pérdida de su amor, necesitaba alejarse porque creía que sería como una adicta en recuperación si regresaba a su lado. Transcurrieron los años tratando de borrarlo de su corazón, pero al encontrárselo tuvo que respirar profundo ya que su corazón latió apresurado, sus piernas fallaron y las mariposas volaron como la primera vez que lo vio. Solo que esta vez no terminaron en una cama, ella no salió huyendo en la mañana, sino de un avión y tenía una nueva relación menos enfermiza en su vida.

Reconstruyó su vida de las ruinas que dejaron las malas decisiones que tomó en el pasado, no se arrepentía de nada, porque amar a George le dio a su pequeña y amar Connor la enseñó que no todo lo que brillaba era oro. Por eso que con Andrew se andaba con pies de plomo, desconfiaba, claro que lo hacía y además tanto amor sin condiciones le parecía extraño. Lo quería no lo negaba, estaba segura de que los unía era un sentimiento de agradecimiento de parte de ella, ya que él había estado a su lado cuando más lo necesitó, le ofreció un hombro en donde llorar y sus lágrimas junto a él aprendieron a reír. Su relación con él era el comienzo de una vida madura, lo que ella prefería porque necesitaba estar con alguien que la ayudara a mantenerse centrada, mas no de alguien que la hiciera volar por las nubes y olvidar lo que tenía que hacer.

«Debo sacarme a Connor de la cabeza», se dijo cuando ya alcanzaba la manzana donde estaba ubicada la casa de su abuela, pero se detuvo de golpe a observar un Aston Martin que estaba aparcado a unos cuantos metros de su casa. Para su sorpresa la puerta se abrió y Connor bajó vestido con un jean y cazadora de cuero abierta con una camiseta negra debajo de cuello en V, algunos mechones lisos de su rebelde cabellera se levantaban con la brisa

matutina. *November Rain* comenzaba su melodía y ella negó su cabeza porque se sentía asustada, pues su traicionero corazón volvía a latir desbocado con tan solo encontrárselo de nuevo.

«No, no, no», repetía en su mente paralizada.

Connor caminó decidido hacía ella ya que lo único que necesitaba en ese preciso instante era abrazarla. Ella lo miraba asustada y retrocedía, sin embargo, él fue más rápido y la alcanzó tomándola de la cintura. Paulina respiró hondo y se resistió, pero él percibió en sus ojos el amor contenido por tanto tiempo. La besó con amor, rabia y el anhelo que guardó en todo ese tiempo. Escuchó la melodía que sobresalía por los audífonos de la chica y eso le hizo recordar lo mucho que la había necesitado, todo lo que lloró en esos años bebiendo en bares. Ella se estremeció y cuando él sintió que su cuerpo se rendía a la imperiosa necesidad de su amor rompió el beso.

—Ina —musitó Connor pegando su frente a la de ella con los ojos cerrados.

Ella se soltó bruscamente de su agarre y le dio una bofetada enfurecida de que su cuerpo de nuevo la traicionaba reaccionando a su toque.

—Ina murió hace tres años y fuiste tú, tú —sollozó—, uno de los causantes de su muerte —concluyó molesta. Connor la miró sorprendido mientras se acariciaba en donde lo había golpeado. Aquellas duras palabras le partieron el corazón—. No se vuelva a acercarme nunca más a mí, porque tendré que tomar acciones legales, señor Bellamy.

Ella retomó el camino, pero él la detuvo tomándola por el codo. Los dos compartieron miradas enfurecidas y midiéndose, ya que ninguno estaba dispuesto a ceder. Por supuesto, Connor estaba decidido a recuperarla.

—Nunca te dejé de amar Paulina, y sí, fui el culpable de todo, necesito

que me escuches, aunque sea por última vez. —Connor se esforzó por mantenerse calmado, pero le desesperaba sentirla tan fría y distante—. Por favor —le suplicó.

—¡No! —Paulina se soltó y salió corriendo a su casa.

—¡Te sigo amando! —gritó Connor para que lo escuchara.

Paulina creyó que todo Belgravia escuchó aquellas palabras, por eso apresuró el paso hasta la casa y tratar de olvidar esa sensación de sentirse en sus brazos.

Connor se quedó ahí mirando con tristeza mientras ella huía de él, pero aunque lo decepcionaba con su reacción, guardaba la esperanza de que podían volver a estar juntos. Era simple, lo demostró y es que ella había correspondido a su beso y eso solo significaba algo:

Ella todavía sentía algo por él.

David encendió el sistema de sonido del auto, pero tuvo que detenerse unos segundos mientras buscaba en el iPod la canción que tanto les gustaba a su hermana y a él. Eran unos rebeldes de aquella sociedad tan cuadriculada donde habían nacido, estaban seguros que nunca aceptarían aquellas reglas, aunque él fingiera hacerlo. Por eso cuando los acordes de *Smells Like Teen Spirit* de Nirvana sonaron, poco a poco se dibujaron unas sonrisas en el rostro de los hermanos.

—¡Estás loco! —apostilló Paulina riéndose.

—En el fondo sigo siendo el chico grunge que te cantaba estás canciones para dormirte —respondió con una sonrisa encantadora y Paulina soltó una carcajada, mientras él agregó—. ¿Preparada para ir a Surrey?

—Muero por ver cómo quedó la casa de nuestros padres.

—Pues la verdad hice cambios muy mínimos. —Suspiró—. Espero que la decore a tu gusto y puedas empezar de nuevo.

—Gracias, David —Paulina tomó su mano y la apretó—. Sé que te he causado tantos problemas, por mi culpa Lorraine y tú.

—Lorraine no me perdona que te oculté la verdad, mejor dicho, la verdad a medias que habíamos encontrado Andrew y yo. —Exhaló cansado—. La amo y aunque he tratado de que me absuelva de mi culpa, parece que está decidida a no hacerlo.

Paulina sonrió ya que estaba segura de que su amiga seguía amando a David, ahora le tocaba jugar a la celestina y ya encontraría la forma de juntarlos.

—Prometo que voy ayudarte.

—Ina no es necesario que lo hagas —le refutó y sabía que a él era el único que dejaba llamarla aun así—. Le cambié el nombre a la casa —comentó cambiando de tema.

—¿Qué? ¿Por qué? —inquirió Paulina sorprendida—. No me consultaste, se suponía que el *loft* era tuyo y la casa mía.

—¡Cálmate! —contestó divertido—. La llamé Elizabeth como mi sobrina.

—David...

—Algún día ella vivirá ahí y creo que si vamos a cambiarle su vida, por lo menos debemos hacerla sentir que la amamos.

—Yo la amo tanto, ya deseo poder demostrarle lo mucho que la amo y cambiar todo el sufrimiento por alegrías.

—Lo sé, pero Renacuaja, recuerda que para ella todo será un cambio, y no sé, quizás sea difícil que se adapte.

—¿Crees que mi hija me rechace? —preguntó agobiada.

—Nadie puede rechazarte, quieres ser una oveja negra y eres un sol que brilla para todos. —David tomó su mano para apretarla—. No tengas miedo de lo que pueda pasar, recuerda que debes vivir un día a la vez.

Paulina suspiró esa parte la llenaba de miedo, porque mal o bien sus tíos la habían criado como su hija. No sabía si la pequeña conocía la verdad o parte de ella. A medida que pasaba el tiempo el anhelo de tenerla a su lado era más fuerte que cualquier otra cosa.

—Me da miedo que me odie —confesó asustada.

—No lo creo y además he conversado con Edward, ellos están dispuestos a ceder, siempre y cuando no hagamos de esto un escándalo.

—¿Todavía le crees a nuestro tío luego de todo lo que me hizo? —siseó Paulina molesta—. A ellos no les creo nada y recuerda que él mismo amenazó a la abuela con matarme si me acercaba.

—Paulina, si toda la verdad sale le quitarán el título, no creo que eso sea lo que él desee. —David sabía que su tío haría cualquier cosa por mantener el título nobiliario, pero a él no le gustaba perder y tendrían que estudiar las condiciones impondría este para aceptar que la niña se reuniera con su hermana—. Estoy seguro que aún podemos darle el beneficio de la duda.

—Yo de Edward Carnegie no espero nada bueno —murmuró Paulina enfurruñándose como una niña pequeña.

Lo que faltaba de camino hasta el pequeño Condado de Surrey, los hermanos lo hicieron en silencio escuchando Nirvana. Paulina todavía no

podía creer que su hermano creyera en las falsas promesas de su tío, porque si su buena voluntad hubiera sido cierta ya desde hace mucho estuviera junto a su hija. Sabía que para llegar a la niña tendría que hablar con su tía Elizabeth, no obstante, algo le decía que aquella mujer no estaba de acuerdo con lo que le hicieron. Si bien era cierto que cuando George murió ella la repudió, estaba segura su tía respetaba las decisiones de su hijo. Sospechaba que él no se suicidó por su culpa como le habían hecho creer su familia.

Luego de conversarlo con la terapeuta muchas veces llegaron a la conclusión que él podría haber sufrido de depresiones imperceptibles y que la gota que derramó el vaso fue el ver el sufrimiento que le estaban causando. Conjeturó una hipótesis en su mente buscando alguna razón para aquella decisión por mucho tiempo y luego de experimentarlo en primera persona, entendió que cuando se te cruza esa idea en la mente estás cansado de todo, no deseas ser la carga de nadie y que la vida para cualquiera persona depresiva es una mierda. Se vio las marcas que llevaba y cerró los ojos tratando de calmar la ansiedad.

Hacía los ejercicios de respiración para mantenerse serena, su encuentro con Connor la había alterado un poco. Verlo después de tanto tiempo fue como un recordatorio que era una adicta a él y luego con el beso que le recordó que aún su amor estaba intacto, todas las células de su cuerpo reaccionaron ante el toque del hombre que amaba y tan solo bastó aquel pequeño contacto para recordarle que le pertenecía. Aquel momento transcurrió como en una de película donde el protagonista masculino trata de recuperar a la chica, pero no sonaba alguna canción o sí, recordó que estaba escuchando a Guns N' Roses. También vinieron a su mente las palabras que él dijo y ese TE SIGO AMANDO, le revolvió los recuerdos causando que la nostalgia se convirtiera en una nube gris. Creía que nada duraba para siempre y que los corazones muchas veces podían cambiar, sin embargo, ahí estaba ella conteniendo todo

su amor por el chef.

Trató de olvidarse de todo ya que sentía que le debía tanto a Andrew y ese sentimiento la limitaba a sentir algo más, su relación era a base de agradecimiento y no de amor. Quizás el cariño de una amistad que perduraba a pesar de los altos y bajos de los dos.

Tenía que rescatar el orden de sus prioridades que eran: recuperar a su hija, abrir su negocio y vivir una vida tranquila y si tanto drama. Se encontraba en una cruzada en el amor, porque su mente le decía lo que debía hacer mientras su corazón batallaba por su amor por Connor, ya que él le había dejado un hueco en el alma y el agradecimiento que sintió por Andrew la dejaba en una situación un poco complicada.

«Tengo que ser fuerte», pensó al mismo tiempo que el auto se detuvo frente a la casa.

—David —musitó el nombre de su hermano emocionada al ver después de tanto tiempo su hogar.

—Lo sé, fue aquí donde supe que te cuidaré por siempre —murmuró él—. Vamos, bajemos y recorramos juntos en el único lugar en donde fuimos felices.

Se bajaron del auto y aquella casa idílica de campo los esperaba con un hermoso jardín, vestido con las hojas de los árboles que se estaban desnudando para recibir el invierno. Entraron por la verja que tenía el nombre de “Elizabeth” grabado en un pedazo de madera, el camino de adoquines llegaba hasta la puerta, era como esas cabañas que ves en una linda postal. David en el portal le entregó un manojito de llaves y le dijo:

—Es tuya, Paulina, aquí puedes ser feliz.

Paulina tomó las llaves con emoción, buscó con nostalgia la antigua que estaba segura que abriría aquella puerta. Cuando la puso en el cerrojo y escuchó el *click*, su tranquilidad era palpable en su rostro. Estaba de nuevo en la casa que sus padres construyeron para ellos, su felicidad, una tan grande que la hacía olvidar sus miedos.

—¡Oh, David! —exclamó emocionada—. ¡No le cambiaría nada!

—Tienes que hacerla tuya, hermanita —apuntó David, que se encontraba contento al ver como su hermana sonreía.

—Es nuestro hogar, aquí. —Paulina apuntó con su dedo el espacio que estaba entre la escalera y la puerta que comunicaba el comedor con ese recibidor—. Aquí era donde mamá colocaba el árbol de navidad. ¿Lo recuerdas?

—Sí...

Paulina tomó la mano de su hermano y lo llevó hasta el salón donde estaban los mismos muebles, pero con una tapicería diferente.

—Ahí frente la chimenea papá jugaba con nosotros. ¿Cómo voy a cambiar algo, si fui feliz aquí? —Suspiró Paulina al borde de las lágrimas—. Quiero compartir todo con ella, contarle de nuestros padres y de lo mucho que la habrían amado.

David abrazó su hermana y besó su coronilla, aguantó las lágrimas porque aquella casa removía recuerdos.

—Entonces no cambies nada, Renacuaja, porque Elizabeth merece conocer la historia de nuestros padres —musitó él contra el cabello de su hermana.

—¿Crees que a papá y mamá les hubiese gustado que tuviera una hija tan

joven? —inquirió nostálgica.

—No lo sabremos, pero te aseguro que si ellos estuvieran vivos quizás otra sería la historia.

—Los extraño.

—Y yo, pero estoy seguro que ellos no les gustaría vernos así. —David rompió el abrazo—. Nos toca ser felices hermanita y por primera vez te diré: Lucha por lo que quieres, porque no estás sola.

—No, lo sé. —Respiró hondo—. Te prometo que estoy bien y tengo que confesarte algo.

—¿Qué? —inquirió él alzando una ceja intrigado.

—Ayer cuando me subí en el avión me topé con Connor Bellamy — confesó escondiendo la mirada su hermano, respiró profundo y agregó—: Y hoy, él me esperaba afuera de la casa.

—¿Paulina! ¿Por qué no me dijiste? —inquirió molesto.

—No sé, pero quiero que estés seguro de que no quiero volver con él. Quisiera irme tan lejos tanto como pueda y nunca más verlo.

—¿Lo sigues amando? —David indagó molesto, porque después de enterarse lo que hizo el chef quiso matarlo.

—No es eso —contestó cansada—. Estoy con Andrew y estamos bien.

—¿Amas a Andrew? —David la atosigaba a preguntas preocupado.

—Lo quiero.

—Pero no lo amas. —David suspiró—. A ver, Paulina, sé que fue lo que te hizo el maldito chef y lo odio por eso, pero también luego me enteré que estuvo en algo turbio con Markus. Este desapareció luego de una golpiza que

le dio Connor y no lo quiero cerca de ti, por ahora necesito que te centres en Elizabeth y te olvides de lo demás.

—¡Yo lo sé mi hija está primero! ¡Y sí! Lo amo, para que negarlo — confesó cansada Paulina y caminó de un lado a otro—. Pero no quiero volver con él y cuando recupere a mi hija. —Se detuvo pensando sus palabras—. Voyirme tan lejos y desaparecer de nuevo. Necesito respirar tranquila, me gusta ser yo, a pesar de lo que siento por él, pero necesito estar lejos de Connor Bellamy.

—Paulina.

—No, David, estoy con Andrew porque me siento bien y sabes que lo quiero. Solo necesito que comprendas que si tengo que estar sola, lo estaré, puesto de que no quiero lastimarlo.

David la atrapó entre sus brazos y la abrazó fuerte, admiraba la nueva entereza que poseía su hermana y por supuesto que la apoyaría en cualquier decisión. Paulina nunca había sido sumisa, tampoco esperaba que ahora se convirtiera en eso. Les tocaba batallar por su hija y así todos lograr recuperar la estabilidad que necesitaban.

Ella se sentía protegida en los brazos de su hermano y se deshizo del miedo que traía el regreso de Connor. Tendría que hacerse la loca para no perderse y olvidarse de lo que deseaba, no necesitaba volver a la mentira que fue aquella relación. Quizás algún día le daría la oportunidad de escuchar sus razones, necesitaba darle el beneficio de la duda y constatar si podía ser sincero. El amor les puso trampas y ellos se hicieron daño, él con sus mentiras y ella con sus miedos.

—Elizabeth será feliz aquí —susurró su hermano.

—Seremos felices.

Paulina quiso creer aquellas dos palabras que susurró a su hermano. Solo que el pasado cada vez que volvía a su vida desbastaba todo a su paso.

«Atrévete a vivir». Recordó la frase del tatuaje de Connor y sintió que de nuevo su subconsciente la traicionaba.

Paulina se instaló en la casa que perteneció a sus padres, eso era lo que siempre deseó y le encantaba la tranquilidad de aquel condado. Llevaba una semana tranquila y alejada haciendo su nueva rutina en Surrey, que está ubicada a cuarenta minutos de la agitada Londres. Su mudanza era solo una excusa ya que estando ahí podía caminar entre el prado y mirar a su hija a lo lejos en la casa de sus tíos.

Estaba decidida a emprender un proyecto sencillo de pastelería, le encantaba hornear y con los años se había vuelto una experta maestra pastelera. Cocinar le hacía sentir sensaciones extrasensoriales que disfrutaba. Era el aroma de la vainilla en la leche a punto de hervor que se hacía presente, las galletas en el horno que la transportaban a su niñez para recordar a su madre mientras le cocinaba en aquel hogar donde reinaban las risas. Le costó mucho confesar que había escogido aquella carrera, porque George quería ser chef, a pesar de eso, ella se enamoró de la cocina y encontró su salvación. Bastó ese estrepitoso tropiezo en su vida que la hizo querer levantarse, para así darse cuenta de lo equivocada que estuvo por tanto tiempo.

Sacó las galletas y colocó la bandeja en el mesón de la cocina, perdió su mirada en la ventana que le mostraba la lluvia torrencial que caía esa tarde. Recordó una de las primeras sesiones a las que asistió cuando le contó al terapeuta aquel sueño que tuvo sobre sus padres y George, le dio una explicación meramente científica:

—Paulina, seguro que tu corazón estaba clínicamente muerto, pero no tu mente.

Pero para ella no era así, porque murió y volvió a la vida ya que no era su

momento. Muchas veces se preguntó si lo que le dijo George en aquel sueño era cierto y su tía era la una la dueña de la verdad. Las tardes de lluvia la ponían pensativa y nostálgica, poco a poco se acercaba al camino de aceptar que aquello fue una decisión personal por parte del chico, que ella no tenía nada que ver por más que la culparan.

Ella tenía otro problema que le cercenaba el cerebro, Connor, él mismo que la había lastimado y regresaba diciendo que la amaba. Antes de él no creía estar destinada al amor mientras que sentirse enamorada no le robaba la calma, no obstante, su historia la cambió y tenía mucho que agradecerle, pues descubrió que podía ser feliz y que muchas veces el amor podía curar. Había sanado el miedo que sentía por enamorarse y bajar sus barreras. El tiempo que estuvo separada del chef archivó sus sentimientos en algún lugar de su corazón.

Paulina quiso borrarlo con un *click*, como se hace en las computadoras, pero resultó que solo guardó su amor como un archivo oculto. Pero volvió a verlo de nuevo y todo su mundo se paralizó, sin embargo, la pena la ahogaba ya que no podían estar juntos.

Se había convertido en una mujer fuerte, decida y segura, porque parte de su tratamiento fue para borrar esos episodios de inseguridad que llevaba arraigados dentro de su personalidad. Nunca se sintió suficiente para su familia y siempre temía decepcionarlos, tuvo que aceptar que nunca fue la típica niña de sociedad y que odiaba las normas que muchas veces se saltó. Quizás fue por eso que nunca tuvo muchas amigas y la única que perduró fue Lorraine, ya que de cierta manera eran iguales.

Fue hasta donde estaba ubicado el sistema de sonido y conectó su iPod, busco en la lista hasta que consiguió Lagrimosa del Requiem de Mozart. Cualquiera pensaría que tendría ganas de morir o estaba muy triste. Lo cierto

era que se sentía un poco afligida, porque amaba a Connor y sabía que no podía estar con él. No podía perdonar el engaño y tampoco quería hacerle daño a Andrew, apostaba ahora a lo seguro y el chef era significado de inestabilidad para ella.

Su móvil sonó con mensaje interrumpió sus pensamientos y fue primero hasta las galletas, tomó una tibia y luego buscó su móvil que estaba cerca. Abrió el mensaje que era de un número desconocido:

Te amo tanto que me cuesta hasta respirar, te extraño y desde que te besé de nuevo no puedo borrarte de mi mente. Me desperté en el lado opuesto donde dormías y sentí la nostalgia de todo el tiempo que hemos perdido. Perdóname, no importa nada más que tú desde que te volví a ver en ese avión, te necesito, te necesito a mi lado, vuelve Paulina, atrévete a vivir, pero a mi lado.

Paulina sabía de quién era aquel mensaje, quiso borrarlo, pero no pudo y respiró hondo. Sacó la última bandeja del horno y se hizo una taza de chocolate caliente. No caería en sus juegos y no deseaba volver a comenzar de nuevo.

Connor esperó impaciente una respuesta del mensaje que envió y al no recibirla se decepcionó. Había convencido a Claude que le facilitara el número de Paulina, le juró que esa vez harían las cosas bien porque ya no tenía nada o nadie que lo atara.

Cerró el archivo que le acaba de enviar Miles Chapman, el socio de Caleb con el análisis de sus estados financieros. No tenía la mente preparada para números y deseaba volverla a ver, abrazarla y tocarla. Quería huir de esta nueva pesadilla, había llegado tarde de nuevo a la vida de Paulina.

Necesitaba tenerla entre sus brazos para sentirla temblar con cada embestida y palabras amor. Quería borrar lo malo de su mente, demostrarle lo que su corazón sentía por ella con hechos y no con palabras. Aprendió que a las palabras puede llevárselas el viento. Estaba seguro que el destino le daba una segunda oportunidad de enmendar las cosas y comenzar de nuevo a su lado sin cometer los mismos errores.

Alan entró al despacho con una sonrisa dibujada en los labios y más carpetas en sus manos, se estaba vengando de los meses de abandono del negocio y disfrutaba ver sufrir a su hermano agobiado entre papeles. Se acercó para ponerle al frente los dosieres y divertido le comentó:

—Para que te diviertas un ratito. —Alan le dio un guiño a su hermano y este quiso molerlo a golpes.

—No tengo cabeza para números —respondió Connor fastidiado.

—Te toca tener cabeza pues lo que has planteado es una locura. ¿Un restaurante en Australia? —inquirió Alan.

—Estoy seguro que Mathias se encargará perfectamente, esto es una buena inversión —apuntó cansado Connor, quería contarle a su hermano sobre Paulina y que era eso lo que realmente lo agobiaba—. Alan.

—Lo sé, lo encontré leyendo las noticias y la vi. Esperaba que comentaras algo sobre eso. —Alan se adelantó a su hermano, había visto en los periódicos el regreso de Paulina y sabía que afectaría a Connor—. ¿Cómo te sientes?

—No te voy a mentir. —Connor suspiró—. Paulina regresó en el mismo avión que yo, la vi y fue necesitarla de nuevo. Sin embargo, estoy seguro de que ella ha cambiado.

—La observé en las fotos y se nota un poco más madura.

—Madura, hermosa y distante. —Connor se levantó porque necesitaba sacar lo que lo ahogaba—. Huyó de mí e hizo que la cambiaran de lugar, te juro que me quedé sin palabras como la primera vez. —Connor cerró sus ojos recordando la escena—. Susurré su nombre y ella solo gritó: ¡No!

—Seguro también estaba sorprendida, ¿no crees? De todos los vuelos y ustedes vuelven a Londres en el mismo —comentó Alan sorprendido por la casualidad.

—Lo sé y fue una tortura tenerla cerca, porque la quería abrazar y besarla. No he podido olvidarla y tampoco lo he intentado. Al día siguiente fui a esperar a que saliera de su casa y lo hizo.

—¿Estás loco? Pueden denunciarte y terminar arrestado por acosador. —Alan se empezaba a molestar por las acciones de su hermano—. Está con Andrew, eso también lo leí en las noticias.

—No lo ama, ¡lo sé!, Alan, ese día la besé y ella me correspondió al beso como si nunca se hubiese ido. —Se acercó al mueble donde estaba guardado el licor y se sirvió un trago seco de whisky escocés—. Me dijo que Ina había muerto y yo era uno de los culpables.

—Connor, creo que debes alejarte de ella —le advirtió Alan con voz queda—. No quiero verte sufrir.

Connor negó con su cabeza y se tomó el trago fondo blanco, puso el vaso de nuevo en la mesa y lo llenó de nuevo. Quería sacar todo.

—Ella no quiere acercarse de nuevo y creo que tiene razón. Traicioné su confianza y eso no tiene perdón. Simplemente deseo que me dé otra oportunidad.

—No sé qué decirte. —Alan fue sincero, porque apenas sabía que era amar una mujer y no se imaginaba perderla—. Sé que le amas, sé que ustedes estaban enamorados y creo que los dos cometieron errores, pero piensa en Emily, ya que intuyo que en este momento ella solo piensa en su hija. Quizás debas darle un poco de tiempo.

—¡Le he dado tres malditos años!

—Connor, hermano, escúchame —le pidió Alan preocupado—. Sé que te sientes como si has dormido en una cama de clavos todos estos años, que la extrañas a rabiar. —Exhaló—. Estuve contigo y nos embriagamos juntos, pero necesito que te enfoques en esta propuesta y no en Paulina.

—La necesito.

—Paulina volverá a ti, lo sé, viví con ustedes los meses que estuvieron juntos. Ella estaba enamorada de ti, la cagaste, todos te dijimos que le contaras la verdad sobre que no estabas divorciado. Si hasta mamá te lo aconsejó y preferiste no escuchar.

—Me iba a dejar de todas maneras.

—Eso no lo sabías. —Alan se levantó y se acercó a donde Connor se bebía el cuarto trago de licor—. Ella te encontró a punto de follar a tu ex, ¿qué hubieras hecho tú si fuera sido al revés?

—Mataba al maldito y me alejaba de ella —farfulló Connor de mal humor—. ¿Qué puedo hacer?

Alan se sirvió un trago y pensó qué podría hacer un hombre arrepentido para recuperar la mujer que amaba. Sabía que cualquier cosa que le sugiriera a su hermano podría ser que no resultara, exceptuando algo; solo algo podría ayudarlo.

—La cocina, tienes que conquistarla con lo que los unió y eso hará que la recuperes.

—¿Te has vuelto loco? —Connor miraba alucinado a su hermano—. ¿Cómo pretendes que cocine con ella de nuevo?

—No lo sé, pero hermano, ella se quedó aquí luego que follaron aquella noche. La cocina la enfocaba y eso los dos lo sabemos, entonces trata de hacer un encuentro casual o lo que sea, tienes que intentarlo.

—Eres el peor dando consejos de amor —fastidió Connor a su hermano.

—¿Qué quieres que te diga? —inquirió Alan alzando sus hombros—. Dedicarle canciones o perseguirla, no te hará recuperarla. Hazte un tatuaje con su nombre, tatúate la polla con su nombre y volverá —apostilló divertido.

Connor soltó una carcajada relajando el ambiente melancólico. Se sentó de nuevo en su silla y se decidió a seguir alguno de los consejos de su hermano menor.

—Vale, pero lo de tatuarme la polla no creo —respondió divertido—. Gracias Alan, por soportarme todos estos años.

—Sé lo que sufriste y no quiero decir que te lo dije, pero lo hice y aun así no me prestaste atención.

—Estuve tan ciego que al descubrir su verdad, no fui capaz de confesarle la mía.

—Vamos a trabajar, te prometo que pensaré algo.

Connor asintió y se pusieron a trabajar toda la tarde hasta casi entrada la noche. El Orange no era el único negocio que tenían los hermanos, habían invertido en la creación de una franquicia de helados que se estaba expandiendo hacía los Estados Unidos.

Su mente estaba pensando en Paulina y lo hermosa que estaba. Recordó los momentos que compartieron y recordó la vez que cocinaron juntos, su hermano tenía razón y eso los había unido. Su móvil vibró y se emocionó cuando vio que era ella. Abrió el mensaje para leerlo.

Quiero que me dejes en paz, porque las lágrimas y el corazón roto fueron míos. Muchas veces es mejor lo que sucede, me enseñaste que me debía atrever a vivir y que no todo lo que brilla es oro. Solo que ahora no deseo que te acerques a mí, necesito que te alejes y me dejes en paz.

Connor sonrió porque le deseaba tanto que ella se atreviera a vivir, pero con él y no con otra persona. Él no era como el oro reluciente, su única verdad era que la amaba y no iba a cesar en su empeño por recuperarla. Besaría hasta el piso que pisara con tal de tenerla de nuevo en sus brazos, con dedos veloces contestó su mensaje y movió la primera de sus fichas que tocarían el corazón de la chica.

Escucha por favor The Scientist de Coldplay, te la dedico y no soy hombre de dedicar canciones. Sabes que soy más de follar y hacer sentir lo que estoy sintiendo. Yo también tuve un corazón roto y Emily también, los dos te extrañamos desde que te fuiste. Vuelve, porque para ser felices muchas veces tenemos que caer. Te amo, Paulina Ferguson. “Si tuviera que volver a comenzar mi vida, intentaría encontrarte mucho antes...” Esa frase no es mía, la tomé prestada del El Principito, pero nos queda perfecta.

Sonrió al enviar el mensaje y guardó su móvil para seguir con lo que estaba organizando, pensaba en ganar todas las batallas que le pusiera en el camino para llegar a Paulina.

A unos cuantos kilómetros del restaurante, Paulina leyó el mensaje y maldijo a Connor por su respuesta. Recordó a la dulce Emily y le dolió saber

que también le causó una herida con su partida, sin embargo, debía resguardarse primero de su dolor y tuvo que ser egoísta. Estaba segura que el chef no iba a dejar insistir hasta recuperarla. Resopló cansada y fue en busca de su iPad, buscó la canción y aunque ya la conocía se animó a escucharla.

Comprendió cada frase significaba una oda para que lo perdonara y las lágrimas salieron solas, los meses que estuvo con Connor fueron una felicidad efímera, exceptuando los momentos que ellos compartieron en intimidad. Él cuidó de ella y aceptó sus demonios, no tuvo miedo a amarla y ella fue incapaz de perdonarlo. Repitió de nuevo la canción hasta quedarse dormida pensando que quizás cometía un error.

—Ella es mi mamá —susurró Elizabeth mientras leía las noticias en internet.

Había descubierto que sus abuelos le habían mentado, sin embargo, los amaba como si fueran sus padres. Soñaba con reencontrarse con su mamá y le pedía a hurtadillas a su abuela que le contara sobre ella. Se imaginaba todos los días junto a Paulina horneando galletas o saliendo juntas a comprar ropa.

Elizabeth era una niña muy madura a pesar de contar con tan solo nueve años, sabía que su madre la amaba y que muy pronto estarían juntas. Su abuela se lo había prometido y ella le creía. Se imaginaba conocer a su tío y a su otra abuela llamada Sarah. Besó la pantalla, apurada apagó la computadora antes que su abuelo entrara y se enterara que sabía la verdad.

Paulina salió a correr como todas las mañanas, pero aquella llegó hasta los límites de una casa en la cual también pasó muchos momentos de su niñez. Se detuvo cerca y entonces sucedió lo que tanto esperaba.

La vio...

Elizabeth salió acompañada de una mucama y estaba vestida con un uniforme de un colegio privado. Ella le decía algo a la chica mientras esperaban en la cancela, era alta para su edad, delgada, tenía el cabello negro recogido en una coleta alta y se veía impecable con aquella ropa tan sosa. Era hermosa; muy hermosa y era su hija, las lágrimas se precipitaron solas, porque se moría por correr para abrazarla y decirle que la amaba.

Un Rolls Royce se detuvo y la niña fue a subirse, pero como si la sangre la llamara giró su cabeza y se quedó mirando a Paulina que se estremeció por el contacto. Ella alzó su mano tímidamente en modo de saludo, pero la mucama apuró a la niña que subió al auto que arrancó cuando trancaron la puerta. Elizabeth se quedó mirando a través del vidrio y su madre le susurró al vacío:

—Ten un buen día, princesa.

Paulina retomó el camino de vuelta a su casa temblando por todas las emociones que bullían dentro de su ser. Su corazón estaba agitado y no era por el esfuerzo físico que había tenido, sino por estar tan cerca y a la vez tan lejos de su pequeña hija. Al llegar a su casa buscó su móvil y marcó a Lorraine que saltó directo a su buzón de mensajes. Luego marcó a su hermano sucedió lo mismo, recordó que era martes y estaban en los juzgados. No sabía a quién llamar fue entonces que buscó en su buzón de entrada de mensajes de textos.

Cerró los ojos cuando marcó, aunque se arrepentiría de lo que estaba haciendo, sin embargo, ya tendría tiempo para eso.

—Paulina —contestó Connor, pronunciando su nombre y a ella le fallaron las piernas de tan solo escuchar su voz.

—Hoy, vi a mi hija—farfulló conmovida.

—Ojos Azules, ¿estás bien? —le preguntó preocupado desde el otro lado de la línea. Estaba entrando al restaurante para cocinar un poco esa mañana.

—Ella me observó de lejos. Elizabeth es preciosa me recordó tanto a mí a su edad, tiene el color de mi cabello, pero los ojos de color negro como George.

—Paulina —susurró conmovido por las palabras de la chica y por la llamada que lo llenaba de esperanza—. ¿Qué edad tiene ya?

—Cumplió nueve hace un mes. —Paulina cerró los ojos y recordó las fotos que Piper había enviado ese día—. Le hicieron una fiesta en el jardín y compartió con sus amigas. —Tragó el nudo que tenía en la garganta—. La voy a recuperar, pero siento mucho miedo de que me rechace.

—No lo tengas porque eres buena madre, lo sé, lo vi cuando cuidabas a Emily y lo mucho que la ayudaste. Por eso es que ella no puede olvidarte. — Connor cerró los ojos rogando que aquello sirviera para calmarla.

—Yo quiero a Emily, me dolió alejarme de ella. Me gustaría verla de nuevo y pedirle disculpas por irme así de su vida.

—Ella solo sabe que fue por mi culpa, no te preocupes que te sigue queriendo.

—Connor, esto fue un error.

—Paulina, te amo. —Su voz era un ruego para que ella no le colgara.

—Por favor —le suplicó a punto de las lágrimas.

—Escúchame, te lo ruego —le imploró él—. Si luego quieres irte, te prometo que saldré de tu vida.

Paulina trancó la llamada y llevó su puño hasta la frente, profirió un sollozón lleno de dolor. Lo amaba tanto que dolía y necesitaba sacarlo de su corazón. Odiaba sentir todo aquello por él y necesitarlo para sentirse segura, estaba harta de su masoquismo emocional y cerró los ojos sus ojos para respirar hondo. Tenía que estar serena para esa tarde y poder poner su sonrisa ensayada para cenar con Andrew, tenía que olvidar a Connor para poder ser feliz con Andrew.

—Como odio amarte, Connor Bellamy —gritó.

Su móvil sonó con un mensaje y lo abrió con manos temblorosa al ver que era de Connor, al leer el mensaje mordió sus labios por el significado de aquellas palabras.

Siempre estaré cuando me necesites, siempre.

Paulina se subió a los clásicos *stilletos* de Louis Vuitton, color negro y suela roja, se ajustó el vestido clásico tipo sastre. Respiró hondo frente al espejo ya que odiaba en lo que se estaba convirtiendo y se sintió ridícula cuando se tocó el collar de perlas que le había obsequiado Andrew por su regreso.

—Estás hermosa Paulina... —Lorraine salió del baño atusando su cabello color del oro.

—Me siento ridícula, me estoy convirtiendo en lo que más odio — confesó molesta.

—Se llama madurar y también me afectó —apuntó Lorraine mientras se cerraba el cierre de su vestido color negro—. Además, no puedes arrepentirte, ya que voy a ir a esta cena obligada por ti. No quiero ver a David. —Hizo un puchero.

La chef sonrió porque sabía que su amiga no deseaba salir en parejas y menos estar con David, aquello era una treta para unirlos de nuevo. Se terminaron de arreglar y salieron al Hotel Savoy donde las esperaban sus citas. En el auto conversaron de lo que había hecho ella esa mañana al acercarse a la casa de sus tíos.

—No te digo que no lo hagas, pero puedes meterte en problemas —le advirtió Lorraine preocupada—. Ya tengo la demanda lista y llamaré a tu tío para negociar, te aseguro que con todo con lo que voy amenazarlo te entregará la custodia sin chistar.

—Va a pedir la prueba de ADN. —Paulina estaba asustada que su tío manipulara las pruebas para seguir con su absurda venganza.

—Paulina, él tiene todas las de perder porque falsificaron documentos legales y además voy alegar que han tenido secuestrada a Elizabeth por nueve años. —Lorraine suspiró cansada, estaba agotada de una agitada mañana de trabajo y el caso de su mejor amiga era un reto personal—. No te preocupes que tendrás a tu hija de vuelta en un abrir y cerrar de ojos.

—Gracias —musitó Paulina sobrepasada por la seguridad de la chica, porque ella mejor que nadie sabía que deseaba recuperar el tiempo perdido con la pequeña.

—No te preocupes, pero Paulina no llames más a Connor, te lo ruego —le

advirtió molesta Lorraine.

—Lo sé, lo sé y te juró que sabía que me iba arrepentir. Solo que...

—Que lo amas, lo sé, por eso me parece una soberana estupidez que estés con Andrew y te lo digo porque te amo, no quiero verte cometer el mismo error del pasado de no decirte nada.

—Estar con Andrew es lo más sensato —le respondió a la rubia un poco molesta.

Lorraine estacionó y bajó para que el valet estacionara por ella. Las dos se ajustaron los abrigos ya que esa noche había bajado un poco la temperatura con la llegada del otoño, cuando Lorraine la alcanzó le preguntó en tono sarcástico:

—¿Desde cuándo el amor es sensato?

Al llegar al restaurante del hotel se despojaron de los abrigos y a su paso las dos arrancaban las miradas masculinas del lugar. Sus acompañantes las esperaban en una mesa y al verlas se levantaron haciendo alarde de sus modales de caballero. Saludaron a las chicas con un beso en la palma de sus manos y las ayudaron a sentarse.

David quiso besar y abrazar a Lorraine entre sus brazos, ya que esa noche se veía hermosísima en aquel vestido de color negro que tenía un toque de transparencia en los hombros de tela tipo encaje, que dejaba admirar su inmaculada piel, la que recordaba tan suave como la seda del vestido que llevaba puesto. Se acercó un poco y sutilmente le susurró:

—Hermosa como siempre.

Lorraine se erizó con el halo del calor de la voz de David le acarició su piel. Se sonrojó y trató de ocultarlo tomando la copa de agua para tomar

apurada un trago de ella.

Paulina observaba la escena con una sonrisa dibujada en los labios, Andrew apretó su mano para llamar su atención y se acercó un poco para expresarle:

—Trata de usar una pulsera que tape tus tatuajes la próxima vez.

Aquello hizo que borrara su sonrisa y se percató que el amor que tanto le profesaba vendría con condiciones. Aquel vestido tapaba casi todos sus tatuajes menos los de sus muñecas y ella no pensaba ocultar lo que era. Giró su rostro y con una sonrisa bastante forzada le respondió:

—Si no te gustan, ya sabes que hacer.

Andrew se tensó ante la respuesta de la chica, era lo que menos esperaba en ese momento. Quería una esposa inglesa de pies a cabeza y en una oportunidad le había sugerido que borrara con láser solo esos dos tatuajes, además que odiaba ver grabado en su cuerpo el nombre de otro hombre. Para él era un recordatorio que su cuerpo y su alma habían pertenecido a otro, que había perdido y no era un hombre que le gustaba perder. Le tomó la mano y dejó un beso en su palma.

—Perdóname, no debí —susurró arrepentido, sin embargo, ella de manera distante se soltó ignorándolo.

—David, me quedo en Londres esta noche, porque mañana iré a tomar el té con la abuela y necesito solucionar algunos asuntos pendientes —comentó ella cambiando el tema e ignorando las disculpas de Andrew.

Paulina sabía que Andrew necesitaba tenerla entre sus manos, que debía ser la chica inglesa que se paseaban del brazo de hombres como él. Sin embargo, no permitiría que nadie la tratara así, ya que no era una mujer sumisa

y aunque lo quería, sabía que a la larga esa relación le traería problemas.

David por su parte no podía dejar de admirar a Lorraine por eso contestó:

—Puedo ir la hora del té, le pediré a mi secretaria que revise mi agenda. —Él estaba interesado sobre las decisiones de su hermana y ese era el momento de preguntarle—: Cuéntame, ¿ya decidiste que harás?

Los tres prestaron atención a la chica. David deseaba que su hermana empezara a cumplir sus sueños y Lorraine también, pero Andrew deseaba que aceptara el empleo que le había ofrecido para mantenerla controlada y así poder convertirla en lo que realmente buscaba, una chica que se adaptara a él y, no él a ella.

—Sí, estoy decidida abrir mi propia empresa, quiero que sea una pequeña pastelería. —Sonrió emocionada—. Estaba imaginando decorarla como simulando el ambiente de la fiesta de té de Alicia en el País de las Maravillas. Sería algo innovador para toda la familia.

—¡Qué alegría, amiga! —exclamó emocionada Lorraine.

—¿Ya pensaste en dónde? —preguntó David interesado—. Quisiera invertir y ayudarte en la parte legal.

—Gracias, creo que sería perfecto aquí en pleno centro de Londres.

Andrew se mantenía en tercer plano molesto por el rechazo que había recibido por parte de Paulina. Todos conversaban sobre los planes a futuro de ella y por lo visto en ninguno lo incluía a él, aquello era una batalla que no estaba dispuesto a perder. Ya había cometido un error al pedirle que tapara sus tatuajes, no quería hacerla creer que la presionaba, sí lo haría, solo que debía esperar que ella aceptara su propuesta de matrimonio. Necesitaba buscar la manera de manipular.

—Andrew, ¿no dices nada? —David alzó una ceja tratando de ayudar a su amigo que se encontraba perdido.

Las chicas se callaron y prestaron atención al hombre que esbozó una sonrisa forzada.

—Lo que ella decida, siempre lo voy a respetar, aunque debo confesar que me siento algo ofendido por el rechazo.

Paulina cuadró sus hombros en modo de defensa, se estaba dando cuenta de que nunca podría amar aquel hombre. Estaba segura que estar a su lado podía ser lo más sensato, sin embargo, su corazón era masoquista y deseaba estar con alguien que no era él. Alguien que la aceptaba con defectos y virtudes.

—Lo siento, Andrew, creo que es el momento que luche por lo que quiero y no viva de lo que me dan otros —comentó con una sonrisa—. Quiero demostrarle al mundo que he cambiado.

—Es el momento de Paulina —puntualizó Lorraine, porque no estaba de acuerdo con aquella relación.

David y Lorraine esbozaron una sonrisa. Andrew tomó su mano y le dio un beso

—Lo entiendo y tienes mi apoyo —aceptó de mala gana los deseos de Paulina y se tragó su orgullo.

La cena se centró en aquel tema y los planes a futuro de la chica que había regresado con ganas de triunfar. Paulina estaba demostrando que aquella muchacha irreverente y rebelde, se convirtió en una mujer madura y centrada. Esa noche notaron que nada la iba a detener para alcanzar lo que deseaba esta vez.

«Tengo que alejarme de Andrew», pensó cuando salieron del lugar y ellas se subieron al auto de Lorraine.

Desde un auto con vidrios tintado un hombre miraba el regreso de la culpable de todos sus problemas. Tomó fotos desde lejos y cavilando que sería buena idea ir quitándole a la chica las personas que más quería.

David todavía guardaba una copia de la llave que abría la puerta de la casa de Lorraine. Rogaba a Dios que la chica no hubiera cambiado la cerradura, porque estaba por cometer una locura. Metió la llave en el cerrojo y cuando giró dio gracias al cielo. Sigiloso cerró la puerta para no despertar a las chicas, ahora suplicaba que Paulina no estuviera durmiendo en la misma habitación que la rubia.

—¿Qué haces aquí David? —susurró Paulina en voz baja desde la puerta de la cocina, en su mano tenía un vaso de agua.

David se llevó el dedo índice a la boca y se acercó a donde estaba parada con una sonrisa. La abrazó y le dijo:

—La necesito —contestó. Su hermana puso los ojos en blanco y se fue hasta la habitación de invitados.

Él fue a la habitación y entró con sumo cuidado para no despertar a la hermosa mujer que dormía en la cama. Se acercó hipnotizado por la belleza de la única persona de acelerar los latidos de su corazón, acarició muy suave su mejilla. Lorraine se removió y murmuró algo casi inentendible, pero escuchó su nombre al final, eso lo estremeció y bajó su rostro para dejar un beso en sus labios.

Lorraine soñaba de nuevo con David, por eso se sorprendió cuando abrió sus ojos y se encontró con el hombre que le robaba el sueño todas las noches.

—David —musitó su nombre conmovida de verlo.

—Ya basta de noches de dormir separados, porque te prometí castillos, corazones y unicornios... —David respiró hondo—. Solo te he dado

preocupaciones. —Ella fue a responderle, pero él no se lo permitió y la tomó por el cuello atrayéndola hacia él—. No es momento de hablar pequeña.

Él se estampó contra sus labios e irrumpió con su lengua la boca de la chica, que profirió un gemido de placer. La besó de forma primitiva transmitiéndole la necesidad que sintió por ella, porque el último beso compartido había sido hace tanto tiempo que extrañaba el sabor de ellos, su aroma a fresas silvestres por las noches y como su cuerpo temblaba ansioso por sus caricias.

Lorraine creyó morir y que levitaba en el mismo espacio sideral al sentir la fogosidad de aquel beso. Las palabras de David fueron tan románticas que su corazón se aceleró como una locomotora. Lo amaba y su orgullo no le había permitido en esos tres años disfrutar de su amor, exceptuando algunas veces que se daba las licencias de permitirle algún acercamiento y tenía que reconocer que se estaba cansando de un amor a cuentas gotas.

Ella llevó sus manos a la chaqueta que le ayudó a quitársela con premura mientras él rompía el beso para quitarse la chaquetilla y la camisa. A la chica se le cortó la respiración cuando el torso perfecto de su adonis estuvo frente a sus ojos mientras de manera sensual con su dedo recorrió el centro de sus abdominales.

—Tenemos que cuidarnos, no estoy tomando la píldora —le comentó ella bajando hasta la pretina de sus pantalones para abrirla con rapidez.

David ignoró las palabras de la chica y le levantó el camisón de seda, mordió sus labios cuando se encontró con una fina tanga de encaje que medio tapaba su sexo. La rompió y lamió sus labios sintiéndose ansioso por ella.

—Mía y eso que te quede claro, eres mía, Lorraine. —Bajó su rostro hasta su sexo y lo lamió con destreza.

Para ellos el reloj se había suspendido y solo existían ellos dos, puesto que estaban hambrientos el uno por el otro. Esa noche hubo un derroche de besos, caricias y palabras de amor. Lorraine estaba en el paraíso y con cada orgasmo escuchaba cantar el coro celestial de ángeles.

David anduvo con sus manos y boca por cada rincón del cuerpo de la chica. No paró hasta que los primeros rayos del sol se colaron por la ventana de la habitación y continuaron hasta que cayeron exhaustos. Esa noche olvidaron la cordura y solo reinó la locura, la necesidad del éxtasis divino que les provocaba el choque de sus cuerpos.

Paulina tomaba una taza de té mientras leía la prensa y sus ojos fueron directo a la noticia que involucraba a su tío y su título.

*EL CONDE DE FIFE GEORGE CARNEGIE ES ACUSADO DE
SECUENTRO POR SU SOBRINA PAULINA FERGUSON.*

Según fuentes extraoficiales la señorita Ferguson acusa a su tío por secuestrar a su hija producto de la relación que mantuvo con el difunto George Carnegie Jr., quien era primo de la socialité e hijo del Conde de Fife.

Nuestra fuente asegura que se disputa el título nobiliario que podría pasar a Lord David Ferguson, hermano de la joven. Todos conocemos a Paulina como la oveja negra de la realeza, pues parece que la chica se salta las reglas desde adolescente y para muestra este secreto que ha sido guardado por más de ocho años.

Se espera que alguna de las partes involucradas pueda dar sus declaraciones para esclarecer todo. Se dice que de ser esto cierto hasta la

misma Reina Elizabeth intervendría.

Sus manos temblaron y al levantarse tumbó sin darse cuenta la taza con café. Aquello no podía estar sucediendo de nuevo.

—¿Quién? ¿Quién diablos, quién? —susurró atemorizada—. ¡Lorraine! —gritó al borde de un ataque de nervios.

«No, no de nuevo», se decía en su mente mientras por su rostro corrían las lágrimas. Estaba segura de que era obra de su tío para quedar como una víctima delante de todos. David y Lorraine aparecieron asustados al mismo tiempo que ella los miró con ojos asustadizos.

—El periódico —musitó.

David recogió el diario del suelo y lo abrió hasta conseguir lo que había aterrado de tal manera a su hermana. Maldijo en voz alta y se lo pasó a Lorraine que soltó un taco.

—Te prometo que no pasará nada —le aseguró mientras la sostenía en sus brazos—. Tienes que ser fuerte, porque él va a jugar sucio.

—¿Cómo se filtró todo? —indagó Lorraine molesta—. Eso está bajo llave en mi escritorio y solo lo saben personas de confianza. Tenemos a alguien que está traicionándonos.

Todos se compartieron una mirada consternada y no podían creer que tuvieran un traidor entre ellos. Al igual que en el pasado se filtraba a luz pública la vida privada de ellos sin explicación alguna.

—Me la van a quitar —sollozó Paulina—, me la quitarán si saben la verdad.

David se separó de su hermana y la tomó por los hombros, le dolía verla sufrir así y más con lo que diría.

—Paulina mírame y escúchame bien, nadie y entiende nadie te va a quitar nada más en esta vida. Eso es una jugada sucia de parte de quién sea, ¿pero sabes algo? Si fue George Carnegie, él mismo está a punto de darse un boleto directo a prisión, ya que si demostramos que robó a Elizabeth todos ellos irán a la cárcel.

—Eso es cierto, Paulina, escucha a David mientras llamo a la oficina —apuntó Lorraine que salió en busca de su móvil.

David recogió los pedazos de la taza y se sentó cerca de su hermana. Le explicó con términos sencillos que significaba el delito de raptó a menores y la penas a las cuales eran condenados las personas involucradas. Los dos temieron por su abuela y debían cuidar que ella no se viera envuelta en la maraña de mentiras que estaba tejida alrededor de esa historia. Cuando Lorraine regresó idearon un plan donde Paulina concedería una entrevista pública y expondría la verdad por sus propios labios, había llegado el momento de mostrarle al mundo que ella era la víctima de una sociedad y no la oveja negra como querían hacerle ver.

—Tienes que contar todo. —Su hermano tomó sus manos—. Y con todo digo que debes decir que sufriste de depresión por perder a tu hija y eso te llevó a consumir drogas —concluyó David.

—¿Están locos? —preguntó Paulina ofuscada.

—No lo estamos y creo que David tiene razón, quieren armar una campaña para desprestigiarte y es hora que les paguemos con la misma moneda —puntualizó Lorraine molesta de aquella información saliera a luz—. En cuanto llegue al despacho rodaran cabezas hasta que descubra quién fue.

Paulina tenía un presentimiento y trató de borrarlo de su mente casi de un plumazo. No quería creer que Andrew hubiese capaz de eso, pero solo él era

la otra persona que sabía todo ese tipo de informaciones. ¿No le haría daño cuando la había protegido? Cerró los ojos y guardó sus pensamientos.

—Está bien, estoy con ustedes.

—¡Excelente! —exclamó David.

Los tres hablaron sobre que debían hacer, sin embargo, Paulina les pidió que no comentaran nada más y que aquello solo quedara entre ellos, la pareja accedió sin preguntar nada más. En un abrir y cerrar de ojos Lorraine concertó una cita en un programa muy famoso de la BBC de Londres, dentro de cuatro días sería ella la que daría la versión de todo.

Se duchó y se cambió aún con los nervios a flor de piel. Buscó su móvil y encontró llamadas perdidas de Andrew, no tenía deseos de devolverlas ya que tenía la sospecha que podía ser él quien filtró todo a la prensa. Sabía que sin él todo sería diferente, no lo amaba y se estaba dando cuenta de que quizás era un error estar a su lado.

Se sentó nerviosa en la cama pensando que había llegado el momento de confesarle al mundo su verdad. Ya no era por ella, se lo debía a George y a su hija.

El tritono de su móvil le alertó que le había llegado un mensaje, en la pantalla se desplegó el nombre de Connor, pues había guardado el número solo por un por si acaso lo necesitaba, en ese momento sintió que lo hacía y se atrevió a leerlo.

Recuerda que si me necesitas solo tienes que pedirme que vaya y ahí estaré.

Paulina releyó varias veces y tecleó una respuesta tan rápido que le tomó unos segundos releerla. Se estaba volviendo loca de nuevo, anhelaba un

abrazó de Connor. Respiró hondo y le dio ENVIAR al mensaje.

Wisley, Surrey Villa Elizabeth, esta noche.

Cerró el periódico con una sonrisa pues había logrado una vez más exponer a Paulina. En el pasado sus planes no habían funcionado, sin embargo, esta vez jugaría todas las cartas que tenía a su favor.

Ella debía pagar por el tan solo hecho de haber nacido. Todo lo que necesitaba hacer era destruirla mentalmente y así poder quebrarla.

Paulina no merecía ser feliz.

Paulina caminaba de un lado a otro nerviosa por la visita de Connor. El día se convirtió en una locura para ella y toda su familia, que no pudo ni disfrutar de la reconciliación de su hermano y Lorraine. Ya nada le preocupaba porque con la entrevista se olvidaría del qué dirán, aunque lo que realmente le consternaba era que su hija la rechazara y eso le ponía los nervios de punta.

Tenía una leve sospecha que Andrew era quien colaba la información a la prensa y deseaba tanto estar equivocada, pero él poseía actitudes que la hacían especular de aquella forma. Pensó en el algún momento que estar a su lado era sensato, sin embargo, en aquel instante estaba casi segura que era otro error.

El timbre sonó mientras sus piernas fallaron ante el anhelo que sintió de estar a solas de nuevo con él, Connor; su Connor. El mismo que se había ganado su corazón, para luego traicionarlo y convertirlo en mil pedazos. Respiró hondo caminando hasta la puerta, la abrió lentamente y en el pórtico estaba él enfundado con un abrigo de color negro, un traje gris de raya diplomática y una camisa blanca abierta en los dos primeros botones. Su cabello tenía algunos mechones rebeldes que bailaban con el viento, cuando la observó dibujó una sonrisa que podía calcinar sus bragas.

Connor recorrió con su mirada el cuerpo de Paulina y la tomó por la cintura, llevó su mano libre a su mejilla para acariciarla tan lento, tratando recordar la suavidad de su piel en su tacto. Estaba hermosa con ese vestido sencillo tipo camisero, descalza y el cabello recogido en una coleta alta.

—Sigues siendo la mujer más hermosa que he visto —murmuró cerca de sus labios y rozó sutilmente la boca de la chica con la suya.

«Devuélveme el corazón, Ojos Azules».

Paulina cerró los ojos y pasó lengua por sus labios, necesitaba calmarse y no dar un espectáculo en la puerta de su casa.

—Pasa —musitó nerviosa, se soltó de su agarre para dejarlo pasar y pegó su cuerpo de la puerta, para poner un poco de distancia.

Connor entró a la casa, le gustó el estilo *vintage* del lugar ya que era parte de Paulina, pero sobretodo lo enamoró el aroma a galletas de avenas recién horneadas y eso lo hizo sentir en un hogar.

—¿Galletas de avena? —indagó mientras se giraba en busca de Paulina.

—Sí. —Paulina respiró hondo—. Estoy horneando probando unas variantes en la masa y horneado. —Alzó los hombros en señal que no tenía importancia—. Voy a enviarle unas a Emily.

—Ina —susurró Connor y ella cerró los ojos.

—Por favor, llámame Paulina —le pidió triste adherida a la puerta, no quería despegarse de ahí porque se abalanzaría contra él y lo besaría hasta quedar saciada—. Deseabas una oportunidad y te la estoy dando. —Señaló hacia el lado izquierdo—. Vamos a la cocina haré té y podremos hablar.

Connor asintió y la siguió hasta el lugar que era sagrado para los dos. Cocinar era lo que los movía y era algo implícito que no iban a discutir ahí. Observó como ella tomó una tetera y puso el agua a hervir, luego buscó dos tazas y de uno de los gabinetes sacó caja *Chakra Gift Box*.

—Alguien estuvo haciendo compras —murmuró Connor divertido.

—Disfruto del café, cariño, pero soy inglesa de pies a cabeza y nada como una buena taza de té para calmar los nervios —respondió ella buscando la tetera que había empezado a pitar y él soltó una carcajada por el

comentario.

Paulina sirvió las tazas con agua y le entregó la suya a Connor. Le señaló la mesa donde estaban varias cajas de metal con todas las galletas que llevaba toda la tarde horneando. Se sentaron y ella puso sus manos alrededor de su taza para calentar sus manos.

—¿Te sientes bien? —indagó él preocupado por todo lo que había salido en la prensa.

—Estoy nerviosa no voy a negártelo, pese a todo estoy bien. —Paulina suspiró cansada—. Ya esto es una guerra declarada en mi contra y estoy dispuesta a pelearla.

Connor asintió y tomó una de sus manos por encima de la taza. Ella soltó el utensilio y se la entregó. Los dos miraron la unión y suspiraron al mismo tiempo, lo que provocó que esbozaran una sonrisa.

—No estás sola... —susurró él—. Paulina, te sigo amando.

—Por favor, te encontré. —Cerró los ojos recordando cuando entró a la casa del hombre y lo consiguió con su exesposa estando prácticamente desnudos—. Me rompiste el corazón.

—Solo te pido que me escuches, y si —titubeó porque la idea lo atemorizaba—, quieres que me vaya, lo haré.

—No dormía por las noches rebanándome la mente, ¿sabes? —comentó Paulina llena de rabia—. Te removías por las noches y te observaba imaginando que tenías miedo, me hacías sentir egoísta porque muchas veces mis problemas te absorbían.

—Paulina.

—No, Connor, comenzamos una relación bajo terreno pantanoso como

dijiste en París. —Paulina musitó lo último y bajó su vista—. Yo estaba demasiado jodida y estaba arruinando tu vida con mis problemas.

Él se enterneció y tomó su barbilla para alzar su rostro, observó sus hermosos ojos color zafiro y vio todo el amor contenido en tres años, muchas veces necesitamos a alguien y ahí estaban ellos necesitándose el uno al otro. Él estaba sangrando por ella cada noche que estuvo lejos, sabía que la necesitaba pues siempre la iba amar, estaba seguro que era la mujer de su vida y deseaba una segunda oportunidad para enmendar sus errores, para estar a su lado en las buenas y las malas. No les podía importar el mundo, porque su amor era suficiente. Su amor no estaba prohibido, ¿qué importaba? Nada porque ellos se amaban como el primer día.

—Tú nunca fuiste un problema para mí, necesito que te quites esa idea de la cabeza. Te amé antes y te amo ahora, cometí un error. —Acarició con su pulgar los mullidos labios de la chica que soltó un suspiro—. Nada dura para siempre, sin embargo, la vida te da segundas oportunidades para recuperar lo que pierdes. —Respiró hondo—. Solo necesito que me des una oportunidad.

—Connor, me rompiste el corazón y mi confianza en ti se destruyó.

—Lo sé y no sabes cuánto me arrepiento de eso, pero aquí me tienes — Connor se levantó y apartó su silla. Se arrodilló frente a Paulina y la hizo girarse tomando sus manos—. Estaba ciego por no ver que te estaba perdiendo y pasé tres años sufriendo por mi maldita culpa. Yo hice las cosas mal por eso te pido que me des una oportunidad.

Paulina lo calló con sus dedos y los ojos llenos de lágrimas, no quería escuchar esas palabras de sus labios. No todavía.

—No lo digas, no ahora.

—Perdóname —susurró besando sus labios—. Te amo, Paulina, quiero

seguir enamorándome cada día más de ti y quiero que hagas lo mismo sin cometer los errores del pasado. —Besó sus manos—. Aquí estoy de rodillas entregándote mi corazón y atreviéndome a ser feliz contigo.

Paulina no supo que decir y se lanzó a sus brazos para besarlo. No podía expresar nada más, porque solo verlo de rodillas arrepentido para pedirle perdón, le demostró que Connor Bellamy era capaz de todo por recuperar a la persona que amaba.

Rompieron el beso y se acostaron en el suelo de la cocina. Él de nuevo unió sus manos y las alzó para verlas.

—Necesitas un anillo que le diga al mundo que eres mía —le dijo seguro que ella aceptaría.

—Connor, estoy —tartamudeó insegura Paulina.

—Con Andrew, pero eso se acaba aquí y ahora. —Connor giró su rostro y se quedó hipnotizado con la belleza de la chica y agregó—: Nadie dijo que amar era fácil, por ti he caminado sobre vidrios y no he muerto. No me digas que no, porque sé que me amas.

—Te amo... —Paulina pronunció aquellas dos palabras y eso hizo que él esbozara una sonrisa sincera.

—Entonces todo está dicho entre nosotros.

—Quiero a Paulina Ferguson muerta.

Aquella sentencia de muerte pondría el fin a todos sus problemas y debía reconocer que con el regreso de aquella mujer de nuevo todos sus planes se jodían. Se había asociado más de una vez para conseguir todo lo que deseaba,

sin embargo, nada que diera los frutos que tanto esperaba.

Necesitaba sacar a Paulina de la ecuación, así como lo hizo hace muchos años. Aprendió a odiarla cuando no logró tenerla para él. Se vengaría de ella por tener que vivir en el anonimato por tantos años. Se vengaría y luego encontraría la paz que necesitaba para vivir. Tomó su abrigo y salió de aquel lugar nauseabundo caminó cerca del río Tamesí para que el aire fresco borrara su rabia. Tapó su rostro desfigurado porque detestaba ver el asco y el miedo que provocaba en las personas.

Le arrebataría la vida a Paulina como Connor le había arrebatado su rostro. No paraba de pensar hasta donde sería capaz de llegar con tal de lograr lo que deseaba. Muerte, sangre y lo haría con sus propias manos, deseaba observar como la vida se escapaba de aquellos ojos color zafiro.

—Venganza.

Markus sabía que estaba cerca y ahora que se había expuesto de nuevo a la chica a la luz pública, conseguiría que ella estuviera preocupada por eso y no por todo lo que estaba planeando para ella.

Paulina se despidió algo distante de Connor, por primera vez prefirió pensar bien las cosas antes de apresurarse de nuevo en una relación. Se avecinaban tiempos difíciles y temía porque estaba poniendo en juego el amor de su hija. Creía que debía estar pagando algún daño que causó en alguna vida pasada, había leído sobre la reencarnación y esa era la única manera de justificar que sufriera tanto en esta. Había pasado la noche en vela repasando todos los sucesos que habían acontecido desde su regreso y tratando de poner sus pensamientos en orden. Estaba decidida a dar aquel primer paso que estaba segura que cambiarían las cosas.

Se sintió ella misma vestida con *skinny jeans* desgastados, una camiseta blanca, un cárdigan de punto color gris y unos botines color humo. En ese día más que nunca necesitaba sentirse segura y por más que la ropa sofisticada que últimamente usaba le daba un aire de madurez, nada como sentirse feliz y cómoda siendo ella, Paulina, Ina..., se dio una última repasada y les rogó a sus padres que la acompañaran.

«Eres fuerte Paulina, eres fuerte», repitió en su mente en forma de mantra saliendo de su casa, para manejar hasta su destino.

—Paulina —susurró Elizabeth sorprendida de encontrarse con su sobrina de nuevo.

Paulina carraspeó al reencontrarse con aquella mujer que no era ni la sombra de lo que recordaba. Su tía llevaba puesto un pañuelo Hermes en forma de turbante ocultando su calvicie y su piel grisácea le daba un aspecto fantasmal. Se estremeció cuando la tuvo más cerca y pudo percatarse de su delgadez extrema, pues parecía que ella sufría de raquitismo.

—Elizabeth, yo —titubeó por temor a ofenderla.

—Lo sé, no tienes que decir nada más. —Suspiró—. Sígueme.

La chica siguió a su tía por el pasillo que conducía al despacho de su tío Edward. No sabía que decir puesto que no quería alterar más la salud de la mujer. Había pensado en enfrentarla, sin embargo, al verla de aquella forma supo que estaba pagando por todo el mal que había causado. Entraron a la oficina que mantenía la misma decoración sobria y bastante masculina, solo que ahora en el escritorio de roble había una *notebook* moderna de una marca reconocida.

—Siéntate. —Elizabeth le señaló el sillón donde debía hacerlo.

Paulina lo hizo en silencio observando con interés como Elizabeth buscaba en la gran biblioteca algo y cuando sacó un libro grande forrado en piel sonrió. La chica leyó las letras doradas “Hamlet”, aquella era la historia favorita de George.

—Sabía que este día llegaría y te doy las gracias por darme la oportunidad de pedirte perdón antes de morir. —Paulina se sorprendió cuando

su tía se arrodilló frente a ella—. El puñal de las mentiras de Edward, me está quitando la vida y te pido me perdones por todo el mal que te he hecho.

—Tía. —Se levantó para acercarse y acucillarse frente a ella, la abrazó fuerte.

Elizabeth soltó un sollozo, mientras por su parte Paulina no podía creer que era lo que estaba sucediendo aquella mañana, no encontraba las palabras para describir lo que estaba viviendo y, una vez más, la vida la daba una lección. PERDONAR, aquella palabra que le costaba tanto pronunciar, porque tuvo que encontrar su propia redención y aprender a perdonarse a ella misma. Se levantó llevando a su tía con ella y la sentó en el sillón que estaba justo al lado de donde le había indicado que se sentará. Tomó el libro del piso y se lo entregó con manos temblorosas.

—Tal vez esta no es la manera más perfecta de decirte que estoy arrepentida. —Elizabeth susurró avergonzada al mismo tiempo ella tomaba el libro en sus manos.

—¿Es mi hija? —inquirió con voz rota.

Elizabeth asintió y el mundo de la chica se iluminó con miles de esperanzas. Ya no iba a ser la chica trágica y menos la persona solitaria en la que se estaba convirtiendo.

—Lo es, la pequeña Lizzie es tu hija y de mi difunto hijo. —La mujer respiró profundo—. Edward había decidido que era mejor que la niña creciera junto a nosotros y así poder tapar los errores de George, por supuesto que mi hijo se negó y al descubrir la mentira que te habían dicho, trató de enfrentar a su padre.

—¿George, lo sabía? —preguntó Paulina sorprendida.

—Escuchó por casualidad la conversación entre tu abuelo y mi esposo. — Tosió y la chica se asustó porque el cuerpo débil de su tía parecía que no soportaba aquello—. Te juro que él se opuso y trató de evitar que te hicieran el daño, pero finalmente ellos ganaron y lo lograron.

—Lo mataron —sollozó—, mataron a George quitándonos a nuestra hija.

—Lo sé, vivo con las culpas de los errores del pasado y quiero antes de morir enmendar las cosas.

—Nadie me devolverá el tiempo perdido entre mi hija y yo —espetó Paulina empuñando sus manos.

—Ella sabe de ti —confesó Elizabeth con voz débil—. Yo le conté que su madre la amaba y que estaba recuperándose para estar con ella.

—Tía.

—Al morir George, creí que la pequeña Lizzie podría ocupar su lugar y al año siguiente, Dios me envió el castigo de esta maldita enfermedad. —Tosió dos veces más y Paulina se trató de acercar, pero la mujer no se le permitió—. Yo tengo que soportar mi pena antes de irme al Infierno por todo lo que hice.

—Me arrebataron la vida entera, porque sin George y sin mi hija, me perdí.

—Paulina, perdóname y mil veces perdóname. —Elizabeth alcanzó el libro y lo abrió del interior sacó un sobre amarillento y rosa roja ya marchita—. Nosotros somos los culpables de la muerte de nuestro hijo y de tu sufrimiento. —Exhaló cansada—. Si tengo que soportar tus reproches y las consecuencias de mis actos, lo haré, solo quiero morir con la conciencia tranquila que sabes la verdad de lo que sucedió hace ocho años.

—Solo quiero a mi hija.

—La tendrás de vuelta y espero que las dos puedan ser felices. — Elizabeth le ofreció el sobre a Paulina—. Esto lo dejó mi George para ti.

Paulina tomó entre sus manos aquel papel amarillento que su tía le entregaba. Había descubierto la verdad y por fin podía vivir en paz. Cada una de ellas necesitaba salir del purgatorio que vivían, ya que era hora de enfrentarse a la vida y con manos temblorosas abrió el papel. Las lágrimas llenaron sus ojos cuando leyó la caligrafía perfecta de George.

Pequeña Princesa:

Hoy he tomado la decisión que impediste el día que aceptaste ser mi vida. Te observé dormir por casi dos horas y aunque estabas sedada sufrías, no sé; no sé si escuchaste cuando te dije lo mucho que te amo. Me siento el culpable de todas tus desgracias y observarte así, destruida por nuestro amor, me hace sentir la peor mierda de este mundo.

Me quebré en el momento que mi padre me entregó a nuestra pequeña, para luego quitármela y decirme que nunca íbamos a saber de ella. He sido un cobarde por no defenderte, porque me dio miedo enfrentarlo y sabes que no es porque no te amo, sino más bien creo que tengo que elegir otro camino.

Quizás estas palabras nunca las leas, pero mantengo la esperanza de que sí lo hagas algún día. Lee bien lo que digo porque nunca más habrá otra ocasión:

No me arrepiento de nada de lo que viví a tu lado. Te entregué mi corazón, pero entendí que si te amaba tengo que elegir otro camino.

¿De qué me sirve vivir, si no lo hago contigo?

Fuiste y serás lo más hermoso de mi vida, cuando decidí hablar para asumir a Clare nunca imaginé que iba a ser el principio de nuestro fin. Nada más Shakesperiano que morir por amor. Tú eres la Julieta de mi historia y yo el Romeo de la tuya. Solo que esta vez nuestras familias no eran enemigas, sino más bien aliadas para lograr nuestra tragedia. No puedo creer que a tan corta edad los dos viviríamos una tan grande. Por eso te cito la frase que tanto repites, pero que sé que tomaste de Hamlet.

“Duda que ardan las estrellas, duda que se mueva el sol, duda que haya verdad, mas no dudes de mi amor”.

No ha sido fácil aceptar que ya no podré verte, tocarte o besarte. Yo no puedo vivir sin tu amor, por eso prefiero la muerte. Te dije que algún día regresaría a buscarte, sin embargo, deseo que vivas una vida plena, porque si hay vida después de la muerte puedo regresar a buscarte, lo haré cuando seas una anciana después de haber disfrutado una vida plena y feliz.

Paulina vive, vive por nosotros, por Clare y por todo lo malo, perdóname que no pude evitar que nuestra familia te hiciera esto. Si te hubiese raptado, quizás, solo quizás en este momento estaríamos disfrutando de las primeras horas con nuestra hija. Porque fue tan fuerte ver tu mirada desesperada cuando tu abuelo anunció que se la habían llevado, fue ahí que sentí que te había fallado una y mil veces.

Nunca te preguntes el porqué, porque ni yo sé las razones exactas. No maldigas nunca nuestro amor, porque nuestro amor no tiene nada malo y solo que nos amamos en el tiempo equivocado. Tal vez no lo entiendas, pero cuando observo las manecillas del reloj marcar la hora, sé que la mía llegará pronto.

Nada de lo que hago es tu culpa, me hiciste sonreír y feliz. Perdóname

por causarte el mayor sufrimiento de tu vida. Siento tener que irme así sin decirte adiós.

Te amo con toda mi alma, si alguna vez logras perdonarme deja una rosa blanca en mi tumba.

Perdóname.

Te amo.

George.

—Abuela... —Paulina alzó su rostro y su corazón saltó de alegría al encontrarse con el rostro sonriente de su pequeña hija que la observaba asombrada—. Mamá.

—Elizabeth —susurró el nombre su hija, aunque para ella siempre sería Clare.

Ella se levantó del sillón rogando que su cuerpo no le fallara, pues deseaba poder abrazarla y por fin tenerla en sus brazos. Se asustó ya que la niña la observaba con desconfianza y eso le partió el corazón, aun así se llenó de coraje y abrió sus brazos para recibirla en ellos.

Elizabeth pasó la mirada de su madre a su abuela que asintió alentándola a que corriera a los brazos de su mamá. Sin dudarlo corrió hasta donde ella estaba esperándola con los brazos abiertos.

Paulina sintió en ese instante que la vida al fin le dio un respiro y la paz que necesitaba cuando cerró sus brazos en el cuerpo de su hija. Ya no era la muñeca rota en la que se había convertido, porque encontró el ángel que la haría luchar y andar en el mundo sin dolor. Se acuclilló frente a la niña y tomó su rostro entre sus manos, era hermosa; muy hermosa y era suya. Su sueño se

había convertido en una realidad palpable, ya que la tenía entre sus brazos y sabía que era su madre.

—Te prometo que nunca más me alejaré —le prometió con voz cargada de emoción.

—Mamá —susurró.

—Te amo, pequeña —masculló conmovida—. Perdóname por el tiempo que te he dejado sola.

La niña negó y de sus ojos se derramaron lágrimas que su madre se apresuró a borrar. Elizabeth intranquila por el encuentro se levantó del sillón, sin embargo, todas se tensaron al escuchar:

—¿Qué haces aquí, Paulina?

Edward Carnegie observaba con desdén la escena que significaba que todo estaba perdido. Primero George y ahora su nieta, su sobrina había sido la maldita piedra en el zapato para todo lo que deseaba y no quería perder la única conexión que poseía con su hijo.

Paulina se levantó y secó sus lágrimas para enfrentar a su tío. La niña nerviosa se giró para ver a su abuelo, no obstante, su madre la abrazó pegándola a su cuerpo transmitiéndole la seguridad que emergía, porque por su hija sería capaz de todo.

—Vine por la verdad que me negaste hace nueve años —contestó.

—No tienes derecho de estar aquí y menos de acercarte a Elizabeth —siseó Edward molesto—. Eres una drogadicta. ¿Qué le vas a ofrecer a la niña?

—No te permito que me ofendas.

—Quiero que te vayas de mi casa —le ordenó señalando la puerta.

Elizabeth observó con decepción a su abuelo, contaba con apenas nueve años y se daba cuenta de que no era justo todo lo que había tocado vivir. Deseaba ser una niña normal, deseaba poder decirles a sus amigas que tenía una madre que la amaba y parecía que nunca iba a hacerlo.

Paulina sabía que era hora de despedirse de su hija, pues no estaba dispuesta a darle el gusto a su tío de verla derrotada, por eso giró a la niña con cuidado y tomó su mentón para que pudiera mirarla mientras le hablaba.

—Te prometo que volveré por ti, Lizzie, porque te quiero a ti y nadie me va a detener para lograr que estemos juntas. —Escuchó como su tío soltaba un bufido y agregó—: Volveré, porque es tiempo que estemos juntas.

Paulina bajó y dejó un beso en la coronilla de su hija. Tomó su bolso y alzó su rostro haciendo acopio de su orgullo. Observó a su tía y asintió haciéndole saber que estaba bien, recorrió el corto trayecto buscando la salida y se detuvo justo al lado de su tío para susurrarle:

—La próxima vez que nos veamos tendré una orden judicial, me llevaré a mi hija y tú irás directo a la cárcel.

Edward la tomó por la muñeca apretándola con fuerza, deseaba lastimarla y que sufriera.

—Ya veremos —contestó en forma de advertencia—. Ya veremos...

Paulina salió de la casa de campo de los Carnegie con la certeza que su tío sería capaz de todo con tal de verla destruida. Se subió a su auto y manejó rumbo a Londres, ahora tenía que poner fin a otra cosa que comenzaba a incordiarla.

Andrew Britt se consolidó como uno de los empresarios más importantes

de Londres, cuando cuadruplicó la fortuna que le había heredado su abuelo al morir. Era el dueño de una red hotelera en el Caribe, varios restaurantes y clubes de moda de la ciudad. Un gentleman de pies a cabeza, un hombre educado para obtener todo lo que deseaba, exceptuando Paulina que desde muy joven torció el camino que la alejaba cada día más de él.

De nuevo se estaba de dando bruces con la realidad que lo perseguía y se negaba aceptar. Ella estaba ahí frente a él pidiéndole perdón por tener que terminar con él.

—No puedo creerlo —murmuró estupefacto.

—Lo siento, Andrew, lo siento, pero no puedo ser lo que tu buscas —murmuró apenada—. Lo intento y me siento un disfraz, porque soy esto que tienes al frente y tú deseas una mujer de sociedad.

—Paulina prometiste que lo intentarías y no has hecho otra cosa más que pensar solo en tu hija y en ti —le reprochó molesto, se levantó para bordear el escritorio y poder acercarse a ella—. ¿Qué hecho para merecer esto?

—Lo siento, pero no eres tú soy yo, no puedes obligar al corazón amar algo que no desea —expresó apenada—. Estoy eternamente agradecida por todo lo que has hecho por mí, pero creo que debemos tomar caminos diferentes.

—Me estoy cansado de esto Paulina, porque soy el idiota que te sabe a poco, cuando yo besaría el piso que pisas —le dijo con rabia—. Sé que soy el tercero en todas tus historias, el tonto sin memoria que siempre te recibe con los brazos abiertos. Estoy harto de ser el maldito idiota que está enamorado solo.

—No digas eso —susurró arrepentida Paulina.

—Primero George y luego Connor, ahora me pones de excusa a Elizabeth.

—¡No es así! —exclamó exasperada—. Me quieres cambiar, sé que te molestan los tatuajes y mi historial, el mismo que está ahora en tela de juicio.

—Yo soy el boleto directo a que un juez te dé a tu hija. ¿Crees que alguien en su sano juicio le daría la custodia a una drogadicta como tú? —preguntó con desprecio—. Le sumamos a eso tu historial de promiscuidad y tu intento de suicidio.

Paulina sentía rabia y decepción al escuchar todo lo que le estaba diciendo el hombre que consideraba su amigo.

—Acabas de dejar caer la máscara —espetó decepcionada—. Estoy segura que fuiste tú el que filtró todo a la prensa. ¡Eres un falso! —gritó al borde de las lágrimas.

—¡Estabas destinada para mí! ¡Maldita sea! —gritó molesto.

—Estamos en pleno siglo veintiuno. ¿Cómo puedes pedirme que cumpla ese maldito compromiso?

—Solo debías amarme. —Trato de acercarse y ella se alejó—. Te amo, Paulina, no me hagas esto.

—Hace tiempo que rozaba la locura con las manos y que me daba miedo mi pasado, pero es solo eso, mi pasado. —Suspiró cansada—. Estoy harta que quieran decidir mi vida por mí, porque por fin estoy tomando las riendas de ella y no estaba destinada para ti, lo siento, puesto de que si hubiera sido de esa manera estuviéramos juntos.

—¡Estamos juntos, Paulina! —gritó frustrado, Andrew la tomó por los brazos y la levantó—. ¡Eres tú la que está dejándome!

Paulina se soltó asustada por el matiz que estaba tomando aquella

discusión. No reconocía al hombre que estaba frente a ella, no era el chico dulce que siempre intentó enamorarla o el amigo dulce que le brindó el hombro para llorar.

—Suéltame —le pidió con voz calmada.

Andrew hizo acopio de toda su inteligencia para poder convencer a Paulina que estaba cometiendo un error. Necesitaba persuadirla en que si él no estaba a su lado, no obtendría la custodia de su hija. Mantenía la esperanza que con el tiempo lo amaría, estaba enamorado de ella desde que tenía memoria. El amor para él muy difícil ya que no era correspondido y caminaba en un camino lleno de espinas que lo estaban volviendo loco. Aflojó su agarre y desesperado le confesó:

—Fui yo el que ayudó a Markus a separarte de Connor, le entregué el dinero para que trajera devuelta a Diane.

Paulina se quedó de piedra asombrada por la confesión de Andrew, se zafó de su agarre y en un impulso de rabia le atravesó el rostro de una bofetada.

—No ganas nada con confesarme esto, solo te puedo decir que me estas presentando al verdadero Andrew. —Respiró hondo porque no lo podía crear—. Eres un maldito mentiroso y un desgraciado, porque fuiste capaz de hacerme daño con tal de conseguirme.

—Me arrepentí cuando te encontré en la bañera casi muerta —musitó arrepentido—. Te he prometido el mundo entero y solo me has rechazado.

—¡No te amo! —gritó sintiéndose traicionada—. Traté, traté de hacer y no puedo.

—¿Esto es por él?

—¡No! No voy a negar que no lo he olvidado, pero ahora que sé todo lo que has hecho prefiero alejarme. —Se secó las lágrimas con rabia—. No te reconozco, no eres el Andrew que solía cuidarme.

—Paulina, lo hice porque te amo.

—Pues fue inútilmente porque no te amo y ahora —titubeó decepcionada—, ahora te desprecio. Eres lo peor que pudo atravesarse en mi vida. Nunca más vuelvas a buscarme.

—¡Paulina! —gritó desesperado.

—Podía esperar algo así de cualquier persona, menos de ti —susurró apenada.

—Perdóname —le rogó cayendo en el piso.

Andrew sentía que en ese preciso instante, la mujer de su vida le había lanzado una bomba de tiempo que desbastaba su vida. No se arrepentía de nada de lo que hizo, porque aunque estaba perdiendo, la tuvo a su lado por tres años.

Paulina tomó su bolso y salió del consorcio financiero donde estaban ubicadas las oficinas de Andrew. Caminó sin rumbo y sin darse cuenta de que sus pies la llevaron lejos hasta The Globe Theatre, se sintió que estaba pérdida por la sinceridad y las confesiones de quién consideró su amigo por tanto años, la destruyó; se había consumido por mucho tiempo y ahora que deseaba salir de esa coraza, y liberarse para poder encontrar la felicidad la defraudaban una vez más.

Sabía que iba ser duro acabar con aquella relación ya no podía tapar el sol con un dedo y menos la realidad que siempre los golpeaba. No lo amaba y tenía que aceptar el amor es algo espontáneo y si lo fuerzas, no conseguirás

nada más que lastimar a la otra persona. Estaba desorientada ya que él era uno de los pilares que la mantenían de pie. No lloraba pues se había prometido no volver a hacerlo si la traicionaban, Paulina pensaba que sería un día feliz porque su hija la había aceptado, sin embargo, ahí estaba decepcionada de alguien que le había confiado la vida entera. Todo se rompía como un frágil cristal que caía en el piso.

«No puedo creerlo», pensó decepcionada.

Su vida estaba llegando a un punto álgido y entendió que la felicidad es estar en paz contigo mismo, que la vida siempre te dará razones para sonreír. Sí, se sintió traicionada y bastante rota, porque Andrew sabía mentir lo demostró todos esos años haciéndoles creer que solo la ayudaba como el amigo abnegado. Recordó que nada es gratis y que lamentablemente estaba aprendiendo que duele la traición de un amigo.

Entró a una cafetería y pidió un té para poder aclarar sus ideas. Había ido a terminar la relación y lo logró, ahora solo tenía que resolver sus otros problemas para estar tranquila con su hija y Connor.

Connor que estaba enredado en las telarañas de la viuda negra que deseaban devorarlos, no sabía que había hecho para que su vida fuera una auténtica tragedia griega, ya casi se convertía en Medea para matar a todos aquellos que la traicionaron.

Muchas veces perderse en el camino es la mejor manera de encontrarse, luchar por lo que quería convirtió a Paulina en una mujer fuerte. Aprendió que todos opinaban, criticaban y hasta aconsejaban que hacer con su vida, pero el tiempo los ponía en su lugar y muchas veces lejos de ella; también que debía hacer lo que deseaba, porque si lo hacía o no igual terminarían por criticarla. Deseaba ser feliz con ella misma y no hacer felices a los demás.

Ya no tenía miedo a mostrarse tal cual era, ya no lo haría como los demás deseaban. Tenía una familia que la amaba y la aceptaba, una gran amiga que se quedaba a su lado sin condiciones, una hija que iba a recuperar y estaba en paz con ella misma.

De pronto, se dio cuenta de que ya no le hacía falta la compañía de nadie, que el pasado era un recuerdo que se había marchitado como una rosa. Su vida estaba poco a poco se volvía tranquila, sonreía más seguido y comenzaba a ver desde otra perspectiva su propia historia.

Se ajustó la chaqueta del traje de sastre que luciría en cadena nacional, era el día de hacer caer más máscaras. Lorraine se acercó con una sonrisa en los labios, su amiga concretó con uno de los periodistas más serios y reconocidos del Reino Unido, que encantado por la historia accedió hacer la entrevista donde revelaría la verdad y con eso ganaría fama.

—Ya saldrás al aire —le anunció al llegar a su lado—. Trata de contestar todo lo que te pregunten siempre y cuando no se vea involucrada Elizabeth.

—Está bien —contestó nerviosa Paulina.

La chica solo dio un paso y se detuvo de golpe, cuando se cruzó con los ojos que la transportaron al pasado, recordando al hombre que la había hecho

feliz por corto tiempo.

Connor había sorteado a todo el equipo de seguridad que resguardaba la casa de los Ferguson en Belgravia. Él deseaba compartir con ella aquel momento, pues estaba seguro que sería uno de los más duros que tendría que enfrentar. Se sintió frustrado porque aunque ella había accedido a volver a su lado, ya tenía una semana sin verla y las veces que quiso hacerlo puso excusas para no hacerlo. Necesitaba apagar en sus labios la sed que sintió y despertar juntos cada mañana, el silencio y la amargura de no tenerla cerca lo estaba volviendo loco.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó nerviosa cuando él se acercó a ellas.

—Apoyarte —contestó seguro.

—No deberías estar aquí —susurró conmovida.

—Paulina, juro que te voy a querer incluso cuando tú no lo hagas.

Ella suspiró bajito sobrepasada por las palabras del hombre que se había ganado su alma y su cuerpo.

—Es hora —le informó Lorraine interrumpiendo el momento—. Tienen tiempo de sobra para arreglar sus problemas.

Paulina asintió y fue hasta el salón donde habían improvisado un estudio pequeño frente a la chimenea. Observó como las facciones de su hermano se endurecieron al ver a Connor en su casa y rezó para que mantuviera la compostura durante la entrevista. William Hart se acercó y se presentó:

—Es todo un placer conocerte, Paulina.

—El placer es mío, William —contestó ella de manera distendida.

—Espero que no estés nerviosa, olvídate de las cámaras y piensa que

estás tomando el té conmigo —le pidió con una sonrisa.

Ella asintió y se sentaron frente a la chimenea uno frente al otro. Unos maquillistas retocaron sus maquillajes mientras el productor hacía unas pruebas con las cámaras, cuando encendieron los reflectores pensó que sudaría más de lo que tenía previsto.

—Entramos al aire en tres, dos, uno —anunció el productor.

—Buenas noches. —Paulina escuchó como William hacía una introducción sobre ella—. Esta noche estaremos entrevistando a una de las *socialité* más polémicas que ha tenido Inglaterra, nacida en una de las casas aristocráticas más influyentes de Londres y prima del futuro Rey de Inglaterra. Paulina Ferguson es una caja de sorpresas o podemos juzgar que de Pandora. —William hizo una pausa y sonrió uno de los camarógrafos se acercó para enfocarla—. Bienvenida, Paulina y gracias por abrirnos las puertas de tu casa.

—Gracias, William —contestó ella bastante nerviosa.

—Paulina, creo que toda Inglaterra desea conocerte porque es muy poco lo que sabemos de ti —comentó el hombre—. Solo sabemos lo que sale a la luz pública como la noticia de la hija que tuviste con tu primo, George Carnegie.

Paulina sintió que las manos le sudaban más de lo normal y no sabía si acabar con esa entrevista. Buscó con la mirada a Connor y él dibujó una sonrisa en su rostro para así infundirle valor para que continuara.

—Es cierto, tuve una hija con George. —Suspiró—. Quién era mi primo, pero amarse cuando eres joven no es un pecado. Este es el tipo de incidentes que la sociedad en la que vivimos todavía intenta ocultar. Creo que tener un hijo a temprana edad no es un error, pero así demuestro a todos que puede suceder en las mejores familias.

—Entiendo, Paulina. —William sonrió y continuó—: Hace pocos días varios diarios recalcaron que estás a punto de entablar una demanda por la custodia de tu hija contra tu tío, ¿podrías decirnos si eso es cierto?

—Lo es, sí, es cierto todo lo que se filtró a los medios y creo que ha llegado el momento que les cuente mi verdad, porque las personas solo conocen las medias verdades que se filtran para dañar mi imagen.

—Una imagen que has dañado tu misma con los excesos que todos conocemos y fueron reseñados por la prensa amarillista.

—Sí, sé que he cometido bastantes errores a lo largo de mi vida y todo porque me sentía perdida. Deseo preguntarle a cualquier madre, ¿qué sentiría si les arrebataran a sus hijos con pocas horas de haber nacido? No me estoy justificando, pero si quiero dejar en claro que mis excesos son parte del proceso depresivo por el cual tuve que pasar —contrató ella.

—¿Estás queriendo decir que tus tíos robaron a tu hija? —indagó William cruzando sus piernas e inclinando su cuerpo un poco.

—Sí, ellos nos hicieron creer todo este tiempo que la niña había muerto —contestó con voz triste Paulina, recordó las noches en vela que vivió por aquella mentira.

—¿Tienen pruebas?

—Todas nuestras pruebas están en los juzgados y esperamos que la ley nos apoye.

—Paulina pero toda Inglaterra sabe que consumiste drogas y alcohol. ¿Es el ejemplo que le darás a tu hija? —Los dos observaron que el productor hizo señas y William agregó—: Me contestas esta pregunta luego de corte.

Paulina se levantó y corrió a donde estaba su familia, ansiaba acabar con

aquella tortura y más con el tipo de preguntas con las que la abordaba el presentador. Lorraine le entregó un botellín de agua y le sonrió tratando de calmarla, sabía que su amiga estaba pasando un trago amargo.

—¿Tranquila? —inquirió bastante preocupada.

—No —confesó—, estoy muerta de miedo.

Connor se mantenía en tercer plano observando a la mujer que amaba, sin embargo, se sintió nervioso por las represalias personales que iba a sufrir la chica por este programa. Se acercó cauteloso pues sabía que no era bienvenido. Tomó su meñique y lo acarició suavemente, ella giró su rostro y le regaló una sonrisa que iluminó su mundo.

—Gracias —susurró Paulina tomando su mano—. Gracias por estar aquí.

—Te prometí que no estarías nunca sola y aquí estoy.

Paulina soltó la mano de Connor y volvió al sillón sintiéndose un poco más tranquila cuando el productor les dio la entrada y el presentador recordó la pregunta que había dejado en el aire. Tomó aire y respondió:

—Nunca puedes justificar el uso de drogas y alcohol, pero si sabemos que la mayoría de los adictos tienen un detonante que los lleva a consumir y el mío fue la pérdida. Primero perdí a mis padres, luego a mi hija y luego al chico con el cual pensé construir una familia. —Suspiró—. Tengo casi ocho años sin consumir un gramo de cualquier droga y tres sin probar alcohol. No soy perfecta, nadie puede serlo, porque soy una humana y vine al mundo para aprender de mis errores.

William esbozó una sonrisa satisfecho por aquella respuesta. Sin embargo, había visto la interacción entre Connor y ella, pensaba que era buen momento de seguir indagando.

—¿Paulina aún sigues comprometida con Andrew Britt? —preguntó.

Paulina se tensó y buscó con la mirada a David que negó, ella sintió que no era correcto involucrarlo y ahora no sabía si negarse o no a responder esa pregunta.

—No, no lo estoy —contestó nerviosa.

Connor sintió alivio al escuchar aquella respuesta, ahora solo esperaba que ella volviera a él porque estaba cansado de estar solo y triste sin ella.

—Hace tres años se te involucró con Connor Bellamy, ¿mantienes alguna relación con él? —William esta vez sonrió de manera maliciosa y Paulina lo captó.

—Connor Bellamy fue mi novio hace tres años y ahora solo tenemos una hermosa amistad —contestó para salir del paso.

—Eso quiere decir que estás sola.

—Lo estoy —contestó ella y miró a Connor para dejarle claro sus razones —, porque la verdad es que en estos momentos estoy centrada en recuperar a mi hija y fundar mi propio negocio. Quiero enmendar los errores del pasado y creo que todos tenemos nuevas oportunidades para hacerlo, por eso estoy aquí contando mi historia. Me robaron nueve años de la vida de mi hija que nunca voy a recuperar, no deseo llegar a lastimar a mi tío, no quiero venganza, solo quiero que me regrese lo que es mío.

—¿Estás segura que es tu hija? —indagó interesado.

—Sí, tenemos pruebas y estoy dispuesta a someterme a pruebas de ADN con tal de demostrarlo.

—¿Crees que George se quitó la vida por esto? Los registros de su muerte coinciden con el tiempo que diste a luz.

—No conozco las razones, pero estoy segura que el daño que nos estaban causando fue una de las razones que lo orilló a tomar esa decisión.

—¿Amaste a George?

Paulina se removió incomoda.

—Lo amé como se pueden amar en la adolescencia. Lo amé dulce y bonito, él fue mi primer amor. Lo recuerdo siempre y espero hablarle a su hija sobre él —contestó con voz triste.

William le ofrece un pañuelo y ella lo toma para secarse las lágrimas que no sabía que tenía.

—Si la pequeña estuviera observando esta entrevista: ¿qué le dirías?

Paulina necesitaba calmarse para poder transmitirle todo lo que sentía en ese momento a su hija. Respiró hondo mientras cerraba los ojos, escuchó los latidos de su corazón y los abrió para mirar a la cámara

—Tu padre y yo deseábamos formar una familia contigo, te deseábamos y queríamos conocerte pronto. Te amo, pequeña. —La voz se le quebró y su cuerpo tembló por la emoción que sintió—. Te amo con toda mi alma, espero poder resarcir todo el daño que nos han causado y sobre todas las cosas hacerte feliz.

—Gracias Paulina, creo que toda Inglaterra querrá saber mucho más. Por esta noche, nos despedimos esperando que esta madre pueda reunirse con su hija. ¡Buenas noches, Inglaterra!

Paulina se levantó y corrió para salir de aquella habitación. Buscó con desespero su móvil y marcó a su tía. Al cuarto tono escuchó las palabras que tanto había anhelado.

—Yo también te amo, mami...

Connor mantuvo una distancia prudente mientras Paulina conversaba con su hermano y amiga de manera muy violenta. Deseó abrazarla apenas terminó la entrevista, pero recibió una llamada en el móvil que le impidió acercarse y en ese momento sería imprudente tratar de hablar con ella. Respiró profundo cuando escuchó las palabras que tanto deseaba escuchar, ya ella era libre de volver a su lado y de una buena vez ser feliz.

Sin embargo, él sabía que ella estaba empeñada en alejarlo aunque lo amaba. Estaba seguro que lo hacía, lo había confesado hace más de una semana y aquí estaban separados cuando juntos podrían lograr más. Le pedía al cielo poder convencerla a que pasara con él la noche y perderse en su mirada, para caer embelesado por todo lo que sentían en uno por el otro. Buscaba el valor para que ese amor que estaba latente entre los dos triunfara, porque solo estaban dando vueltas huyendo el uno del otro, para llegar al mismo punto de partida que no era otra cosa que estar juntos.

Sentía mucho temor de que ella lo abandonara de nuevo y así caer en el pozo sin fondo que lo llevaba extrañarla. Ahora ellos eran lo que no serían y se quedaron en un limbo sin la certeza de que podían ser felices. Ya no era Ina, pues ahora era Paulina y eso lo asustaba porque creía que no la conocía.

Eran dos desconocidos después de ser más que dos amantes, pero se seguían encendiendo con tan solo rozarse o hablar. Entre ellos había un fuego y una pasión que parecía ser inextinguible, pero ahora quedaban las cenizas de aquel amor.

¿Podría prenderse el fuego de nuevo?

Connor se sentía ignorado y relegado, era como si fuese sido condenado a ello por su pecado. Decidió salir de ahí y darle el espacio a Paulina, aunque por dentro creía que era un fracasado, sus sentimientos se debatían entre estar

con ella y respetarla, sin embargo, esto significaría estar alejado de ella y no lo deseaba. Entró a su Aston Martin albergando la esperanza que algún día volvería a tenerla cerca. Se estaba quedando sin días esperándola y estaba por vender el alma al diablo por probar de nuevo aquellos labios que eran su KARMA.

Ya no podía elegir porque la AMABA y probarla de nuevo era un acto SUICIDA que deseaba cometer. Encendió el motor y escuchó que alguien tocaba el vidrio, lo bajó apresurado cuando vio que era ella.

—Paulina...

—¿Puedes llevarme a casa? —preguntó ella con voz triste.

Aquellas palabras le sonaron a gloria a Connor y asintió para hacerle saber que estaba dispuesto a llevarla a donde quisiera.

Paulina subió al auto con el anhelo de sentir su tacto para olvidar y emergía la yonqui de Connor Bellamy. Él tomó su mano para llevarla a sus labios y dejar un beso casto, que encendió cada célula de su ser. Cerró los ojos cuando él arrancó dejando atrás la casa de su abuela mientras sus pensamientos iban entre besarlo o terminarlo de alejar.

Ellos eran lo que nunca fueron, eran lo que les faltaba y lo que se prometieron en un amanecer. Ya nada quedaba solo cenizas que se iban volando y, ella consideraba que aquel era el momento para ponerle punto y final a un amor que quizás podía ser eterno. Deseaba una respuesta a todas las incógnitas que estaban en su mente, porque no le servían las promesas de amor eterno y es que se había convertido en una mujer de hechos.

Paulina estaba segura que todos en la vida poseían algún secreto que no le contarían a nadie, se arrepentían del mayor error de su vida y un amor inolvidable. Necesitaba aprender a vivir sin el amor, ya que estaba segura que

su corazón no se volvería a enamorar de otra persona. Le dolía saber que era imposible estar a su lado, sufría porque se debatía entre lo que dictaba su corazón y su mente.

El silencio reinaba entre los dos, no obstante, ella reconoció aquella calle y sabía a donde se dirigía Connor.

—¿A dónde me llevas? —preguntó conociendo la respuesta.

—A casa.

—Connor.

—Hablaemos en nuestra habitación, nuestra cama y en nuestro espacio. —Respiró hondo para tomar valor—. Nuestro amor se quedó suspendido en aquellas cuatro paredes.

Paulina se tensó por el corto camino que restaba y cuando bajaron deseó quedarse en casa de su abuela, porque de nuevo entraba a la cueva del lobo. Reconoció todo ya que estaba tal y como lo recordaba. Connor tomó su mano y la instó a seguirlo para subir las escaleras, caminaron en silencio hasta la habitación que guardaba los recuerdos de las noches de pasión vividas entre ellos y las tantas sin dormir por el miedo de amarlo y lastimarlo.

Los dos sabían que el dolor y la soledad que sufrían, eran por culpa de los dos y todos los errores que cometieron estando juntos. El recuerdo vivía atormentándolos, pues no podían estar separados y necesitaban estar juntos para encontrar la paz que le daba su amor.

Paulina se quedó parada en el medio de la habitación mientras observaba con cautela todo a su alrededor. La cama seguía en el mismo lugar, pero llevaba un edredón color gris con cojines de la misma tonalidad.

—Paulina —susurró Connor acariciando sus hombros desde atrás.

El calor que él emanaba la calentaba y su tacto la relajaba de tal manera que sería capaz de bajar las barreras.

—Necesito saber las razones por las cuales hiciste aquello —le exigió ella mientras apretaba sus puños.

Connor la giró y acarició su rostro con cautela, el miedo a un rechazo lo estaba volviendo loco. Ella negó su cabeza cavilando que no obtendría las respuestas que requería para perdonarlo.

—Fuiste una estrella fugaz que se desvaneció en mis manos —musitó Connor evadiendo el tema.

—Connor.

—No sabía que era lo que hacía y estaba perdido. —Deseaba atinar con una justificación sus actos y no encontraba las palabras correctas—. Estabas distante y nada de lo que hacía te hacía regresar —confesó.

—¿Distante? —inquirió sorprendida—. No dormía pensando que estaba arruinando tu vida y la de tu hija, me asesinaste cuando te encontré con ella.

—Fue un error que estoy pagando muy caro.

Paulina le enseñó sus muñecas y él pudo apreciar las cicatrices de lo que había ocasionado su infidelidad. Connor creyó en ese instante ser el peor hombre del mundo y lo era porque no fue capaz de parar a Diane cuando debió.

—¿Tú lo pagas caro? Amarte casi me cuesta la vida —sollozó ella.

—Paulina.

—Te amaba y te amo, pero no puedo confiar de nuevo en ti.

—Tus palabras son veneno para mi alma.

—¿Sabes algo? —le preguntó y no lo dejó hablar, porque le dijo con la voz cargada de rabia—: Te perdoné porque tampoco soy una santa, pero sería incapaz de traicionarte. —Suspiró—. Me pediste que me atreviera amarte y arriesgué mi vida por un amor de medio tiempo.

—Caminaba en arenas movedizas contigo, Paulina, me olvidé hasta de respirar con miedo a que corrieras en una dirección que no era la correcta. ¿Qué querías de mí? ¿Qué quieres ahora? —gritó molesto.

—Ya no hay tiempo y menos puedo encontrar las palabras para detenerme a contestar eso. —Paulina trató de caminar pero él se lo impidió.

—Hay tiempo. — le suplicó Connor.

—Siempre voy a recordar lo que vi y no puedo volver contigo, me costó muchísimo recoger los pedazos que quedaron de mí. —Ella suspiró—. Necesito tiempo porque puedo perdonarte, pero olvidar es una pelea que me es difícil enfrentar.

—Esperaré, esperaré porque tu amor es lo único que puede calmar el dolor de perderte. —Connor se arrodilló—. Perdóname, porque tengo miedo de perderte de nuevo.

—Tú eras más fuerte y yo no lo era. —Paulina comenzó a llorar sin darse cuenta—. Me ilusioné contigo creyendo que eras lo mejor en mi vida, pero me equivoqué.

—¿Entonces todo lo que teníamos se ha ido?

—La confianza rota es igual a corazones rotos, lo siento. —Exhaló cansada pensando que fue una mala idea venir a su casa—. Creo que no puedo vivir de promesas vacías.

—Olvidarte es lo más difícil que he tenido que hacer en mi vida y es

imposible, te sigo amando.

—Lo siento, por ahora solo tengo cabeza para recuperar a mi hija.

—No me daré por vencido, deseo formar un hogar a tu lado y que nuestras hijas tengan la familia que merecen. —Trató de tomar su mano, pero ella se alejó y prefirió respetar su espacio—. Te amo, Paulina.

—Lo siento, pero no puedo.

—Perdóname de ahora, porque no pienso renunciar a lo nuestro.

—No puedo olvidarlo, por favor..., levántate.

Connor se levantó decepcionado, ya que parecía que nada de lo que dijera o hiciera la iba convencer de volver con él. Poco a poco se desesperaba por no saber qué hacer para conquistarla de nuevo.

—No quise lastimar tu corazón.

—Me quiero ir —contestó Paulina presa del miedo que le estaba causando aquella situación—. Te perdoné hace mucho tiempo, pero no quiero seguir en este círculo vicioso que no nos lleva a nada.

Salió corriendo sin darle tiempo de reaccionar a Connor, que se quedó con la mirada perdida en la puerta de la habitación.

Aquello no podía ser el final de su historia y él lo sabía.

Paulina de nuevo vagaba por las calles de Londres sintiéndose pérdida en sus sentimientos, al mismo tiempo que su mente especulaba que aquella ciudad sería su destrucción, debido a que cada vez que estaba ahí resultaba ser una hecatombe que la llevaba al mismo punto de partida y no era otro más que la desesperación. No entendía como Connor podía pedirle que lo perdonara luego de que arrojó todas sus promesas de amor al suelo, porque era fácil arrepentirse de los errores luego de cometerlos.

Ella mejor que nadie lo sabía.

Ella era humana.

Ella era perfectamente imperfecta.

Connor volvía a ser la persona correcta en el momento equivocado, solo que ahora no tenía la certeza de que no hubiera otro momento para ser feliz. Ninguno de los dos tenía la culpa que el tiempo no pudiera regresarse y así borrar el pasado, pero él era lo más bonito que le había sucedido después de su hija. Ella deseaba atreverse a hacerle caso al corazón, sin embargo, estaba decidida a olvidarlo y borrarlo de su mente porque no quería sufrir más.

Observó que había caminado por Chelsea sin rumbo alguno y el cielo de la ciudad como siempre tenía intenciones de llevarse su sufrimiento con la lluvia. Se quedó mirándolo mientras pensaba en cuándo llegaría el momento para lograr ser feliz. Alguien tropezó con ella haciendo que su bolso resbalara al piso, se agachó a recogerlo y gritó al encontrarse con un rostro desfigurado que sonreía de manera siniestra. Su piel se erizó y su cuerpo se estremeció cuando el hombre le entregó el bolso para levantarse y seguir su camino.

Markus se regocijó de la reacción que tuvo Paulina al verlo. La seguía de

cerca para estudiar sus rutinas y trazar el plan perfecto para llevar a cabo su venganza. Connor y ella pagarían que debía vivir entre las sombras, puesto que desde que salió del hospital se sentía un monstruo y que debía mantenerse entre ellas para obtener lo que deseaba.

Recordaba que cuando despertó luego de recibir la golpiza que le propinó su hermano adoptivo, no pudo enfocar bien su mirada y cuando el doctor le dio el parte médico se enteró que había perdido la visión de su ojo izquierdo y el rostro le quedó prácticamente destrozado. Todo porque él era el único causante de que Connor no pudiera seguir follándose a Paulina.

Su querido hermano fue absuelto cuando Diane confesó que había sido un arrebató de celos y él se quedó sin dinero y hecho una piltrafa humana, todos en Londres creían que se había ido lejos luego de aquel episodio y lo hizo por un tiempo, sin embargo, regresó para arrebatarle todo lo que quería Connor Bellamy por eso es que comenzaría con ella.

Mató con sus propias manos a Diane en un callejón, suponía que al encontrar el cadáver iban a culpar a su esposo y hasta en eso Connor era un maldito bastardo con suerte. Claro que el cuerpo quedó completamente irreconocible, pero disfrutó cada segundo al quitarle la vida a Diane.

David caminaba como un león enjaulado molesto con el comportamiento irracional de su hermana, no entendía que había sucedido con ella y su mejor amigo que los había orillado a terminar su relación. Deseaba que encontrara una persona que la amara como se merecía y que no tratara de cambiarla, puesto que a él le costó mucho entender que Paulina era un alma libre que no podía ser encerrada.

Había encontrado la felicidad al fin, sin embargo, necesitaba que todas

las personas que amaba fueran felices. Era como si no estuviera completa hasta que él constatará que su pequeña hermana estaba junto a su hija y con el hombre que la haga feliz.

Tenía que aceptar que Connor Bellamy amaba a su hermana a pesar de su traición. Lo que le preocupaba de la relación entre él y Paulina era que todo lo que había sucedido la vez anterior. Sentía terror tan solo de recordar aquella escena tan espeluznante que había encontrado en aquel cuarto de baño. Pensó que había perdido lo único que le quedaba de la familia que tuvo y para él aunque muy poco lo demostraba había sido muy duro perder de pronto a sus padres. Tuvo que madurar a los golpes para ser el soporte de su hermana que a tan corta edad no supo cómo afrontar la pérdida.

Deseaba muchas veces poseer una máquina del tiempo y revivir a su padre para preguntarle si hacía las cosas bien, pero era imposible revivir a los muertos, ya que eso solo sucedía en los libros y en las películas.

Cerró la carpeta con documentos de un caso que llevaba, porque en ese instante no tenía cabeza para revisar eso ahora. Salió del despacho en busca de la única persona que le traía paz entre tanto caos y debía reconocer que aquella había sido su mejor elección. Entró a la habitación y se quedó mirando a la hermosa rubia que estaba durmiendo en su cama.

Lorraine era como una bocanada de aire fresco para su cuadriculada vida. Ella que creía que cuentos de hadas y unicornios, buscaba siempre el lado bueno de todo lo que sucedía y amaba entregar el cien por ciento de ella para hacer feliz a todos. Era como un fuego que corría por sus venas y la amaba, claro que lo hacía.

Se arrepentía de haberse dado cuenta muy tarde ya que casi le cuesta su relación. Él evitó por todos los medios acercarse a la mejor amiga de su

hermanita, porque le llevaba unos cuantos años y para ella nunca fue una razón que le impidiera acecharlo. Se acostó a su lado y la abrazó para sentir su calor y su aroma a fresas silvestres. Respiró hondo pensando en el mundo real que le había entregado, la necesidad que poco a poco nacía en él por convertirla en su esposa. Ella se removió y se giró.

Lorraine abrió los ojos y se encontró con el rostro de David. Detalló que tenía fruncida la frente y eso solo sucedía cuando algo le preocupaba.

—Algo te sucede —comentó ella sin preguntarle porque estaba segura que así era.

—Duerme, Cielo.

—David —lo llamó preocupada.

—Paulina, siempre Paulina —contestó con voz cansada.

—¿Es por qué se fue con Connor? —preguntó incomoda.

—No entiendo qué es lo que pasa a veces por la cabeza a mi hermana. —Exhaló cansado—. Lo siento, pero este hombre no parece el indicado para ella.

Lorraine se soltó de su agarré y sentó en la cama, encendió la lámpara que estaba en la mesita de noche mientras estaba rumiaba si contarle o no a David, todo lo que le había relatado Paulina el día anterior sobre Andrew, le pareció que iba a trastocar al hombre que amaba.

—Tienes que darle una oportunidad, todos merecen una segunda oportunidad —comentó evitando relatarle todo lo que sabía.

—Él casi la orilla a morir —siseó molesto.

Lorraine puso los ojos en blanco porque David cuando quería podía ser

sobreprotector. Entendía que no le perdonara la traición a Connor, no obstante, era decisión de Paulina hacerlo o no porque la relación era de ellos y los demás sobraban.

—Te diré algo y espero que me escuches. —Se quedó callada observándolo. David negó y luego se giró para ver el techo—. David.

—Dilo, total lo dirás quiera o no, ¿cierto?

—Cierto, Cariño... —Suspiró—. Paulina se iba a tratar de suicidar en cualquier momento, tenemos que aceptar que ella estaba enferma y que nosotros solo la sobreprotegimos. No estoy de acuerdo que le perdone una traición a ese hombre, sin embargo, es una decisión que tiene que tomar ella.

—Lorraine.

—No, David, escucha. —Ella puso su mano en su pecho—. Tienes que dejar vivir a tu hermana de una vez por todas. Estaremos para ella cuando caiga, pero necesita darse sus propios golpes para crecer.

David estaba asombrado por las palabras de la mujer que amaba y tomó su mentón para observarla. Ella esbozó una sonrisa y él se derritió enamorado por aquel gesto.

—¿Cuándo te convertiste en la madura de esta relación? —inquirió él divertido.

—Desde que soy objetiva. Amor no quita conocimiento —Respiró hondo—. Amo a Ina como una hermana, pero sé que tiene que comenzar a enfrentar sus problemas sola.

—Tengo miedo.

—Si ninguno de nosotros le tiene confianza. ¿Cómo pretendes que ella la tenga? —Tomó su mano—. David, tu hermana ha crecido y madurado en estos

tres años y creo que pase lo que pase debemos respetar su decisión.

«Porque si te enteras lo que hizo Andrew lo matarás», agregó mentalmente.

—Está bien, ¿te puedo abrazar?

Lorraine sonrió embobada por aquella pregunta que él muy bien sabía cuál era la respuesta. Los dos se acomodaron y ella se pegó a su cuerpo, puso su cabeza en su pecho y tomó el lóbulo de la oreja de él para acariciarlo hasta dormirse.

—Te amo, Lorraine.

—Y yo a ti, te amo tanto.

Paulina horneaba un pastel de chocolate cuando el timbre la sorprendió. Rezó mentalmente para que no fuera Connor, porque no estaba de ánimos para otra conversación sobre ellos. Se limpió las manos del repasador húmedo que dejó cerca del lavavajillas, un peso en el estómago se le instaló presagiando que aquella visita no traería nada bueno. Suspiró cansada cuando tuvo la puerta enfrente y el timbre sonó de nuevo con mayor insistencia. Con manos temblorosas tomó el pomo y la abrió sorprendiéndose con quien estaba de pie en el pórtico. Nunca creyó volver a ver en ese lugar a su tío.

Edward Carnegie era hombre ambicioso capaz de cometer una atrocidad con tal de conseguir todo lo que se proponía. Aquella no era una visita social y esperaba que su sobrina intuyera lo que deseaba. No saldría de la casa sin la respuesta que necesitaba, ya que estaba en juego lo que tanto le había costado.

Su nieta.

—¿Esos son los modales de una Ferguson? —preguntó en tono burlón y agregó—: Porque un Carnegie siempre da la bienvenida a un familiar.

Paulina salió de su aturdimiento y observó a su tío intrigada por su visita. «¿Qué querrá?», se preguntó.

—¿La misma que tuviste conmigo días atrás? —contrató sarcástica y exteriorizó su incógnita—. ¿Qué quieres?

—Negociar —Edward contestó seguro.

—Lo puedes hacer con mis abogados. —Paulina tenía pavor de darle paso a su casa.

—Esto es algo que podemos solucionar solo tú y yo.

Paulina suspiró cansada y le dio paso a su tío. Trancó la puerta y lo dejó entrar al salón, algo que le pareció atrevido pues no lo había invitado a pasar. Buscó su móvil en el bolsillo del mandil y le envió un mensaje de texto a Lorraine.

Edward Carnegie, está aquí.

Respiró hondo infundiéndose de valor y caminó hasta el salón donde estaba su tío observando todo con desprecio sentado en uno de los sillones, su postura demostraba seguridad y eso provocaba en ella rechazo.

—Dime. ¿Qué deseas? —inquirió molesta.

Edward sonrió porque sabía que estaba logrando su cometido. Ya había logrado perturbarla con su propia presencia, al igual que su hermana sabía que su sobrina era manipulable y por su hija sería capaz de todo. Sintió deseos de exponer sus cartas sobre la mesa, pero también deseaba incordiarla un poco más a ver cuál sería su reacción.

—Casi es la hora del té. ¿Podrías ofrecerme uno? —dijo evadiendo la pregunta.

—Tío —siseó molesta—. ¡Por una maldita vez dime qué quieres!

Edward soltó una carcajada que a Paulina escuchó como maquiavélica. Comenzaba a exacerbarse con sus comentarios evasivos.

—Quiero que renuncies a Elizabeth —soltó su tío con resentimiento.

—¡No! —gritó—. Si viniste a eso, puedes salir por donde entraste.

—Escúchame niñata, no vengo a pedírtelo esto es una exigencia.

—¿Pero qué te hice? ¿Por qué me odias tanto? —inquirió molesta.

—¡Matar a mi hijo! —exclamó molesto.

Por primera vez, Edward Carnegie decía en voz alta lo que tanto lo atormentaba. Había sufrido en silencio la muerte de su único hijo y había perdido para siempre lo que más quería en este mundo. Quiso el dinero y la posición aristocrática, pero George estuvo siempre por encima de esas cosas.

Paulina se quedó en silencio sorprendida por aquella confesión. Siempre supuso que su tío era como su abuelo y tuvo hijos solo para cumplir con lo que dictaba la sociedad. Ellos eran del tipo de padres que muy pocas veces demostraban algún tipo de cariño. Suspiró cansada y se dejó caer en uno de los sillones derrotada.

—Yo no maté a George —susurró—. Mi mundo giraba solo entorno a él y, después que él se fue vivo arrinconado entre la espada y la pared, me quieren hacer pagar algo que yo no hice o quise.

—Se suicidó por tu culpa, nunca debiste traer esa niña al mundo —le reclamó molesto.

Ella no salía de su asombro por los caminos que estaba tomando esa conversación. No se arrepentía de nada, estaba segura que nunca había obligado a George de aceptar la paternidad de su hija.

—¡Yo nunca le pedí que se hiciera cargo! —gritó molesta y agregó—: ¡Yo no le dije que se suicidará y me dejará sola!

—Algo hiciste para que tomará esa decisión.

—¡Lo hicieron ustedes, tú y mi abuelo! —sollozó—. Ustedes con esas malditas ganas de obligarnos a mantener una dinastía estúpida. ¡Éramos unos niños!

—No eran niños cuando la procrearon, fuiste siempre la oveja negra de la familia y dañaste a George. —Edward al fin podía decir lo que pensaba—. Eres igual que tú madre una estúpida que no sabe mantener el honor de la familia.

Aquellas palabras fueron las gotas que rebosaron el vaso para Paulina. Se levantó molesta y apretó sus puños tratando de mantener la calma.

«Dios, dame paciencia porque si me das un arma lo mataré».

—Te voy a dejar clara una sola cosa: No voy a renunciar a mi hija y ten por seguro que estaré dispuesta a llevar esto hasta las últimas consecuencias.

—Yo tampoco voy a renunciar a lo único que me queda de George —confesó Edward bajando sus muros de concreto.

—Entonces, no tengo más nada que decir así que te pido que te vayas —le pidió ella temblando.

Observó en como su tío se levantaba del sillón y se acomodó la chaqueta de su traje con toda la lentitud que pudo provocando que ella cada vez se molestara con su presencia. Atravesó el salón y antes de salir de su vista le

dijo en modo de advertencia.

—Seguirás escuchando de mí.

Paulina no respondió porque no quería seguir el juego macabro que su tío tenía ganas de llevar a cabo. Escuchó la puerta abrirse y cerrarse, se sentó en el piso a llorar ya que sabía que él acaba de poner las reglas del juego.

Para tener a su hija a su lado debía ser valiente y luchar con uñas y dientes.

Lorraine llegó a casa de su mejor amiga preocupada y se le instaló un peso en el estómago al encontrarla tan calmada sacando unas galletas del horno. Observó su rostro y se dio cuenta de que había llorado, sin embargo, ella se comportaba como si no había sucedido nada.

—Paulina —susurró.

—Estoy bien —contestó Paulina, pero Lorraine lo dudaba.

—¿Qué quería tu tío? —inquirió bastante preocupada.

Paulina apagó el horno y buscó dos tazas, tomó la tetera que había sonado segundos antes de que entrara su amiga y las sirvió con agua caliente. Buscó dos sobre y llevó una bandeja hasta el mesón donde su amiga había comenzado a comer nerviosamente las galletas recién horneadas.

—Me está matando tu calma —comentó Lorraine que se sintió desesperada.

Ella ignoró a su amiga y puso las bolsitas de té dentro de las tazas. Se quitó el mandil que dobló con destreza y se sentó finalmente. Había llorado por más de una hora, no obstante, había jurado que iba a ser una mujer fuerte

que no iba amilanarse por los problemas.

—Quiere que renuncie a Elizabeth —profirió aquella palabras que arañaron su garganta al pronunciarlas.

Lorraine escupió el té sorprendida y Paulina puso los ojos en blanco, porque su mejor amiga muchas veces podía olvidarse de sus buenos modales de señorita de sociedad.

—¿Me estás jodiendo? —preguntó sorprendida—: ¡No puedo creerlo! —exclamó mientras buscaba su móvil.

—Lorraine, por favor, te pido que no involucres a David —le pidió tomando su mando y deteniéndola de marcar cualquier número.

—¡Ina, joder! —exclamó.

Paulina se removió incomoda pues deseaba dejar a Ina de un lado. Para ella aquella chica insegura y miedosa se había convertido en parte del pasado. Su vida dio un giro cuando regresó de la muerte y juró que lucharía por su hija.

—¿Qué podemos hacer?

Lorraine suspiró y buscó varios causales legales que podrían meter a Edward Carnegie en problemas. Lo que había hecho se llamaba acoso y podía significar una nueva demanda. Ella estaba segura que Paulina, estaba dispuesta a llevar todo hasta sus últimas consecuencias. Le pidió la computadora prestada y redactó un documento que llevaría a los juzgados al día siguiente. Al terminar se lo entregó y solo escuchó que ella susurró:

—Comenzó la batalla.

Andrew caminaba de un lado a otro pensando alguna estrategia para recuperar a Paulina. Estaba convencido que ella era la única mujer que podría amar toda la vida. Pues todo lo que llegaba a su vida de manera fácil se iba de la misma forma.

Paulina siempre tomaba todo en su vida y luego se iba, parecía una explosión perenne como una granada que dejaba sus esquirlas regadas en su corazón. Ya no sabía si la amaba o era la obsesión de tenerla con él, todo parecía sacado de una historia de amor, pero en esta él era el villano y el perdedor. Cada día se preguntaba si algún día podría ser feliz con ella. Se sentó en su sillón y buscó en su libreta un número que tenía mucho tiempo sin discar.

—Lo quiero muerto —le ordenó a su interlocutor.

—Pronto —contestó.

—¡Ahora! —gritó y pegó un golpe contra el escritorio.

La puerta se abrió y David entro hecho toro de miura, se abalanzó sobre su amigo y le propinó un golpe en la mandíbula. Se sentía traicionado y quería matarlo, lo golpeó varias veces hasta que alguien logró separarlo.

—Perdóname —susurró Andrew.

—¡Casi le cuesta la vida! —gritó fuera de sí David—. Es mi hermana, ¿cómo pudiste?

—La amo —se justificó.

David miró con desprecio a quién creyó era su amigo, cuando Paulina le dio las verdaderas razones por la cuales había terminado con él, porque no lo podía creer y por eso salió corriendo para ajustar cuentas con él.

—No te acerques nunca más a mi familia —le ordenó.

—Yo la amo, no puedes prohibirme nada. —David se limpió el hilo de sangre que salía de su boca.

—Te mato, te mato si te acercas.

—Es mi prometida.

—No es nada, entiéndelo y creo que es hora que entiendas que Paulina no te ama, nunca lo hará. —David negó—. Pensé que eras mi hermano.

—David, lo hice por amor.

—Nada de lo que me digas justifica lo que hiciste.

—¿A él le perdonas que engañara a Paulina? —inquirió con rabia Andrew.

—No, nada o nadie que le haga daño a mi hermana merece mi perdón. —Exhaló cansado—. Esperaba la traición de cualquier persona, pero no de ti y esto es el fin. No te quiero cerca de mi familia.

—No voy alejarme de Paulina —le aseguró Andrew.

David no deseaba escuchar más justificaciones absurdas y salió del local molesto. Se encontraba contrariado por la traición de su mejor amigo que le provocaba una lucha de sentimientos encontrados, el dolor de la traición se hacía presente y estaba seguro que nunca le perdonaría a Andrew que casi pierde a Paulina por su culpa.

Ya la última palabra estaba dicha y estaba seguro que no habría marcha atrás estaba dispuesto a todo, le tocaba proteger a su familia con uñas y dientes.

Así eso significara perder a su mejor amigo.

Connor miró el ramo de rosas que tenía en el asiento de su automóvil y se sintió ridículo al encontrarse con el auto que estaba estacionado frente a la casa de Paulina, pues sabía a quién pertenecía. Le había tomado dos días olvidar su orgullo herido por el rechazo de la mujer que amaba y ahí estaba la muestra nuevamente que la había perdido.

Se imaginó a la pareja sentados en el sofá disfrutando del calor que emanaba de la chimenea y se enardeció por los celos, pues estaba seguro que ella seguía siendo suya en cuerpo y alma. Bajó y no le importó mojarse con la lluvia torrencial que caía en ese momento, solo le interesaba recuperar a su mujer. Tocó sin pensarlo mientras emergían las ganas de romper la puerta para entrar. Cada vez se sentía un poco más frustrado por cada minuto que pasaba lejos de ella.

Paulina fue hasta la puerta fastidiada de escuchar a Andrew pedirle perdón por lo que había hecho. Abrió la puerta y puso los ojos como platos al ver Connor empapado y con cara de pocos amigos, se tensó cuando él cruzó el umbral y se estampó contra sus labios. Sus piernas flaquearon porque aquel beso primitivo que le recordaba a su cuerpo que solo le pertenecía a él, su lengua de forma maestra exploró su boca haciéndola entrar en una burbuja de pasión, que la hizo olvidarse del mundo que la rodeaba.

—¡Paulina! —gritó Andrew colérico al observar a la mujer que amaba en los brazos de otro.

Connor sonrió contra los labios de su mujer, pues había logrado lo que deseaba y no le importaba las consecuencias de su comportamiento. En ese instante la única prioridad para él era que Paulina entendiera que debía volver

a su lado. Demoró en terminar el beso y la miró perdiéndose en los ojos azules que lo observaban sorprendidos.

Ella lo miraba anonada por su comportamiento, pero se alegraba en el fondo que estuviera ahí para así finalmente ponerle punto y final a una historia que nunca debió comenzar. Cuando él acarició sus labios ignorando la presencia de Andrew, trató de recomponerse y se soltó sutilmente de su agarre. Se giró lentamente y se quedó observando al hombre que había traicionado también su confianza.

—No puedo creer que me estés dejando por él —profirió Andrew enardecido por la escena.

—Te estoy dejando por lo que tú mismo hiciste —contestó ella.

—Paulina... —Andrew la llamó en modo de ruego tratando de conmovérsela a la chica—. Piensa bien las cosas. Él te traicionó ya una vez. ¿Piensas que no lo hará de nuevo?

Connor se tensó y fue a contestarle, pero ella se interpuso entre los dos. Fue el escudo humano que le impidió partirle la cara en dos a aquel idiota.

—Andrew sal de aquí antes que sea peor. Connor y yo, es eso, dos personas que van a enfrentar sus problemas y espero que esta vez sin la influencia de terceros.

Andrew negó y caminó hasta la salida completamente derrotado. Tomó la mano de la chica y dejó la caja que contenía el anillo de compromiso que ella le había devuelto.

—Es tuyo —Andrew le dijo con tristeza y agregó—: Me voy unos meses a Estados Unidos no soporto no tenerte.

Salió de la casa hecho pedazos y con ganas de perderse en una botella de

escoses que aguardaba en su auto, no se acordaba que la vida pudiera ser tan dura. Estaba acostumbrado a tener todo lo que deseaba, pero lo único que nunca pudo tener fue el amor de Paulina y de nuevo la perdía. Sabía que esto era solo las consecuencias de sus actos y se arrepentía de haber caído en el juego de Markus. Subió a su auto y arrancó a toda velocidad olvidando que llovía.

Connor miraba a Paulina y no sabía si llorar o reír. Quería creer que las palabras que había pronunciado la chica eran el inicio de su felicidad, no obstante, tenía miedo que hubiese sido una trampa para que Andrew dejara la casa. Esperó que ella diera el primer paso y estaba desesperándose de esperar por ella cuando los dos sabían que se amaban.

—Paulina —murmuró su nombre y quiso por primera vez que ella corriera a sus brazos.

—Vete. —Paulina se dio vuelta y caminó hasta la puerta que la llevaba a la cocina. Se detuvo y agregó—: No estoy lista para retomar la relación, la verdad, no sé si lo estaré algún día.

—Te amo.

—Y yo a ti —confesó ella, pero no podía olvidar aquella traición—. Intenté olvidarte y fallé, pero no puedo, no ahora que necesito estar centrada en mi hija y todo lo que necesito para recuperarla.

—Te voy ayudar.

—Connor, hay cosas que debo hacer sola y recuperar a mi hija es una de ellas.

—Amarte es tan fuerte que me está matando estar sin ti.

—Por favor, vete.

Connor ignoró la petición y se acercó a ella, pegó su cuerpo al de ella y la abrazó. Sabía que era de él y solo de él, se extrañaban tanto y por masoquismo estaban separados. Sabía que regresaría a su lado y el primer paso lo había dado dejando el perdedor de Andrew Britt.

—Sé que me extrañas tanto como yo a ti —susurró cerca de su oído.

Paulina se estremeció con el calor de su voz. Ella quería perdonarlo, pero no podía regresar como antes y estar a su lado.

—Eras mi vida, eras todo y me traicionaste —murmuró ella al borde de las lágrimas.

Connor dejó un beso en su cuello y al acercarse inhaló el aroma de la chica que era el mismo que recordaba, rosas y con esa misma fragancia impregnaba sus sábanas para dormir. Necesitaba tenerla de nuevo entre sus brazos y sentir su piel contra la suya.

—No pienses y solo siente —le pidió él girando su cuerpo para quedar cara a cara.

Paulina observó aquellos ojos casi de un color verde musgo. Lo conocía y sabía que la deseaba, ella también lo hacía más que a respirar. Se sintió segura de nuevo entre sus brazos que eran como su hogar, lo que la confundía y la llevaba a desear pedirle que se quedara a su lado. No sabía si hacerlo o salir corriendo de nuevo.

Él no la dejó pensar y la besó esta vez un poco más suave, sin embargo, la manera posesiva con la cual se apoderaba de sus labios, le hacía palpar aquel amor que todavía flameaba dentro de su corazón. Las manos callosas de él atraparon sus mejillas y dejó escapar un gemido de placer cuando su lengua se adentró dentro su boca. Sus manos fueron a su chaqueta y se la quitó lentamente, lo mismo hizo con la camisa empapada.

Connor dejó que ella lo desvistiera aunque moría por quitarle aquel jersey de lana y leggings, que solo eran otra barrera más entre ellos. Cuando llegó a su cinturón rompió el beso y se quedó observándola. El pecho de la chica bajaba y subía por lo agitada que se encontraba.

—No te haré el amor aquí —le advirtió serio Connor.

Ella le ofreció su mano y él la tomó para seguirla a donde lo llevaría. Subieron las escaleras en silencio y ella se dirigió a la puerta del final del pasillo. La abrió y él se quedó admirado por decoración se asemejaba a la suya, solo que ella había puesto sus toques personales.

Paulina se sonrojó porque se sintió descubierta, puesto que cuando ella se fue a París de nuevo, sintió que iba contra el viento y en su pequeño piso hizo cambios en la decoración para sentirse segura. Le daba dolor confesar que el único lugar en el mundo donde se había sentido de esa manera fue en casa de Connor. Por eso había tomado la decisión de hacer lo mismo en su pequeña casa y refugio.

Él la tomó de la cintura y se olvidó de todo lo que rodeaba, ya que solo deseaba perderse de nuevo entre los pliegues de su sexo y que esta vez todo resultara como deseaba. No quería sentirse perdido de nuevo, pues eso fue lo que realmente sintió luego de que ella se fue de su lado. Cuando llegaron a la cama con destreza y ansias la despojó de la ropa dejándola en una pequeña lencería de seda y encaje de color hueso que sería su perdición.

—Hermosa.

Paulina se ruborizó ante el escrutinio del cocinero, nunca se acostumbraría a la forma como la veía. Se comenzaba a sentir segura y su mente trataba de alejar los fantasmas del pasado, porque deseaba creer que hacía lo correcto y así poder seguir el camino que la esperaba. Lentamente se

despojó del brasier dejando sus pechos descubiertos y se quitó la minúscula tanga que tapaba su sexo. Se quedó desnuda y expectante a lo que él decidiera hacer con ella.

Él se acercó lentamente y se arrodilló frente a ella para venerar a la diosa que tenía al frente. Se postró ante ella y besó sus pies como si una verdadera deidad se tratara.

—Connor.

—Te voy amar y cada día te elegiría, eres mi diosa y todo lo que necesito para ser feliz.

Ella suspiró y cerró los ojos cuando él tomó una de sus piernas para llevarla a su hombro. Cuando su lengua se internó entre sus pliegues, sintió que sus piernas temblaron pero ahí estaban las manos de Connor para atraparla.

Él lamió famélico el sexo de la chica y la fustigó hasta hacerla llegar varias veces para poder beber de sus mieles. Debió hacer acopió de su fuerzas para no correrse como un colegial en los pantalones y cuando ella no pudo mantenerse más en pie, la acostó en la cama y se quitó el pantalón llevándose el bóxer con el mismo.

Paulina relamió sus labios recordando las veces que tuvo el miembro de aquel hombre sus labios. Estaba en un estado de éxtasis, casi vivía una catarsis luego de cuatro orgasmos. Sin preámbulos él se posicionó entre sus piernas, escupió su mano para pasarla por su pene para lubricarlo, la penetró de manera brusca y en repuesta ella arqueó su cuerpo.

Connor respiró violentamente, porque era tal cual lo recordaba. La estrechez del sexo de la chica lo volvía loco y estaba seguro que sería su perdición. Tomó con una de sus manos el mentón de la chica y le dijo con voz

gutural:

—Mía, eres mía y siempre lo serás.

Paulina asintió y él arremetió de manera lenta contra su sexo. Estaba perdida en aquellos ojos verdes que la miraban con amor y deseo. Los dos se entregaron a la pasión que sintió, nos les llevó mucho para llegar al orgasmo.

Connor, se derramó dentro de ella deseando que quedara embarazada y que nunca se fuera de su lado. La necesitaba como necesitaba el aire al respirar, se desplomó sobre el cuerpo de la chica.

—Te amo, Paulina Ferguson.

Ella suspiró y contestó:

—Y yo te amo a ti, Connor Bellamy.

Paulina despertó con el calor del cuerpo del hombre que dormía plácidamente a su lado. Ella y Connor habían hecho el amor toda la noche y se habían quedado dormidos pasada las cuatro de la mañana, tomó una camiseta para bajar en busca de café y comida para reponer fuerzas. Recordó que había olvidado su móvil en la cocina luego de la discusión con Andrew. Bajó las escaleras sintiéndose aliviada de no querer huir y desear de pasar algunas horas más junto al cocinero.

Prendió la cafetera de espresso y buscó la leche en la nevera junto a la jarra. Calibró el molino e hizo todo el procedimiento para extracción, cuando acabó quiso hacerle un pequeño arte latte al café de Connor y lo decoró con un corazón en el medio y varios pequeños alrededor. Hizo una pequeña flor en el suyo, tomó varias galletas de avena y miel que ella misma había hecho. Las puso en una bandeja y fue de nuevo a la nevera a ver que podía encontrar para

complementar el desayuno.

El móvil sonó con una llamada y corrió hasta donde estaba, había olvidado que debía revisarlo para leer los mensajes y mirar que hora era. En la pantalla apareció una foto de su hermano David y ella de cuando eran unos niños. Tomó el aparato y respondió.

—Hermano.

—¡Joder, Paulina! —exclamó David respirando hondo—. Llevo una hora llamándote.

—Podías haber llamado a casa —contestó. Sonrió cuando Connor apareció en la cocina, admirando que estaba desnudo como un dios griego.

—Lo olvidé, la verdad, que olvidé todo —murmuró su hermano con voz preocupada.

—¿Qué sucede, David? —indagó ella porque su hermano le hablaba de manera extraña.

David del otro lado del teléfono pensaba como debía comunicarle la noticia a su hermana. Él se sentía consternado con todo lo que había escuchado en las noticias.

—¿David? —Paulina llamó a su hermano por el largo silencio y escuchó como él respiró profundo.

Ella pensó que le había sucedido algo a su abuela o a su hija. Su corazón se asustó y sintió que le empezaba a faltar el aire.

—Andrew ha muerto en un accidente de tránsito cuando regresaba de Surrey —le comunicó sin filtros la noticia que iba a escuchar en las noticias de todas maneras.

Paulina sintió que aquel momento el piso se abrió y el móvil se resbaló de sus manos golpeando en la encimera. La pantalla estalló frente a sus ojos al mismo tiempo que un vahído la hizo tambalearse.

Connor llegó a tiempo antes que ella se desplomara, la atajó entre sus brazos y se asustó cuando perdió el conocimiento en ellos. El teléfono de la casa sonó, sin embargo, su mente solo estaba en traer de vuelta a la chica. La cargo y la llevó la sala, para acostarla en el mueble y corrió de nuevo a la cocina en busca de un vaso de agua y paño para humedecerlo.

Caviló que podía ser una noticia de su hija y dio gracias al cielo por estar con ella. Pasó el paño por detrás de cuello y la frente, no sabía que hacer porque Paulina no volvía en sí. El teléfono de nuevo sonaba y maldijo entre dientes frustrado.

—Nena, vuelve —le pidió asustado.

La abrazó fuerte contra su pecho y le susurró palabras de amor. Paulina respiró hondo tratando que sus pulmones funcionaran de nuevo y profirió un alarido de dolor que le desgarró el alma. Se sentía culpable por lo que había sucedido mientras que de nuevo pensaba que la muerte era parte de su vida. Escuchaba a lo lejos las palabras de amor de Connor. Luchó para soltarse de su abrazo ya que requería un poco espacio.

El hombre se aterrera al ver a la chica tan alterada y recordó el episodio que terminó con la relación la primera vez.

—Paulina, mírame —le exigió Connor, porque no pensaba ir a ningún lugar.

La chica lo miró con los ojos anegados de lágrimas y eso bastó para que se le instalara un peso en el estómago. Tragó el nudo que se le hizo en la garganta y llevó sus manos al rostro de ella para borrar con sus pulgares el

rastros del llanto.

—Estoy contigo, no quiero que me alejes. —Respiró hondo—. Ya no más.

Paulina hipeó tratando de hablar y poder contarle la noticia al hombre con el que deseaba pasar el resto de su vida. Él teléfono sonó y solo dijo:

—Es David, tengo que contestar.

Connor asintió y buscó el aparato para entregárselo en las manos. Ella contestó con voz temblorosa.

—Me voy arreglar para ir a Londres.

—Lo siento, Renacuaja, lo siento mucho —susurró David apenado.

—Yo también lo siento, David. —La voz se le quebró y buscó la mirada de Connor para darse valor y confesarle la verdad a su hermano. Respiró hondo y agregó—: Andrew salió molesto de aquí y llovía mucho, esto ha sido mi culpa de nuevo.

Connor maldijo entre dientes cuando escuchó el nombre de Britt, pero no pudo evitar preocuparse pensando que podía estar herido.

—Y ahora está muerto —sollozó Paulina.

Él se acuclilló frente a ella y le quitó el teléfono para tomar las riendas del momento. No le temía a David Ferguson.

—Soy Connor Bellamy. —Escuchó a David maldecir—. Puedes maldecir todo lo que quieras, pero soy él que va a llevar a Paulina, porque no pienso permitirle que conduzca así.

—¿Está bien? —David preguntó preocupado.

—Está muy alterada, no puede conducir así y la cierto es que no pienso dejarla sola.

David tuvo que darle la razón al cocinero y por primera vez se alegró que estuviera al lado de su hermana.

—Llévala a casa de nuestra abuela —le pidió.

—Iremos a mi casa —contestó Connor serio y colgó.

Alzó a Paulina en sus brazos y subió hasta la habitación, porque en el fondo sintió cierta compasión por la muerte de Andrew. La llevó hasta el baño y la sentó en váter para llenar la bañera con agua caliente mientras ella lloraba en silencio y eso lo ponía muy nervioso, pues no sabía que decirle para poder calmarla. Temperó el agua y entró él para esperarla dentro. Le ofreció su mano y ella la tomó temerosa.

La chica entró la bañera sintiendo que la vida se le escapaba de nuevo de las manos. Quería cambiar las últimas palabras que le dijo a Andrew y hasta deseó haber amado a su amigo de la misma forma que él la amó.

Connor se mantenía en silencio y acariciando su cuerpo, deseaba hacerle entender que él estaba para ella en los malos y buenos momentos. Pensaba que el destino de nuevo los reunía para lograr la felicidad que se merecían. Ella encendía su universo y sabía que sentía lo mismo, lo había demostrado la noche anterior. Solo esperaba que decidiera quedarse a su lado y que no huyera como en el pasado.

—Paulina.

—Tengo miedo —sollozó bajito.

—No lo tengas, por eso te suplico que te quedes a mi lado —le suplicó anhelando que ella aceptara—. No me dejes solo de nuevo.

Paulina pegó su espalda al pecho de él y sintió que estaba a salvo en sus manos. Respiró hondo y dejó al corazón decidir por ella.

—Me quedaré —susurró.

—No puedo creerlo —susurró Lorraine.

—Tampoco yo, mi última conversación con él terminó a los golpes. — David se tiró en el sofá y acarició la pierna desnuda de la rubia.

—Hoy estamos y mañana no sabemos. —Lorraine suspiró—. Me duele que todos discutimos con él, sus acciones fueron desleales y no era justo después de tantos años de amistad.

—Obró mal y nos traicionó, no podía justificar todo con que amaba a Paulina.

—Lo sé y me duele mucho, mi amiga no se merecía eso. —Exhaló—. No sé cómo tome esto Paulina y me preocupa.

Lorraine intuía que su amiga se culparía de la muerte del hombre, sin embargo, había sido un accidente y nadie podía adivinar que algo así sucedería.

—Está con Connor —le dijo David—, y creo que por primera vez le hará bien estar con él.

—Ojalá sea así.

—Yo también lo espero.

David necesitaba a Lorraine, deseaba sentir su piel por eso la tomó desprevenida y la sentó ahorrajadas sobre él para besarla con premura. Ella era como aire que necesitaba sus pulmones para respirar, era el alimento que necesitaba su alma para calmar sus inseguridades.

Lorraine se sintió nerviosa pues necesitaba comunicarle la nueva buena a

David, no sabía cómo iba a tomar esa noticia. Rompió el beso un poco temerosa a su reacción, llevó sus manos a su vientre y pegó su frente a la de él. Respiró hondo y lo llamó:

—David...

—Cielo, déjame hacerte el amor.

—David, necesito decirte algo.

—Dime lo que sea.

—Estoy embarazada.

Markus se regocijó al escuchar la noticia en televisión. Se acercó a la pared donde tenía las fotos de Connor, Alan, Paulina, Diane y Andrew, para hacer lo mismo con la foto de Diane. Tachó el rostro de hombre con un labial color carmesí la foto del hombre.

—Faltan tres.

Maldijo que Paulina no estuviera con Andrew, porque así hubiese matado dos pájaros de un solo tiro. Sin embargo, poco a poco iba logrando sus planes de venganza. Deseaba dejar en último lugar a Connor, pues para él tenía planes diferentes que requerían de tiempo y de dinero.

DOLOR.

Eso deseaba para el hombre que siempre había envidiado y odiado. Estaba cerca de lograrlo ya que pensaba que la chef y su hija serían las carnadas perfectas para provocarlo.

Paulina se sintió extraña mientras esperaba a Connor en su cama. Habían viajado desde Surrey a Londres para estar al tanto del funeral de Andrew. La prensa amarillista estaba haciendo nuevamente leña del árbol caído y la estaban titulado la viuda negra. Se sintió bastante contrariada con el accidente de quien había sido su pareja y hasta su timón para salir de aquella crisis que la había orillado a la muerte.

Se levantó cuando escuchó las risas de la pequeña Emily al subir las escaleras. La puerta de la habitación se abrió y la niña esbozó una sonrisa cuando la vio parada en medio de la habitación. Eso hizo que su corazón se

acelerara, porque quería aquella pequeña como si fuera su propia hija.

—¡Ina! —Emily gritó emocionada y corrió hasta donde estaba la chica para abrazarla.

—Emily —susurró emocionada la joven fundiéndose en el abrazo con la niña.

—Volviste, sabía que volverías —musitó la pequeña y ella se separó un poco para poder detallarla.

Emily estaba tan alta para sus doce años que le llegaba a la altura del pecho y se imaginaba que en un futuro iba a ser un quebradero de cabeza para Connor.

Él salió del vestidor y se quedó embobado observando a las dos mujeres más importantes de su vida conversar. Las dos se profesaban un gran cariño y era verlas para descubrir que ellas estaban hechas la una para la otra. Esperaba que algunos días la casa se llenará de alegría con la llegada de Elizabeth.

«Mi familia», pensó mientras las observaba con una sonrisa en los labios. Él empezaba a sentirse de nuevo vivo y esperaba nunca más llegar a sentirse incompleto nuevamente. Recordó las veces que escuchó *November Rain*, no quería tener un final trágico como el casi tuvo hace tres años por los malditos errores.

—¡Papi! —exclamó la niña al darse cuenta que él estaba ahí.

Paulina le sonrió a Connor y se quedó observando como Emily corría la corta distancia para abrazar a su papá. Ella le encantaba ver como se trataban padre e hija, soñaba con alguna vez poder disfrutar de una relación así con la suya.

Los tres bajaron al salón mientras la pequeña atosigaba a preguntas a la chica. Esperaban que David se comunicara con ellos para comentarles sobre el funeral de Andrew. Ellos podían apreciar de nuevo el ser una familia y los tres sin darse cuenta comprendieron que lo eran.

David llegó a casa de Lorraine luego de pasar por la jefatura de la *Scotland Yard* que llevaba las investigaciones de la muerte de su mejor amigo. Tenía el presentimiento que este había perdido el control de vehículo por la lluvia y que derrapó causando el volcamiento que lo había llevado a la muerte. Sin embargo, los agentes encontraron indicios de que había aceite para los frenos en el asfalto y querían someter el auto a las investigaciones pertinentes.

Odiaba que la prensa amarillista catalogara a su hermana como la viuda negra y deseaba ese día más que nunca poder ser un hombre normal, puesto que para él ser Lord David Ferguson Carnegie estaba significando un tormento. Su vida privada era más pública de lo que deseaba y siempre iba estar bajo el asedio de la prensa. Aquel día era de nuevo su hermana, pero cuando se enteraran que su novia esperaba un pequeño lo iban a poner en el ojo del huracán.

Buscó a Lorraine y la encontró durmiendo plácidamente en la cama, en ese instante en su mente convergían varios sentimientos. Ese mismo día se había enterado que sería padre y también que había perdido a su amigo. Estaba feliz porque ser padre era algo que siempre anheló y sabía que la rubia que tanto amaba sería una excelente madre. No obstante, también le embargaba un sentimiento de tristeza por Andrew, pues a pesar de sus errores estaba la amistad que compartido y para David era más que eso, era un hermano más.

Se desvistió en silencio y se metió en la cama. Abrazó a su mujer y posó

la mano en el vientre de ella para acariciarlo. La chica se removió y balbuceó algo que no pudo entender.

David cerró los ojos y le susurró al oído:

—Descansa, dulce amor.

Se quedó dormido pensando en ver a su hermana al día siguiente y comunicarle la buena nueva, deseaba tanto poder hacerle olvidar un poco todo ese sufrimiento que arrastraba. Rezaba internamente para que ella algún día lograra encontrar la felicidad que se merecía.

En silencio alguien miraba la casa de Surrey que perteneció a Los Ferguson, pensó que aquel era el lugar perfecto para llevar a cabo los planes de venganza. Necesitaba pensar en cómo acercarse a Paulina y así poder conseguir ganar su confianza. Cada uno de sus planes se estaba llevando del modo que lo deseaba, sin pensarlo la red de mentiras que había tejido tras sí estaba dando sus frutos. Estaba por alcanzar su premio y así podría darle fin a quien tanto había odiado.

—Tengo miedo —musitó Paulina en la oscuridad de la habitación.

Connor se giró y la abrazó fuerte para que ella sintiera que estaba segura a su lado. Intuía que el temor volvía como el enemigo silencioso de los dos. Besó su cabello y le pidió:

—No, por favor, no tengas miedo estando conmigo.

Paulina suspiró y en la penumbra buscó la mirada de su acompañante. Creía que estaba destinada finalmente al fracaso ya que le daba miedo caer de

nuevo en el pozo sin fondo que le había costado mucho salir. Necesitaba expresar lo que sintió y sobretodo correr para pensar en todo lo que estaba sucediendo.

—Mi tío quiere que renuncie a Elizabeth—confesó y él hizo más fuerte su abrazo—. No pienso complacerlo, porque estoy cansada de complacer a todos.

Él sonrió porque estaba al corriente que ella no era de las que complacía a nadie, por eso entendía muy bien que era lo que quería decirle.

—Sé que quieres devuelta a tu hija y te prometo que te ayudaré, solo que tienes que estar segura si de verdad quieres arrancarla de la única familia que ella conoce.

Ella se tensó porque no sabía cómo interpretar aquellas palabras.

—¿Me estás diciendo que les ceda a mi hija? —contraatacó ella zafándose del agarre del hombre.

Connor cansado de las malas interpretaciones de Paulina, puso los ojos en blanco mientras la atrapaba de nuevo entre sus brazos.

—No, pero a ver cómo puedo explicarte para que entiendas.

—Es lo que estás dándome a entender —profirió ella entre dientes.

—Paulina, no quiero decir que le cedas a la niña porque es tu hija y tienes el derecho natural de estar con ella. Lo que quiero decir.

—¿Crees qué no lo he pensado? —lo interrumpió ella molesta.

—Lo sé, lo sé y prometo estar contigo en todo momento. —Suspiró él cansado—. No sé qué haría si me quitaran a Emily, me pongo en tus zapatos, pero no sería mejor ver como ella reacciona contigo.

La chica trató de imaginarse un encuentro con su hija, ya que estaba segura que su tío no le permitiría y en pocas semanas irían a la corte. No quería imaginar que iba a significar para Elizabeth enfrentarse a la verdad sobre su identidad.

—Voy a tratar de hablar con mi tía —puntualizó ella.

—Lo siento, cariño, no quería incomodarte más —se disculpó él apenado por el tono de voz tirante que ella utilizó para hablarle.

—No te preocupes.

Paulina abrazó a Connor y trató de hallar una manera para que su tía accediera a un pequeño encuentro con la niña. Ya habían dado el primer paso con la llamada que había recibido cuando tuvo la entrevista y el pequeño encuentro, sin embargo, no sabía si ella iba ser capaz de desautorizar a su tío dejando que se acercara una vez más a Elizabeth. Rogaba al cielo y a George que la ayudara.

Lizzie se mostraba dispuesta a compartir con ella, no obstante, le daba la razón a Connor con respecto que sería un gran cambio mudarse con ella. Estaba preparada para el rechazo de su hija, solo que su corazón una vez más se resquebrajaría. Necesitaba poner de nuevo su mente en blanco para pensar todo en frío.

La muerte inesperada de Andrew la hacía sentirse culpable, porque quizás si él no hubiese estado tan alterado, otra sería la historia. Estaba pasando por un momento crítico y empezaba a flaquear, era consciente que cuando los problemas la ahogaban podía internarse en estados depresivos. Respiró hondo y se giró para observar dormir a Connor.

Aquel hombre había cambiado el miedo por ganas de amar, solo bastaba una palabra para encender de nuevo su corazón y sabía que él no era culpable

de lo que había sucedido entre él y aquella mujer, pero le costaba perdonar por la sencilla razón que cayó en las redes, mejor dicho los brazos de Diane.

PERDÓN.

¿Quién era ella para negarle la indulgencia al hombre que amaba?

Era perfectamente imperfecta, porque sabía que cometía errores cada tres por dos. Ella deseaba tener una vida normal, pero lo tocó esa con unos padres que la amaron y la dejaron pronto, un abuelo y tío trastocados de la cabeza que fueron capaces de hacerle daño. Entonces, llega Connor a su vida en el momento que ella creía que era capaz de lograr todo lo que deseaba y que equivocada estaba, puesto de que había llegado en el peor momento, cuando cualquier cosa podía detonar la bomba de tiempo que llevaba encendida.

Se abrazó a su cuerpo y cerró los ojos queriendo descansar. Ya cuando despuntara de nuevo el sol en el horizonte sería un nuevo día para pensar.

—Te amo —susurró Connor.

Aquellas dos palabras bastaron para calmar sus miedos.

Elizabeth había tomado una decisión que cambiaría el rumbo de la historia de todos, pero sus planes no podían retrasarse más y necesitaba poder irse para cumplirlos. Sabía que la pequeña deseaba conocer a su madre, ya que a través de los años siempre le habló de Paulina a espaldas de su esposo. Ese era el pequeño secreto que guardaban las dos y lo disfrutaba, porque el fondo lo odiaba por el todo el daño que él le había causado,

Cerró las maletas que contenían la ropa de la niña y en medio de la noche con la ayuda de una de las chicas de servicio salieron de la casa rumbo a Londres. Tomó los documentos y pensó en los años de miseria que compartió

al lado de su esposo Edward, nunca fue feliz a su lado y solo fue como todo lo que sucedía en aquella sociedad una gran mentira. Un matrimonio por conveniencia y ahí estaba casi cuarenta años después deseando haberse escapado con aquel joven mozo que no tenía dinero, pero él solo le ofrecía su amor.

La niña se removió dormida y ella la acarició para que recordara que estaba a su lado. Habían transcurrido nueve años que había disfrutado a costa de la infelicidad de otro. Odiaba a Paulina como a ninguna otra persona, porque seguía pensando que por su culpa su hijo se había quitado la vida.

«Pronto me reuniré contigo George y cuidaré de nuevo de ti», pensó al ver que llegar que arribaban la ciudad.

—Lizzie... —Sarah llamó asombrada a su bisnieta.

La niña miró a su abuela y luego a la mujer anciana que se tapaba la boca para ocultar los sollozos. Lizzie buscó la autorización de Elizabeth que asintió esbozando una sonrisa.

—Ve a abrazar a tu otra abuela —le dijo con voz ronca.

La niña titubeó un poco y se levantó temerosa para abrazar a la anciana. Sarah al darse cuenta del gesto contrariado de la niña abrió sus brazos para abrazarla. Fue así como la pequeña corrió a los brazos de su bisabuela y se abrazó a su cadera.

—Estos son los papeles de la adopción y todo lo que ustedes necesitan. —Elizabeth le mostró un sobre a Sarah—. Por favor, dile a Paulina que me perdone.

—Elizabeth, gracias —le agradeció Sarah sintiéndose sobrepasada.

—Voy saliendo a Suiza en pocas horas. —Suspiró cansada y se acercó a

su nieta para verla por última vez—. Lizzie, te amo y sé que tu mami cuidará muy bien de ti.

—Abuelita, ¿no te veré más? —sollozó confundida Lizzie.

—Nena, tengo que ir a un lugar a donde no puedes ir y tu mami quiere estar contigo. ¿Tú también quieres estar con ella, verdad?

—Sí —musitó la pequeña y se acercó para abrazarla—. ¿Por qué no podemos vivir las tres juntas? —preguntó negándose a separarse de la mujer.

Sarah observaba la escena con un nudo en la garganta. Reconoció que su amiga se había perdido un poco después de la muerte de su hijo y ahora estaba tratando de lavar sus pecados. Se acercó a las dos y tuvo que interrumpir el momento para hablar en privado con la mujer.

—Elizabeth, vamos al despacho mientras Anne lleva a Lizzie a dormir a la habitación de su madre.

—Abuela —sollozó la niña.

Elizabeth se separó de ella haciendo acopio de todas sus fuerzas, porque para ella estaba siendo muy difícil decir adiós a su nieta.

—Ve pequeña, ve con Anne... —le suplicó y le dio un beso en la frente—. Te amaré por siempre.

La niña sollozó un te quiero y se despidió llorando de su abuela. Algo en su corazón le dijo que esa sería la última vez que la vería. Al entrar al despacho Sarah no pudo evitar sentirse de cierto modo culpable de todo esto, pensó que debió alzar la voz para evitar todo este sufrimiento.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió sin rodeos Sarah.

Elizabeth escondió la mirada avergonzada. Tenía muchos planes, pero no

podía confesarlos.

—Iré a una clínica para morir —murmuró apenada—. Estoy cansada de los dolores, no creas que no estoy pagando el daño que le hice a Paulina.

—Elizabeth siempre hay opciones —refutó Sarah, su religión no la dejaba aceptar la eutanasia.

—Sarah cuando te duele hasta para respirar, cuando sabes que solo tiene uno o tres meses. —Respiró ahogada—. Lo siento, no voy a que me pongan una inyección, solo iré a morir lejos de Edward y todo su odio, pero tampoco quiero que Lizzie, me vea así.

—Lo siento, no quise juzgarte.

—Lo sé. —Se levantó tambaleándose y su amiga fue a sujetarla—. Cuida de Lizzie y Paulina, sé que Edward será capaz de todo por dañarlas.

—Lo haré —prometió Sarah.

Aquella madrugada fue la despedida de dos viejas amigas, si el tiempo las separó por aquellas turbias circunstancias, pero el cariño seguía intacto.

Paulina despertó sobresaltada por el zumbido insistente de su móvil, cuando observo el nombre de su abuela desplegado en la pantalla se le instaló un peso en el estómago. No estaba preparada para más noticias negativas y necesitaba un poco de descanso. Connor se sentó a su lado, apenas estaban entrando los primeros rayos de luz por la ventana. Hizo acopio de todas sus fuerzas y respiró hondo antes de contestar.

—Abuela.

—Tienes que venir a casa —le ordenó Sarah.

—Abuela, me llamas a las seis de la mañana, ¿sucedió algo?

—Elizabeth está aquí.

Aquellas tres palabras significaron su a vuelta a la vida, el renacer que necesitaba para sentirse segura de nuevo. Sin despedirse trancó la llamada y saltó para ir en busca de la felicidad.

Resiliencia.

Eso era tener a su hija de nuevo con ella. Ella estaba comenzando otra historia, pues ya había confesado todos sus pecados, se había desnudado ante todos para demostrar que era una humana y que había cometido errores. Ella quería ser el ejemplo que podías nacer en un sitio privilegiado, pero eso no iba a ser boleto de buena suerte. El dinero no daba la felicidad, más bien podía provocar los más malevos planes para destruirte.

—¿Sucedió algo? —inquirió Connor preocupado sentándose en la cama.

—Lizzie está en casa —susurró emocionada.

—¿Qué dices? —insistió sorprendido.

—No sé, mi abuela llamó para pedirme que fuera a casa. —Respiró hondo—. Voy a ver a mi hija, Connor, no puedo creerlo.

—Todo saldrá bien, seremos una familia al fin.

—Connor, no creo que... —Connor se apresuró a llegar a su lado para callarla con beso casto en sus labios—. Seremos una familia, no le temas a esto que tenemos porque el miedo solo te aleja

—Quiero estar con mi hija a solas.

—Entiendo, pero quiero verte completa y necesito conocerla.

Paulina suspiró y asintió poco convencida, no sabía si era correcto que el

primer encuentro con su hija debería estar acompañada de su pareja. Estaba convencida que debía hacer las cosas sola por una vez en su vida, sin embargo, ahí estaba aceptando a ir con él, porque lo amaba.

Se ducharon rápido y vistieron de manera informal. Salieron de la casa en silencio para no despertar a los padres de Connor que aún dormían. Él avisó que iría por Emily a la escuela y que esa noche cenarían en familia.

Tenía miedo que Paulina cambiara de opinión sobre su relación, no pretendía usurpar el lugar que correspondía al padre de su hija, no obstante, quería ganarse también el corazón de la pequeña como lo había hecho ella con la suya. Una familia era lo único que deseaba formar, junto a la chica de ojos color zafiro, su Blancanieves, necesitaba sentirse que al fin podría ser feliz junto a ella.

Ahí estaban de nuevo dando una vuelta de páginas para ser felices.

Paulina se lanzó del auto de Connor, mientras él estacionaba. Corrió emocionada hasta la casa de su abuela, no podía evitar sentirse con una disyuntiva interna de sentimientos por el próximo encuentro. La embargaba un sentimiento de felicidad por recuperar a su hija, no obstante, el miedo al rechazo ensombrecía aquel sentimiento que podía ser tan etéreo para ella. Abrió apresurada la puerta y escuchó las voces que provenían del salón donde siempre tomaban el té, tuvo que detenerse a respirar pues sus temores más profundos hacían que perdiera los nervios. Cuando entró se sintió la mujer más feliz del mundo, ya que su hija se levantó del sofá para caminar a su encuentro.

Elizabeth era un pequeño ángel que devolvía todo a su vida, cuando al fin la sostuvo entre sus brazos creyó que todo lo que había sucedido valía la pena por ese momento. La pequeña era su vida y su todo, ya no iría como un alma en pena por los años que le restaban por vivir, porque con ella regresaba la luz que perdió y no dejaría ir de nuevo.

—Elizabeth —sollozó emocionada.

—Mami —musitó la niña.

Tomó su pequeño rostro entre sus manos y vio que tenía el mismo color de ojos que su padre, un castaño con pequeño destellos dorados. La nariz y las mejillas de la pequeña estaban salteadas de pecas que hacían parecer una pequeña muñeca de porcelana. Paulina besó a su hija tantas veces que provocó que la niña se riera.

Todos miraban la escena con lágrimas en los ojos, parecía un sueño que después de tantos años y sufrimiento, madre e hija finalmente estaban

felizmente reunidas. Parecía que la vida estaba a punto de sonreírle a la chica de ojos azules y cabello negro como el ébano.

—Te amo, te amo —repetía Paulina sin poder creer que estaba al fin junto a ella.

David entró a la habitación y, se impresionó al ver a su hermana y sobrina, ya que eran dos gotas de agua. No podía creer que estaban juntas ahí frente a sus ojos y que todo lo que había pedido a Dios, se había cumplido, concibió que todo era causa y efecto, su pequeña Renacuaja merecía ser feliz.

—Paulina —la llamó emocionado.

La chica buscó con su mirada de dónde provenía la voz de su hermano, sonrió con emoción y le dijo a su hija:

—Él es tu tío, ve abrazarlo. —La niña hizo lo que pidieron y fue hasta el hombre para abrazarlo.

Paulina comprendió que podía caer y levantarse, porque era una simple humana que cuando caía podía sangrar y aunque decían que su sangre era azul, era del mismo color que todos, roja y con los mismas células. Aprendió que podía lograr lo que deseara alejando los miedos que poseía, pues ese era el secreto de vivir.

CAER Y LEVANTARSE.

Estuvo ciega tanto tiempo, porque no era perfecta y tampoco quería serlo. Ya que con todos sus errores le habían otorgado el regalo más grande del mundo, ser madre. Se acercó a Connor y tomó su mano, lo instó a seguirla a donde aguardaban en silencio su abuela, David, Lorraine y Elizabeth, supo que su familia estaba comprendiendo el mensaje tácito que les estaba dando.

—Tenemos que hablar —le anunció Sarah—. A solas. David y Paulina, si

nos disculpan.

Paulina besó la frente de su hija para seguir a su abuela y hermano hasta el despacho. Se sentaron en silencio. Los hermanos se observaron con miedo y en ella poco a poco nacía la inseguridad.

—Quiero tener un poco de privacidad para contarles —les comentó Sarah con el rictus serio—. Elizabeth fue a Suiza a recibir una eutanasia asistida o lo que sea que esté buscando. —Suspiró—. Creo que realmente me mintió para dejarla conmigo, pero con la pequeña aquí significará que Edward arremeterá contra nosotros y debemos estar preparados.

Sacó una carpeta con los documentos que le había entregado Elizabeth. Se los pasó a David que los revisó en silencio.

—Tenemos las pruebas suficientes para que él esté detrás de las rejas, sin embargo, opino que otro escándalo sería contraproducente, por lo cual debemos pensar en la estabilidad emocional de Lizzie —apuntó seria.

—Solo quiero saber qué riesgo corremos al recibir a Lizzie, no soportaría que me la quitarán de nuevo —musitó Paulina.

—Creo que Edward no se atreverá a hacer nada, sabe que si vamos a juicio tiene las de perder y este es el momento de negociar —señaló David—. Tengo los papeles preparados solo para que firme renunciando a la patria potestad y te la ceda de nuevo, nuestro tío tiene los días contados.

—¿Estás seguro? —insistió Paulina.

—Segurísimo, nuestro tío falsificó tu firma y documentos legales que puede llevarlo tras las rejas. —Exhaló cansado—. Paulina, creo que debemos poner seguridad alrededor de ustedes pues nunca se sabe qué puede hacer.

—Pienso lo mismo —acotó Sarah.

—Nunca hemos estado rodeados de guardaespaldas —murmuró muy poco convencida.

—Pues estamos cambiando —le contestó David—. Paulina, te sugiero que te quedes aquí y que no expongas a la niña a los paparazzi que parecen hienas hambrientas por cualquier noticia. —Tomó su mano—. Sé que deseas quedarte con Connor, pero debes pensar en Elizabeth.

—David.

—Escúchame, ahora debes pensar en mi sobrina. —Tomo su mano para infundirle confianza—. Recuerda que todavía estás en el ojo del huracán con la muerte de Andrew y debes esperar que se enfríen sus cenizas para formalizar con Connor. —Exhaló cansado—. Además debes ayudar a Lorraine con nuestra boda.

—¿Boda? —chilló Paulina.

—Sí, también con la canastilla del niño.

—¿Está embarazada? —inquirió Sarah alzando una ceja.

—Sí, seremos padres —contestó él feliz.

Sarah sonrió emocionada y Paulina se levantó feliz para abrazar a su hermano, parecía que todo estaba saliendo al fin como debía. Solo tenía que pensar cómo comunicarle a Connor que por ahora no iba a volver con él.

—No lo entiendo, no hay razones para que no vuelvas a casa conmigo —le reclamó molesto Connor a Paulina.

—Necesito un poco de tiempo y un poco de comprensión de tu parte, porque no quiero más notas de prensas.

—Me estás dando la razón —bramó molesto.

Connor estaba dispuesto a ceder a cualquier cosa menos alejarse de Paulina, no entendía como ella podría pedirle que lo pensara. Sería su apoyo, pues había comprendido de que alejados no ganaban nada.

—David piensa que por ahora deberíamos aguardar las apariencias, cualquier error podría costarme a mi hija. —Paulina se sentó derrotada y le pidió—. Dos meses, dame solo sesenta días y estaremos juntos como familia.

Connor se acercó y arrodilló frente a ella para tomar sus manos, besó cada una mientras pensaba sus palabras ya que el significado de lo que estaba por hacer cambiaría el rumbo de su historia.

—Paulina —susurró su nombre—, no me pidas que me separe de ti por dos meses cuando tres años significaron la muerte para mí. —Tomo su rostro entre sus manos—. Necesitas estar estable, entonces vamos a casarnos y se soluciona todo.

Ella se levantó frustrada pues amaba al hombre que le estaba proponiendo matrimonio, sin embargo, creía que era tiempo de lograr las cosas por sí misma y no con ayuda de los demás. No sabía si era que todavía tenía miedo a amar y solo por eso lo iba a alejar.

—Lo siento, pero si la condición de estar juntos es casarme contigo o vivir juntos. —Paulina respiró hondo para tomar valor—. La respuesta es no, creo que es momento que viva por mí y para mi hija, no para los deseos de los demás.

—¿A qué le temes, Paulina? —le preguntó con dolor Connor—. Te ofrezco el mundo entero a tus pies y solo me rechazas.

—A ti, al dolor de amarte y a ser destruida —contestó bajando la mirada

—. Tengo miedo a que vuelvas a hacerme lo mismo, puedo perdonarte pero no puedo olvidar.

—Entonces no me has perdonado.

—Me rompiste el corazón en miles de pedazos, pensé que no volvería a recuperarme nunca más —sollozó—. Nada dura para siempre y no podemos cambiar las cosas.

—¿Me amas? Mejor formulo la pregunta de otra manera: ¿Me amaste alguna vez, Paulina? —inquirió Connor con rabia.

—Te amé, me enamoré de ti sabiendo que era imposible una relación estable, míranos. —Lo señaló y luego a ella—. Nunca iba a ser feliz mientras no tuviera a mi hija, pero ahora que la tengo solo quiero recuperar el tiempo perdido.

—No puedo escucharte más —le expresó caminando hacia la puerta. Connor sabía que aquel momento era una batalla perdida—. Búscame cuando me hayas perdonado realmente, porque no quiero vivir de nuevo un frío noviembre sin ti.

Paulina vio salir a Connor de la casa mientras sintió que el mundo se le ponía un poco más pequeño. Deseaba que todo hubiese sido diferente entre los dos, pero por más que esperaba que su vida se convirtiera en cuento de hadas, siempre terminaba por ser un cuento de terror.

Lloró en silencio rogando a sus padres que le dieran las fuerzas suficientes para seguir, porque a pesar del profundo miedo que embargaba a Paulina, solo quería a alguien que la amara.

—Te amo, Connor... —susurró a la nada y trató de calmarse.

Markus observaba a los lejos salir a Connor del restaurante junto a Alan, no pudo evitar cerrar los puños, lleno de rabia y hasta de envidia, porque la suerte parecía acompañarlos. Había perdido todo y solo vivía de las limosnas que robaba de la iglesia sin que nadie se diera cuenta. Un ladrón y un asesino, había hecho un pacto con el mismo diablo para volver a tener lo que le había quitado.

Sabía que la persona con que se había aliado odiaba tanto a Paulina como él a Connor, por eso los planes se había ampliado y juntos matarían a dos pájaros de un solo tiro. Necesitaba seguirlo de cerca para aprenderse sus rutinas, no había cabida para errores y más con el pequeño regalo que pensaba hacerle a su hermano querido, aceleró el auto rogando poder matarlo.

—¡Cuidado! —gritó Alan.

Tiró de su hermano para que el Jaguar negro con vidrios tintados no lo atropellara, un escalofrío recorrió su cuerpo.

—¡Maldita sea! —exclamó Connor recogiendo los papeles que salieron volando—. Todo me sale mal.

—¡Cristo Santo! Deja de pensar en los malditos papeles casi te matan — le reclamó Alan—. ¿Estás bien?

—Sí, no lo vi venir, no sé de donde salió el automóvil.

—Yo tampoco.

—Alan, necesito entregar esto hoy. —Suspiró—. La noticia de la desaparición de Diane es sorprendente, tres años y nada sabe de ella.

—El mismo tiempo que no sabemos de Markus, seguro están juntos — aseguró Alan.

—No, creo que Diane después de lo que vio volviera con él, todo era por

dinero y estoy seguro que con lo que le dio está en la Bahamas.

—No sé, siempre he pensado que debiste meter tras las rejas a Markus — comentó Alan mientras se subían al auto—. Nuestro propio hermano.

Connor pensó en todo lo que había vivido en todos esos años, iba a entregarle todo los papeles que tenía de Diane a los padres, ya que extrañamente luego de tres largos años estaban preocupados por ella. Si bien no le gustaría que a la madre de su hija le sucediera algo, se alegraba que estuviera a miles de kilómetros de ellos. En cuanto a Markus, aquello era una revolución de sentimientos que lo llevaban a sentir odio por quien consideró su hermano.

Sabía que sus padres siempre soñaron una familia numerosa, sin embargo, su madre no pudo tener más hijos y por eso junto a su padre decidieron adoptar. Aquel chico debilucho de ojos como la noche poco a poco se convirtió en su compañero de juegos, pues solo se llevaban dos años de diferencia y pensó que eran una familia, pero cuando conoció la traición de su parte quiso morir. Sacó las fuerzas por su hija que era la única capaz de moverlo.

Por eso no entendía a Paulina y su miedo a amarlo, quizás debía enseñarle que cuando la persona correcta llega debemos olvidarnos de todo, arriesgarnos sin miedo a nada. Los dos habían conocido la traición de las personas que menos esperaban, solo debían caminar juntos pues sus vidas habían cambiado al encontrarse.

—¿En qué piensas? —le preguntó Alan interrumpiendo sus pensamientos.

—Paulina —contestó.

—Dale el tiempo que te pidió —le dijo serio su hermano y solo hizo que apretara el volante con fuerza—. Puedes enfurecerte todo lo que desees, pero

me pongo en sus zapatos y le doy la razón.

—No quiero seguir tener que esperar para estar con ella —aseveró con rabia.

—Connor, no soy mujer y entiendo lo que siente ella. —Exhaló cansado—. Cuando la viste con Andrew, te enervabas y querías matar a todos, imagina lo que ella sintió cuando te vio con Diane.

—Lo entiendo, pero no me ha perdonado como dice.

—Te diré algo que le escuché una vez a nuestra madre luego de lo que sucedió entre Diane, Markus y tú.

—¿Qué dijo?

—Perdonaste a Markus, pero si mal no recuerdo nunca pudiste olvidar que lo encontraste follando a tu mujer. —Respiró hondo—. Lo hiciste porque lo considerabas familiar, pero es lo mismo que encontró Paulina aquella noche y creo que estás equivocado, porque primero debes ganarte de nuevo su confianza, la misma que perdiste por tu idiotez.

—¿Desde cuándo te convertiste en el hermano mayor? —le preguntó Connor pensando que hermano tenía razón.

—Hace tres años que mi hermano parece que se esfumó y piensa con el pene más no con el cerebro.

—¡Idiota! Y para que sepas pienso con el corazón.

—¡Marica!

Aquella pequeña discusión relajó un poco más al cocinero y lo hizo reflexionar un poco más sobre los errores que quizás estaba cometiendo con Paulina.

—Gracias —susurró Connor.

—De nada, ahora por favor pon algo de rock para dejar el drama de lado.

Connor sonrió y busco una emisora donde solo colocaban canciones de heavy metal, pensó que dos meses pasaban volando y que podía aguantar eso, su único temor era que Paulina nunca pudiera perdonarlo.

—¿Te gustan? —le preguntó Paulina a Elizabeth.

La niña asintió tomando varias galletas, eso hizo que el corazón de la chica se regocijara de alegría puesto que aquella semana había sido la más difícil de toda su vida. Enfrentar a su tío en tribunales había sido doloroso y aunque sabía que iba a tratar de sacar todos sus trapos sucios, no imaginó que conseguiría hasta sus días en París.

—¿Amabas a papá? —inquirió la niña con curiosidad.

Paulina se preguntó así misma qué podría saber su hija de amor, pero de algo estaba segura era de la respuesta que le daría.

—Amo a tu papá. —Tomó su manita para acariciarla—. Lo amé como una princesa a un príncipe encantador, solo que no pudimos vivir nuestro felices para siempre contigo.

—Mi abuelo decía que nunca lo amaste.

—Mi tío tiene la mala costumbre de pensar por los demás. —Suspiró cansada—. Elizabeth, te voy a contar una historia de dos niños que se prometieron amarse.

—¿Papá y tú? —interrumpió la niña emocionada.

Paulina asintió y comenzó a relatarte a su hija la historia de su vida, le

contó como desde niña amó a George, aquella promesa y de aquel del árbol en donde sus iniciales fueron grabadas las mismas que llevaba en sus muñecas. Le contó lo bonito pues nada de los errores que ellos cometieron valía la pena. Pensó lo feliz que fue cuando pudo amar con libertad, la poca que tuvieron mientras él vivió y sin deseirlo su corazón se llenó de pena cuando recordó que por su testarudez lo perdió.

—Parece un cuento de hadas —comentó la niña con dulzura—. Papá era especial.

—Lo era, nosotros deseábamos llamarte Clare como mi madre... —Se le quebró la voz y se le hizo un nudo en la garganta, pues pocas palabras servirían para relatarle su amor por George—. Te amamos desde que supimos que venías a nuestras vidas, estoy segura que no deseaba irse solo que llegó su momento.

—¿Cómo el de la abuela? —inquirió Elizabeth.

Paulina no sabía que contestar, pues estaba al corriente que su tía fue a Suiza para ser internada en una clínica en donde practicaban eutanasia, sin embargo, desde su partida no había sabido más de ella.

—Sí... —susurró—. Muchas veces tenemos que irnos y dejar a las personas que amamos, vamos al cielo junto a los ángeles y desde allí. —Tomó aire—. Desde allí nos cuidan, solo que no podemos verlos más y decir adiós quizás es lo más difícil que debemos hacer.

—Mami, no te vayas nunca más de mi lado —le rogó la niña a Paulina corriendo a su lado.

Se abrazaron tan fuerte que por un segundo pudo olvidar lo malo, creía que todo lo podía lograr con ella a su lado, no obstante, se sintió incompleta cuando de pronto unos ojos verdes se cruzaron en su mente y recordó que

extrañaba a Connor Bellamy.

«Espérame, Connor, por favor», suplicó en su mente.

Los días parecían galopar a medida que el juicio avanzaba contra Paulina y sus errores. Sin embargo, Lorraine pudo voltear todo en un momento y hacer ver el verdadero Edward Carnegie emergiera. Poco a poco fue ganándose la comprensión de la prensa y pasó de ser la viuda negra a la víctima. Todo aquello le daba un poco de tranquilidad, pero ella había encontrado realmente la paz en los brazos de su hija. Todavía se sentía incompleta cuando se estacionó frente al Orange pensando que lo que iba hacer era una locura.

Necesitaba sentirse cinco minutos segura entre los brazos de Connor, ingresó por la puerta de empleados agradeciendo al cielo que no cambiaran la combinación. Se coló en la oficina del cocinero y recordó los momentos robados que vivieron en aquel espacio que no había cambiado en todos esos años. Se sentó a esperar impaciente a que tomara su descanso y así sucumbir ante él como una adicta.

Connor estaba harto de los errores que habían cometido sus trabajadores aquella semana, su humor iba de mal en peor, pues extrañaba a mares a Paulina. Le rezaba a Dios para que diera una oportunidad de demostrarle que serían felices, se quitó su *Toque blanc* con rabia porque sentía que ella tomó una decisión injusta al alejarse, sin embargo, esperarla se le hacía una tarea casi imposible y respetaba su espacio al punto de no buscarla más. Abrió la puerta de su despacho y tiró el gorro mientras buscaba en su móvil el número de Lorraine, le rogaría a la rubia para tener noticias de ella.

—Connor...

Aquella voz lo trajo a la vida de nuevo, alzó su mirada y recorrió el cuerpo perfecto de la mujer que amaba. Sonrió pues solo ella podía llevar

aquella ropa y seguir pareciendo una princesa, estaba vestida con un skinny jean color negro roto en una rodilla, una camiseta con el nombre del grupo Nirvana, una camisa a cuadros y unos Converse.

—Pareces una chiquilla —se burló.

—Te necesito —confesó la chica.

Él no pudo evitar cruzar la distancia con premura para tomarla entre sus brazos, cuando por fin la sostuvo entre ellos, Paulina rompió a llorar cansada de estar alejados. La alzó para llevarla hasta el sofá en donde muchas veces hicieron el amor, dejó que drenara todo lo que llevaba por dentro ya que le daba miedo preguntar. Solo deseaba que ella sintiera su amor.

—He dejado atrás todos los miedos que me atormentan, ¿a dónde más puedo ir? —sollozó ella.

—Te he perseguido desde que huiste la primera vez, solo que no quieres darte cuenta de que siempre estaré para ti.

—Se suponía que íbamos a estar siempre juntos, siento que perdí a un amigo más que un amante. —Paulina rompió el abrazo—. Se suponía que había encontrado la resiliencia en París, pero fue verte otra vez y volvieron los miedos junto con mis traumas.

—Perdóname, mil veces perdóname —le suplicó Connor—. Quiero ser el aire que respiras, quiero ser el agua que bebas cuando estés sedienta, quiero robar el sol, si me los pides.

—Connor, solo quiero saber que no vas a traicionarme otra vez.

—Tuvimos momentos felices, sé que están ocultos en algún lugar, puedo prometerte un mañana, sin embargo, no puedo comprar el ayer.

—Debería caer rendida por tus palabras.

—No. —Connor la calló con sus dedos—. Eso no es lo quiero y es que solo deseo que te deshagas de los malos recuerdos, porque me arrepiento por no haber estado en tus momentos tristes o en los felices en estos tres años. — Besó delicadamente sus labios—. Me perdí tus cumpleaños y quise verte soplar las velas deseando tener a tu hija con nosotros, quise ser tu San Valentín y ninguna palabra podrá expresar lo que siento, solo que por amor a ti, haría todo lo que me pidas así sea dejarte ir.

—Soy mejor cuando estoy junto a ti —confesó Paulina atribulada por las palabras de Connor—. Todo cambió desde que llegaste a mi vida, me devolviste las ganas de amar cuando pensé que las tenía enterradas.

—Entonces siente, Paulina, siente este amor que nos consume.

Connor no aguantó más y hambriento fue por los labios de la chica, porque ya habían dicho todo lo que debían, simplemente necesitaban estar juntos. Aquel beso era para que percibiera todo lo que sentía dentro de su ser.

Paulina dejó entrar de nuevo a Connor en su corazón, pues su amor era como una sinfonía que mostraba su belleza en el crescendo. La llama de pasión se encendía como aquella madrugada que comenzó su historia, pues donde hubo fuego las cenizas quedan y solo necesitaba volar de nuevo con él. Ya se prometerían un mundo entero y esperaba que esta vez sí se cumpliera cada una de ellas.

La ropa salió volando mientras sus manos recorrían los cuerpos que como dos imanes que se atraían, aquello parecía una colisión de dos partículas. Él besó cada tatuaje de la chica y dejó un beso casto encima del lazo que adornaba su hermoso vientre, bajó hasta su Monte Venus sediento y sin pedir permiso con su lengua abrió sus labios. Escuchó el jadeo ahogado que ella profirió de su garganta, azotó sin piedad su clítoris hasta que comenzó a

moverse correspondiendo a sus arremetidas en busca del placer.

Ella deseaba que aquel éxtasis no acabara nunca, a pesar de lo que deseaba su cuerpo le avisaba que en poco sucumbiría al placer y así fue porque explotó en un orgasmo mordiendo su mano para evitar gritar mientras él bebía de sus jugos. Cerró los ojos cuando sintió que se separó para sentir como entraba lentamente.

—Sálvame, Paulina —musitó Connor contra sus labios.

Ella suspiró y abrió los ojos lentamente, fue en ese preciso instante que se dio cuenta de que sus ojos estaban llenos de amor y que lo amaba con locura, pues todo lo que siempre quiso en su vida fue encontrar una persona que la mirara de la misma manera en que su papá hacía con su mamá.

—Te amo —susurró con voz rota—. Te amo, Connor, toma mi cuerpo.

Aquellas palabras le supieron a redención al hombre, se movió lento porque solo deseaba alargar aquel momento por el tiempo que ella lo permitiera.

—Te amo, Paulina.

Aquella mañana unieron sus almas y cuerpo de nuevo, esperando que los demonios estuvieran guardados en el ropero y que no salieran como un fantasma, para hacer aflorar sus más grandes miedos.

Lorraine miraba su vientre que creció solo un poco en un mes, no podía creer que estaba embarazada del hombre que amó desde niña. Alzó su rostro y con nostalgia recorrió con su mirada cada rincón de la habitación en donde creció, sentía algo inexplicable dentro de su ser, temor, esas cinco letras que no se atrevía a decir en voz alta.

Se levantó de su cama para enfrentar a su familia, no sabía que esperar de sus padres ya que siempre estuvieron ausentes en su vida. Esto era una cortesía, una carta blanca para quizás tener una mejor relación, sin embargo, tenía el presentimiento de que todo seguiría igual.

Al bajar se encontró que David y su padre sostenían una discusión sobre economía, se sentó al lado del hombre que amaba para sentirse segura. Él tomó su mano en un gesto de ternura y la posó sobre su vientre.

—Padre, lamento interrumpirlos solo que David y yo queremos comunicarles algo —anunció con voz nerviosa Lorraine.

Sus padres centraron toda su atención en ellos, Harry y Margarite tenían la leve idea de lo que venían a decirles, por eso estaban tranquilos porque el matrimonio entre un Ferguson y una Wallas era la combinación perfecta en la sociedad.

—Nos vamos a casar —les comunicó nerviosa—. Dadas las circunstancias en la que lo hacemos y porque lo deseo también así, será una boda íntima en cuatro días.

—¿Te has vuelto loca? —inquirió su madre molesta—. Mi única hija no va casarse como si estuviera embarazada, esto es una boda que dará mucho tiempo de hablar.

—¡Mamá! —exclamó incomoda la chica—. Estoy embarazada.

Sus padres se quedaron como piedras cuando la chica profirió aquellas dos palabras. David pensó que era el momento de intervenir, pues no eran unos chiquillos de quince años, eran dos adultos que se amaban y que solo querían legalizar la unión.

—Lorraine y yo hemos decidido que sea así, ya que la atención de la

prensa está centrada en mi familia, no deseamos atraerla un poco más. —Miró fijamente al padre de Lorraine—. No haré capitulaciones porque confío en tu hija, lo mío es de ella.

—Margarite busca una botella de Don Perignon que esta noche vamos a celebrar —le ordenó Harry con una sonrisa.

—Esto es una locura —murmuró la madre de Lorraine.

—¿No dirás nada más? —inquirió incómoda la rubia.

—No, cuatro o cinco días da igual con tal que rectifiquen tus errores —contestó el padre.

—Mi hijo no es un error —contrató ella.

—Lorraine —la llamó David con voz dulce, ella lo miró y él solo sonrió para hacerle saber que estaba todo bien—. Todo estará bien.

—Vamos a celebrar —anunció el padre regocijándose, las capitulaciones habían sido el punto clave para que aceptara.

Aquello no era una celebración o así lo consideraba la chica, parecía la firma de un acuerdo comercial en donde ella había sido la adquisición. David se la llevaba y su padre estaba ganando algo, pero el problema no sabía que era. Tendría que conversar con su futuro esposo, ya que todo le estaba generando ansiedad y quería que todo acabara lo antes posible.

Había llegado el momento que todo padre teme cuando desea formar una familia con una persona que tiene también hijos, presentarlos. Paulina y Connor llevaban pocos días de reiniciar de nuevo su relación, sin embargo, la sombra de la desconfianza todavía latía en medio como una bruma que iba

envolviéndolos cada vez más.

Ella era como un café caliente para la fría mañana, hacía feliz al cocinero y solo deseaba que se quedara a su lado por ahora y para siempre. Él sabía que ella necesitaba alguien que pudiera levantarla cuando cayera y estar a su lado, no era fácil asumir que la persona que amaba era un adicto rehabilitado y él estaba confiando a su hija, pero eso no le daba miedo y que estaba seguro que Paulina sería la madre que Emily necesitaba.

—Pienso que deberías esperar más tiempo —le advirtió su madre que no dejaba de recordarle lo que había sucedido la vez anterior.

—Ya el tema está terminado, madre tienes que entender que esta es mi vida —le contestó Connor mientras cocinaba la cena.

—Es tu vida, la que siempre trato de arreglar cuando queda hecha un desastre.

—¡Mamá! —Alan le llamó la atención a su madre mientras se sentaba a tomar un vaso de agua—. Esto no es de mi incumbencia, sin embargo, creo que deberías aceptar que Paulina y Connor se aman, que hubo problemas la última vez, vale lo acepto, pero creo que ella necesita una segunda oportunidad como ella se la brinda a mi hermano.

—¿Una segunda oportunidad? —inquirió disgustada—. Hablamos que de nuevo, Connor le abre las puertas de la casa a un adicto, la misma que se trató de quitar la vida y lo culpó.

Connor se enfureció con las palabras de su madre y dejó de picar los pimientos en juliana para dejar en claro su situación sentimental.

—Fue mi error lo de Diane, sí, mamá —le aseguró cuando la vio poner los ojos en blanco—. Estuve mucho tiempo perdido queriendo de vuelta a

Paulina, me fui de viaje para olvidarla y no pude. Hablé hasta con Dios para que la pusiera en mi camino, y sí, fui un tonto al dejarla ir, pero ahora estoy dispuesto a todo por esa mujer.

—Sigo pensando que esto es una locura —le dijo su madre saliendo de la cocina.

Alan negó molesto por la actitud de su madre, vivió junto a su hermano el sufrimiento de cuando tuvo que dejar ir a Paulina, lo mal que la pasó culpándose de lo que había sucedido con ella y que quizás debía vivir con esa culpa, sin embargo, parecía que su historia tendría final feliz.

—Ya se le pasará, sabes que Paulina nunca ha sido su favorita.

—Mi mamá debe aceptar mis decisiones, joder tengo casi cuarenta años —gritó frustrado.

—Papá la va a mantener a raya esta noche, no podemos meternos en tu vida, pero si voy a pedirte que si por algún motivo todo entre tú y Paulina sale mal de nuevo, no hagas alguna estupidez.

Connor asintió y siguió cocinando, esa noche no solo conocería a Elizabeth formalmente sino que también sería una cena familiar, pues el hermano y abuela de la mujer que amaban iría para darle el visto bueno a la unión.

Ya los periódicos amarillistas publicaron las primeras imágenes de ellos juntos, pese a que estaban tratando de ser los más discreto respecto al asunto, siempre había alguien dispuesto hacer leña del árbol caído, no obstante, estaba pensando en creer que ellos eran dos robles que no serían derribados tan fácilmente.

Paulina bajó del auto en compañía de su abuela y su hija mientras en la entrada de la casa de Connor aguardaban David y Lorraine, era uno de los noviembre más fríos que estaba sufriendo el Reino Unido. Esa noche cenarían por primera vez como una familia, creía por primera vez que todo iba a salir bien y que al fin su vida tomaría el cauce que ella necesitaba.

Estaba llegando a la entrada cuando el móvil de su hermano sonó rompiendo el silencio agudo de la noche, observó como este fruncía el ceño y activó la llamada. Todo lo que sucedió pareció una escena en cámara lenta, porque en un abrir y cerrar de ojos todos salieron expulsados por la onda expansiva de una explosión proveniente del auto de David.

Las alarmas de los autos de la cuadra se activaron mientras los vidrios de las casas explotaron en un eco ensordecedor. David solo tuvo tiempo de tirarse sobre Lorraine para protegerla mientras los escombros caían sobre ellos. El lugar se cubrió de polvo que afectaba la visibilidad, aturdido se levantó para revisar a la chica, sin embargo, logró escuchar un grito desesperado que retumbó a través del ensordecedor ruido:

—¡Paulina!

El mundo de Connor se desdibujó al observar la escena sacada de una película de terror, toda la calle ardía en llamas y a los lejos sonaban las sirenas. El humo no lo dejaba encontrar a la persona que amaba, corrió como un loco tratando de hallar a Paulina.

David revisó con cuidado a Lorraine que tenía una pequeña herida en la frente, conmocionada por lo que había sucedido lloraba al mismo tiempo que quitaba los rastros de sangre del rostro de él.

—¡Abuela! —profirió en un alarido de dolor Paulina y rogó por ayuda—:
¡Ayuda, por favor! ¡David, ayúdame!

Entre el zumbido incesante David escuchó el grito de auxilio de su hermana, por eso salió corriendo en su búsqueda y lo que encontró hizo que su vida se desplomara como un castillo de naipes. Su sobrina y hermana llorando sobre el cuerpo inerte de su abuela.

Connor llegó al mismo tiempo que su cuñado y al darse cuenta de que ella estaba bien, se apersonó a revisar a Sarah que estaba inconsciente en el piso, tomó sus signos vitales que localizó muy débiles. La tomó entre sus brazos para levantarla.

—Está viva, débil, pero viva.

Ni siquiera se percataron de cuando llegaron los bomberos y los servicios médicos, todas las personas salieron de sus casas ahogadas por el humo mientras ellos vivían su propio momento cuando de nuevo una explosión un poco más se escuchó y frente a sus ojos la casa de Connor estallaba en llamas.

—¡Emily! —gritaron al unísono Paulina y Connor.

Para ellos se estaba convirtiendo en uno de los días más terroríficos de su vida, un atentado en donde los únicos objetivos eran ellos y nadie más. El chef salió corriendo en busca de su familia mientras Paulina revisaba con desespero a Elizabeth que se había dislocado el hombro. En un arrebato de desesperación besó a su hija.

—Quédate con tu tío y abuela —le pidió.

—¡Paulina! —David la tomó por la muñeca preso del miedo.

—Cuida de ella mientras vuelvo. —Se soltó de su agarre y fue en busca de Connor, deseando encontrar a todos bien.

El corazón de Paulina alcanzó el máximo de latidos por segundos, porque por el humo y los escombros no podía visualizar a Connor. Ella corrió por

inercia con dirección a la casa tratando de encontrarlo.

Connor buscaba a sus padres, hermano e hija, pues nunca imaginó que aquella noche se teñiría con sangre. La calle parecía un campo de guerra, puesto de que las personas estaban sentadas en las aceras y muchas de ellas sangraban y revisaban sus heridas. Su cabeza se movía de un lado a otro con desespero buscando a su familia, una mano tomó la suya y supo inmediatamente quién era. Paulina estaba junto a él y eso lo calmó, escucharon el grito de advertencia y el estruendo de las paredes de dos casas se desplomaron frente a sus ojos. Una calima de escombros les impidió la visión y les dificultaba la respiración.

Se sintieron perdidos tratando de encontrarlos y Connor comenzaba a creer que había perdido todo lo que amaba.

—¡Connor! —Alan lo llamó con voz ahogada.

Los dos corrieron en busca de él hasta encontrarlo sano. Connor respiró hondo cuando los visualizó a todos sanos y salvos, sentía que había vuelto a la vida a ver a su hija entera. Se soltó de la chica y abrazó su familia y revisó con cuidado a Emily.

Paulina se sintió relegada, sin embargo, observó al hombre que amaba besar la frente de sus padres y abrazar a su hermano en forma despedida. Cargó a su hija mientras su madre lloraba asustada, se alejó de ellos y caminó hasta donde ella aguardaba, en ese preciso instante todos sus sentimientos cambiaron, porque una vez más Connor la escogía. Al llegar Emily llorosa se lanzó hacia Paulina y la abrazó muy fuerte.

—Todo estará bien —le aseguro ella con voz dulce.

Al regresar encontraron que un paramédico atendía a la pequeña Elizabeth. Paulina la abrazó y ahogó el llanto escondiendo el miedo que

albergaba por todo lo que estaba sucediendo a su alrededor. Connor se sentó a su lado mientras abrazaba a su gran amor y a sus hijas, todo estaba implícito entre ellos y aquel momento era el comienzo trágico de una familia.

«Mi familia», caviló Connor un poco más tranquilo. «Tengo que protegerlas».

—Todo estará bien —les afirmó.

Besó a cada una en la coronilla y dejó a Emily junto a ellas.

—Paulina cuidará de ti y así puedes hacerle compañía a Elizabeth, pero debes portarte bien. —Sonrió para infundirles valor—. Volveré pronto.

Paulina observó con pánico al hombre mientras escuchaba las palabras que le decía a la pequeña, en un gesto maternal alargó uno de sus brazos para abrazarla y protegerla en su regazo.

—Connor —musitó asustada su nombre.

—Regresaré, vayan al hospital que luego iré por ustedes —le aseguró.

Paulina se soltó asustada porque no sabía que pasaba por la cabeza de Connor en ese momento. Lo menos que deseaba era separarse de él

—No te vayas —le rogó asustada y tomó su mano—. ¿A dónde irás?

—Voy a buscar a Markus. —Respiró brusco—. Estoy seguro que esto es obra de él.

—Connor, por favor —le suplicó.

—Papi, no te vayas —sollozó Emily.

Elizabeth se mantenía callada mirando la escena, tomó la mano de Emily y le sonrió con dulzura a pesar que estaba adolorida.

—Las amo a las tres.

Connor se perdió entre la gente dejando conmocionada a todas, aquello para Paulina era muy mal presagio. No era casualidad que un auto y una casa explotaran al mismo tiempo que su familia y ella llegaran. Mientras Connor pensaba que era Markus, ella estaba que debía ser su tío, él de nuevo cuidando y limpiando sus pasos.

«Dios si existes, ayúdame», rogó mirando al cielo y sus pensamientos se llenaron de nostalgia por sus padres y por George, porque no sabía las razones por las cuales su tío la odiaba tanto.

Paulina caminaba de un lado a otro esperando por noticias sobre su abuela, no podía sacarse de la cabeza que Connor fue en busca de Markus. No tenía idea de dónde podría buscarlo, porque lo único que sabe es que él dejó Londres después de que se descubriera todo. ¿Por qué? ¿Por qué Markus los odiaba?

Ella estaba segura por su parte que su tío era el único capaz de hacer algo así, por supuesto que conocía cada una de las razones que él tenía para sacarlos del medio. Estaba sumamente consternada por todo.

Todos ellos de alguna u otra forma habían sufrido lesiones graves o leves. Lorraine estaba en observación por su estado de gravidez mientras a David le habían suturado la frente y tenía una luxación en el hombro al igual que Elizabeth, Emily tenía algunos raspones. Sin embargo, ella no sentía ningún tipo de dolor, pero dentro de su ser crecía el sentimiento de angustia que la ahogaba poco a poco.

Ya estaba segura que poseía una maldición que no le permitía ser feliz, que todo lo que sucedía era por esa razón. No podía entender el porqué de que cada vez que estaba en Londres sucedía alguna desgracia que la hacía tambalearse; su vida parecía una serie de eventos desafortunados y ella era Violet, su tío era el Conde Olaf que le deseaba desgraciar la vida a los pobres huérfanos de los Ferguson.

Su cuerpo se estremeció al recordar la muerte de Andrew, que según las investigaciones había sido provocada al cortar la liga de los frenos y ahora sucedía esta explosión que era una clara señal que alguien los deseaba muertos. Nunca pasó por su mente vivir algo tan terrorífico, su destino iba ser

ir sinsentido por la vida perennemente y por eso cada día se convencía que estaba perdiendo la batalla, que quizás la única solución era irse tan lejos para evitar que otra persona saliera lastimada.

David apareció con el rostro ensombrecido a causa de la preocupación que sentía, Lorraine estaba fuera de peligro, sin embargo, temían un aborto espontáneo por estrés postraumático. Cada minuto que pasaba se creía que era la única culpable, por eso se sentó en aquel inhóspito pasillo a llorar por todo lo que llevaba dentro, la vida era una maldita ruleta rusa y ella estaba perdiendo cada apuesta.

—Todo saldrá bien —le aseguró su hermano mientras la abrazaba.

—Mi abuela está debatiéndose entre la vida y la muerte —sollozó con amargura y agregó—: Lorraine puede perder al bebé, ¿cómo puedes creer que saldrá todo bien? Siempre que estoy cerca atraigo las desgracias.

—No todo es tu culpa.

—Esto no es casualidad, no lo es, David alguien quiere matarnos —aseveró fuera de sí Paulina.

—Calma, pequeña, calma que todo saldrá bien y verás que esto es solo una pesadilla más.

—¿Y las niñas? —inquirió preocupada por las pequeñas.

—Las están atendiendo, no sufrieron ningún traumatismo grave, solo raspones y Lizzie el hombro al igual que yo. —Suspiró cansado—. Deberías dejar que te revisaran, por favor.

—Solo quiero saber que la abuela estará bien —contestó entre hipidos.

Los hermanos se quedaron en silencio mientras esperaban noticias de Sarah, todo en su vida era inverosímil y podrían escribir un libro con sus

desgracias. Cada vez que encontraban la estabilidad y la felicidad en sus vidas siempre sucedía algo para arrebatarla.

Dolor era una palabra con la cual estaban familiarizados, la misma que aprendieron cuando perdieron a sus padres. Ese vacío intenso que aunque transcurrieran los años siempre estará ahogándote, los dos había vivido su duelo a su manera, sin embargo, no estaban preparados para otro.

Markus reía junto a otra persona y juntaban sus copas para brindar por su nuevo triunfo, sabían que habían estremecido los cimientos desde lo más profundo en las vidas de Paulina y Connor. Dos enemigos que se habían unido para una guerra, las cartas estaban puestas sobre la mesa y pensaban ganar con las muertes.

—Deseo tanto que pronto pueda ver a Paulina muerta —profirió su interlocutor sacando a Markus de sus pensamientos.

—Tiempo al tiempo, pues estoy seguro que contigo de mi lado todo saldrá bien.

—Me debes mucho, Markus, lo menos que merezco es que la asesines cuando lo deseé.

—No te debo nada —gritó con rabia—. En cambio, me deberá mucho más cuando quite a Paulina de tu camino. —Apretó sus puños—. Primero ella y luego Connor.

Señaló su rostro desfigurado causando una mueca de disgusto a su acompañante. Él sabía que no era ni la sombra del hombre que había sido, por eso lo que más anhelaba en este mundo era tener cara a cara a Connor y que observar mientras le quitaba la luz de los ojos de Paulina.

—Debemos planear el próximo paso —le sugirió a Markus—. Un poco más de sincronización.

—La estocada final.

—¿Muertos? —insistió.

—Te daré la oportunidad de ser quien le arrebate la vida a Paulina —masculló Markus entre dientes.

Markus no le pensaba dar ninguna oportunidad, ya que él y solo él debía hacer sufrir a Connor. Solo utilizaba el dinero para llegar a su fin, sin embargo, llegaría el momento de quitar a su secuaz del camino.

Los segundos se convirtieron en minutos, los minutos en horas y las horas estaban por convertirse en un nuevo día. Paulina se encontraba en un letargo mientras esperaba por buenas noticias y señales de vida de Connor. Su hermano salía de la habitación de Lorraine de vez en cuando por noticias mientras las niñas dormían en las sillas del hospital.

No, nada de lo que sucedía era lo que había imaginado para aquella noche, quizás si alguna incómoda situación por su suegra o su misma abuela, mas no, todo lo que ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. El maldito reloj parecía que mover cada vez más lento el segundero y de esa manera incrementaba su agonía. Sentía una pequeña molestia en su vientre, pero trató de olvidarse de ella.

Escuchó susurros entrecortados y, se levantó con cuidado de no despertar a Emily y Elizabeth, su mundo se tambaleaba entre pilotes inestables. Los doctores alzaron la mirada hacia ella y sus rostros circunspectos resultaron un mal augurio, inmediatamente sintió un dolor punzante en el pecho que la

asfixiaba.

—Señorita Ferguson. —Un doctor bastante mayor fue el que se dirigió a ella.

—¿Mi abuela? —inquirió asustada.

Los hombres compartieron una mirada y negaron al mismo tiempo, poco a poco el piso la iba absorbiendo como arenas movedizas.

—¡¡¡¡NO!!!! —gritó al mismo tiempo que caía arrodillada en el piso—. No, no, no, mi abuela, no.

—Señorita.

—Mami —musitó asustada Elizabeth.

—¡Abuela! —sollozó—. Abuela, tú no, no puedes dejarme.

—No, no, cálmese señorita. —El doctor sonrió—. Ella está bien —aseguró el doctor.

Paulina se llevó la mano a sus labios y se la mordió para no gritar, unos brazos la atraparon y aquel calor la reconfortó un poco más. Parecía que ese momento su destino no le había jugado una mala pasada y que su abuela se había salvado de toda la maldad que los rodeaba. Escuchó atenta el parte médico y se refugió en los brazos de Connor mientras su hermano abrazaba a las niñas.

—Gracias por salvarle la vida —susurró cuando terminaron.

Ellos solo esbozaron una sonrisa comedida para retirarse, los cinco se abrazaron agradeciendo cada uno a su manera. Paulina sintió otra puntada en su abdomen que prefirió ignorar, se agachó para estar a la altura de las niñas, sin embargo, el dolor la hizo caer.

—¡Paulina! —la llamaron al unísono Connor y David.

—Me duele —musitó abrazando su vientre.

Las niñas miraban asustadas y al mismo tiempo que Connor se apresuraba en tomarla en sus brazos. Corrió hasta el staff de enfermeras.

—Todo estará bien —le aseguró.

—Te amo —murmuró.

Perdió el conocimiento lo que acrecentó la desesperación de Connor. Era un dolor, solo un pequeño dolor, quizás el cansancio de todo se estaba manifestando de aquella manera, no obstante, le daba miedo perderla. Las enfermeras se la quitaron de los brazos mientras gritaban código azul, se quedó clavado en el piso mirando como trataban de que volviera en sí.

—¿Qué te han dicho? —le exigió David al borde de un colapso.

—Nada —susurró—. No puedo perderla.

—¡Maldición! —exclamó David y le dijo seguro—: Aquí no vamos a perder a nadie, pero si voy a matar al maldito de mi tío.

—Estoy seguro de que fue Markus —musitó Connor.

Ninguno de los dos dijo nada más y se quedaron frente a la puerta de trauma esperando noticias, pues el panorama no era nada alentador mientras los nervios y sentimientos de rabia eran como la yesca para encender la llama de una catástrofe. Los dos hombres estaban impacientes e impotentes de no poder hacer. Sin embargo, Connor se dio cuenta de que David había mostrado al fin la bandera blanca, ya que solo importaba Paulina y su familia.

Paulina despertó aturdida por la luz blanquecina de la habitación, un mal

recuerdo pasó por su mente e instintivamente se tocó las muñecas en busca de algún vendaje. Miró alrededor buscando algún rostro conocido, sin embargo, no encontró a nadie. Se incorporó tan rápido que sintió una sensación de vahído.

—¡Diablos! —exclamó.

—Es mejor que te acuestes —le ordenó Connor al abrir la puerta.

Ella sonrió o eso intentó, pero el incesante dolor de cabeza no la dejó. Hizo una mueca de dolor e hizo caso.

—¿Y las niñas? —inquirió preocupada.

—Con mi familia en un hotel —contestó.

—¿Qué sucedió?

—Paulina... —Connor tomó su mano.

—Dime, ¿tan malo es?

—Perdimos un bebé —le contestó con tristeza Connor.

—¡Dios mío! —Ella ocultó el rostro entre sus piernas y lloró en silencio.

—Lo siento, te amo y tendremos tiempo suficiente para tener más hijos —expresó afligido Connor, ya que estaba en shock por la noticia—. Creen que tenías cuatro semanas de gestación.

—Era nuestro bebé.

—Lo sé. —Exhaló cansado—. Tenemos que irnos lejos de Londres, debemos poner a salvo a nuestra familia.

—Familia... —susurró afligida.

—Sí, somos una familia y siempre lo seremos, solo necesito que te

quedes a mi lado para construir nuestro hogar, pero tenemos que estar juntos y verás que pronto todo esto será una pesadilla. —Connor recalcó cada palabra de la última frase.

—Estoy cansada que cada vez que trato de ser feliz ocurre una desgracia, parece que no estuviera destinado para mí.

—Tienes que tener fe, Paulina muchas personas dicen que el camino a la felicidad siempre está lleno de baches. —Respiró hondo—. Mírame —le rogó.

Ella alzó su mirada y no pudo evitar que se le escaparan las lágrimas, porque estaba afligida por perder un bebé que no sabía que tendría y que por más que quisiera dar una explicación a los hechos, solo encontraba silencio y nada de respuestas.

Conmovido él barrió todas sus lágrimas con sus pulgares. Bajó hasta sus labios para dejar un beso casto en ellos, pues los dos necesitaban un poco más de contacto.

—Te amo, no importa lo que nos espere en este camino que le llaman vida. —Jugeteó con su nariz y la de ella—. Mi lugar es a tu lado y sé que seremos felices. —Sonrió—. Estoy seguro de eso.

—Gracias —susurró conmovida.

—No tienes que darlas, amarte es lo mejor que me ha podido pasar en todo este tiempo.

—¿A pesar del drama? —inquirió aflorando la inseguridad que muchas veces ella contenía.

—A pesar del drama —contestó con una sonrisa en los labios.

—Te amo.

Finalmente Paulina pronunció aquellas dos palabras, nunca imaginó que su cuerpo colapsaría por las emociones y que estaba en la espera de un hijo de Connor. Estaba cansada le tocó vivir, cuando lo único que deseaba era ser feliz y un poco de paz.

La que encontraba en la risa de su hija, en la sonrisa de Emily, las tardes de té con su abuela, compartiendo con su hermano y amiga, pero sobretodo la que siempre estaba en los brazos del hombre que se había convertido en más su vida, el único capaz de convencerla que podía ser feliz para siempre.

UN CUENTO DE HADAS.

Ese que toda niña sueña después de leerlo, pero en toda historia hay un malvado y ella sabía que su tío era capaz de todo con tal de que ella no obtuviera un felices para siempre.

¿Lo tendría?

«George, ayúdame», susurró en su mente mientras se dormitaba de nuevo por las caricias de Connor en su cabello.

Siete meses después.

Poco a poco la vida les había vuelto a sonreír a Connor y Paulina, luego de aquella hecatombe en la cual todos los cimientos de su inestable relación se movieron en la explosión. Llevaban un tiempo en donde respiraban tranquilamente o eso es lo que les habían hecho creer. Su plan se iba materializando y aunque lento para ejecutarlo, ellos preferían estar seguros luego de fallar la última vez.

—Markus, siento que estás dejando enfriar todo —aseguró con desdén su acompañante.

—Tiempo al tiempo, luego del ataque ellos han tomado medidas. — Sonrió—. Tienen seguridad y aunque creen que no podré burlarlos, los he estudiado.

Resopló cuando leyó en los periódicos que aquel día al fin abrirían las puertas de *Sugar*, la pastelería de Paulina en Londres. Observó la foto de la chica y en un arrebato dibujó una equis en su rostro.

—Ten por seguro que deseo que estén muertos, tanto como tú o quizás más —aseveró.

—No parece —contestó su interlocutor.

Markus se levantó tan veloz que no le dio tiempo a su acompañante de reaccionar, tomó su cuello y lo apretó hasta que su rostro fue perdiendo el color.

—Nunca dudes del odio que siento por Connor Bellamy —gritó.

—¡Markus! —murmuró ahogándose.

—Así, así le quitaré la vida a Paulina —comentó fuera de sí mismo—. Lentamente mientras Connor me observa. —Se complació al percatarse de la cara de terror que tenía su acompañante, lo soltó y dejó que callera en suelo buscando aire—. Nunca más me desafiarás, no vaya a ser que corras la misma suerte.

«¡Maldito desquiciado!», murmuró en su mente mientras masajeara su cuello, se estaba comenzando a arrepentir de haberse aliado con Markus, solo deseaba que en algún momento cumpliera su único deseo que era ver muerta a Paulina.

Paulina uno de sus tantos sueños se estaba materializando, la vida le sonreía de una manera diferente y que de nuevo el sol emergía para disipar las tinieblas de su pasado. Se sentía completa solo esperaba con ansias que todo lo que alguna vez dejó de lado se convirtiera en realidad.

Sueños transformándose en metas, crear nuevos objetivos que cumplir y a su lado su hermosa FAMILIA apoyándola en todo.

Saludaba con alegría a los veinte invitados que se encontraban en el lugar, cada uno estaba extasiado probando los postres que se ofrecerían para la venta a la mañana siguiente. Lorraine corrió a su lado pletórica de alegría para abrazarla.

—¡Es un éxito! —la felicitó orgullosa.

—Gracias. —En un gesto casi que automático acarició el vientre abultado de su amiga—. Espero que a tu alíen le esté guste todo.

—Alíen está saltando de tanta azúcar, creo que viviré embarazada solo para comer —contestó.

Paulina soltó una carcajada por las ocurrencias de su amiga, al mismo tiempo que Connor y David se acercaron a ellas. La chica deseaba tanto contarle la nueva buena a su hermano y cuñada que necesitaba la aprobación de su pareja para hacerlo, pensaba que era el momento adecuado para anunciarlo. Otro milagro que se obraba para que ella encontrara la felicidad.

David besó a su esposa y luego a su hermana.

—A ver, ¿qué nueva locura dijo mi hermosa esposa? —preguntó curioso.

—Que vas a tener un equipo de futbol —contestó Paulina.

—Bueno, no tanto como un equipo, pero quiero al menos cuatro niños —agregó Lorraine con una sonrisa y alzó los hombros—. Cosas de hija única.

—Entonces tenemos la certeza de que nuestras familias serán numerosas —concordó Connor con una sonrisa, le guiñó el ojo a Paulina—. Con Emily y Lizzie, Paulina y yo ya esperamos ampliar la familia.

Ella buscó la mirada de color verde que le enseñó a atreverse a vivir, estuvo ciega por tanto tiempo que se alejó de él creyendo que se protegía. Le llevó mucho tiempo darse cuenta de que su lugar era a su lado, pero para el amor nunca era tarde así que estaba viviendo en pleno su felicidad.

—Tengo que contarles algo —anunció Paulina con mucha ilusión.

Connor esbozó una sonrisa satisfecho y se abrazó de su cintura, aquellas demostraciones afectivas no eran las apropiadas según la sociedad, sin embargo, ellos cuatros ahora formulaban sus propias reglas.

—A ver, habla que ya me picó la curiosidad —le ordenó con premura la rubia con una sonrisa.

Los chefs llevaron en silencio sus manos entrelazada al vientre. David sonrió emocionado y Lorraine por su parte ahogo un grito no sin antes

abalanzarse sobre su mejor amiga.

—Ves, ves te dije que la vida siempre tendremos razones para sonreír — le dijo emocionada—. ¡Un bebé! ¿Cuánto tiempo tienes?

Paulina le tapó la boca a su amiga cuando todas las miradas se centraron en ellos cuatro, la tomó a de la mano para arrastrarla hasta la trastienda junto a su hermano y Connor.

—Estoy por alcanzar la semana dieciocho —contestó—, pero Connor y yo no deseamos que todos se enteren por ahora.

—Entiendo, sabía que todo aquello solo era una pesadilla pasajera — musitó Lorraine.

—Felicidades, ¿y las niñas cómo lo tomaron? —inquirió David.

—Están bastante emocionadas de tener una hermanita, lo cierto es que las dos se llevan muy bien. —Connor respondió—. No queremos que los lentes de los paparazzi se centren en nosotros de nuevo, queremos llevar el embarazo con discreción. —Exhaló cansado—. Estoy seguro que detrás de la bomba está involucrado Markus.

—¿Hermanita? —preguntó David.

—Puede ser niño —aseguró Lorraine.

—La verdad es que no me importa su sexo, solo deseo que sea un bebé sano —contestó Connor, la noticia de este embarazo trajo solo alegría a la pareja que había perdido a su primer bebé—. Por ahora queremos que se guarde el secreto, no me importa nada más solo que mi familia esté a salvo y lejos de Markus.

Paulina se removió incomoda al escuchar ese nombre por segunda vez, pues Connor parecía estar obsesionado con que su hermano adoptivo era el

culpable de todas sus desgracias. A las semanas de la explosión habían encontrado un cadáver en la morgue y luego de las experticias forenses se había conocido que era Diane su exesposa.

Sin embargo, nada indicaba que él podía ser culpable. Ella y su hermano se habían encargado de denunciar a su tío, pero parecía que el muy bastardo tenía una coartada perfecta. Hasta aquel momento desconocían el autor del ataque. Connor y Paulina habían decidido vivir un día a la vez ya que se dieron la oportunidad de pasar la página, venciendo el miedo que los alejaba, y así, descubrieron que no podían seguir alejados el uno del otro.

Aprendieron la lección de que estar separados, podía poner en su camino personas que no eran las correctas y por eso se amaban en el día a día, porque estar lejos no era una opción.

—Mejor celebremos que estamos vivos —sugirió Lorraine—, y que pronto la familia se ampliara.

Los cuatro compartieron la velada probando cada una de las creaciones de la chef, ser pastelera para Paulina era todo y es que crear maravillosos manjares desde una pequeña partícula como la azúcar o una grande como la leche era su pasión más grande. Pensó que George y sus padres estarían orgullosos de lo mucho que había avanzado en todo ese tiempo.

David besó el vientre de su mujer y le susurró un te amo a su pequeño hijo, cada día su felicidad crecía, así como el vientre de Lorraine. Se sintió completo en cuerpo y alma, pues encontró junto a la rubia la estabilidad que tanto ansiaba.

Su familia experimentaba una paz que se le escapaba de las manos con

cualquier problema de Paulina, sin embargo, aceptaba que Connor era el hombre indicado para su pequeña hermana, como él lo era para Lorraine.

—Un penique por tus pensamientos —le dijo Lorraine interrumpiendo el silencio.

David dejó un beso al descuido en su cuello y tomó su mano para jugar con ella. Un gesto normal en él cuando estaba relajado.

—Que parece que la vida finalmente nos sonrío —contestó.

—Estoy feliz por Paulina y que esta vez sí podrá vivir la experiencia completa. —Lorraine se sentó pues estar acostada le dificultaba la respiración—. Creo que todos juzgamos a Connor, pero resultó ser el hombre correcto.

—Creo que todos necesitamos a alguien que sea capaz de amarnos con nuestros demonios.

—A ti es difícil amarte, bueno eso creía cuando estaba enamorada desde lejos. —Ella suspiró al recordar—. Mi mundo giraba alrededor de ti, sin embargo, parecía que no podías distinguirme entre tantas mujeres.

—Lo hacía, solo que tenía miedo.

—El mismo miedo que yo sentía, pero estaba empecinada a por lo menos follarte. —La rubia no pudo evitar soltar una sonrisita tonta.

David llevó su mano hasta su muslo y poco a poco fue subiéndola en una sutil caricia que estremeció el cuerpo de Lorraine, ella era su todo y no podía evitar mantenerse lejos de su cuerpo. Los años que solo mantuvieron encuentros furtivos su alma se llenó de soledad.

—Fui un tonto por no ver lo que me estaba perdiendo —murmuró cerca de los pechos de su mujer que estaban más grandes—. Ahora que lo disfruto a diario, no quiero dejarlo ir —le aseguró cuando sus dedos se colaron dentro

su sexo.

—David —farfulló su nombre y le rogó al mismo tiempo que movía sus caderas—: Más, por favor, más.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Sacó sus dedos y en un movimiento rápido se quitó su pantalón de pijama, la tomó delicadamente perdiéndose entre sus largas piernas. David daría su vida entera por siempre tocar a Lorraine y por compartir momentos como ese, porque junto a ella sintió que tocaba el cielo y no estaba dispuesto a conocer el infierno.

Su rubia de largas piernas, comentarios atrevidos, la adolescente que rondaba los veranos por la casa y la mujer que le roba el sueño, la única que lo conocía tal y como era, ya que era la única persona que podía ver más allá de la máscara del hombre impasible.

Era ella y solo ella.

Su Lorraine

Su esposa

Su principio y su fin.

Connor estaba en la oficina cuando la puerta se abrió y sus tres hermosas mujeres entraron, no pudo evitar sonreír cuando las dos niñas corrieron hacia él para abrazarlo. Le daba gracias a Dios porque Lizzie con la ayuda de Emily se había adaptado al cambio, estaban compenetrados como una familia y eso era lo que siempre soñó desde que conoció a Paulina.

—¿A qué debo tan agradable sorpresa? —preguntó abrazando a sus niñas.

—Venimos a secuestrarte —contestó Emily.

—Tienes que venir, Connor, sin preguntar —agregó Lizzie sonriendo.

—¿Paulina?

Ella alzó sus hombros de forma despreocupada, los planes que tenía debían pasar desapercibidos por él. Una sorpresa que jamás olvidarían, las niñas la habían ayudado a organizarla y eso la hacía sentirse feliz.

—Ellas son las de la idea y yo solo soy el chofer —contestó y le mostró las llaves.

—Vale, pero tengo que llamar a su tío Alan —aceptó Connor aquel secuestro.

—No te preocupes, papi, ya lo hicimos —le informó Emily.

Alan asomó su cabeza y sonrió, lo cierto era que las niñas tenían un poder increíble de convencimiento y se habían metido a todos en el bolsillo.

—Aquí estoy cumpliendo las órdenes de las princesas —anunció desde el quicio de la puerta.

—Entonces, ya no tengo nada que hacer aquí, soy de ustedes —expresó con un tono de falsa resignación.

Las niñas saltaron de alegría mientras Alan y Paulina compartían cómplices algunos susurros. Emily y Lizzie le cubrieron los ojos a Connor, también le pusieron los audífonos con su grupo de rock favorito, con ayuda de Alan salieron del restaurante. Al subir al auto él les pidió:

—Se cuidan.

—Alan, por favor... —murmuró Paulina molesta—, no te conviertas en Connor.

—Solo les pido que se cuiden, todo lo que ha sucedido es sospechoso —
le refutó.

—Vale, nos cuidaremos —aceptó cansada.

Las niñas se despidieron con abrazo y subieron al auto. En ese mismo instante, al otro lado de la calle dentro de un auto con los vidrios tintados estaba alguien que observaba con rabia la escena, mientras aguardaba el momento justo para atacar a su presa.

La muerte era lo que deseaba y lo que merecía Paulina, la muerte para ella y así poder encontrar la paz que necesitaba. La muerte para así hacerle pagar cada uno de sus pecados.

—Ya llegamos —anunció Paulina.

Las niñas no pararon de molestar a Connor en todo el camino a Surrey, estaba convencida de que era un padre ejemplar, pero vivirlo junto a su hija era algo que nunca pensó posible. Elizabeth estaba encantada de tener una hermana y recibir en pocos meses al bebé, además que tenía una conexión especial con el chef. Pensó que había sido una tonta al huir de él, pero el corazón muchas veces tarda en sanar las heridas del pasado.

Ella mejor que nadie lo sabía.

Estaba obteniendo lo que tanto buscaba, su resiliencia, su rebote a la estabilidad que había perdido con la muerte de sus padres. El destino le había regalado una segunda oportunidad para hacer feliz junto a la persona correcta y en el momento indicado. Llegó a la conclusión que cuando llegó a su vida no era el tiempo de estar juntos y por tal razón sucedió aquel desastre. Sin embargo, había llegado el instante de vivir al máximo el Santo Grial que todos buscamos en la vida:

LA FELICIDAD.

Bajaron del auto escuchando las falsas protestas de Connor, solo que él se imaginaba que estaban en algún lugar muy lejano cuando en realidad estaban en casa. La pequeña casa de campo que le habían dejado sus padres que ahora era su HOGAR, su refugio de paz y el lugar donde había encontrado la gran jarra llena de oro de los duendes.

—¿Y ahora? —murmuró Connor.

Paulina se acercó y dejó un beso al descuido en su cuello, quiso hacer un

poco más pero se contuvo por las niñas.

—¿Preparadas? —le preguntó emocionada a la niñas.

—¡¡¡¡Sí!!!! —gritaron al unísono.

Paulina le quitó la venda de los ojos a Connor y todas gritaron: ¡SORPRESA! Él no podía creer lo que estaba viendo, la entrada de su casa estaba llena de globos azules y todos decían: Es un niño. Aquello era lo que siempre había soñado, una familia grande. Y entonces, aquí estaba de pie junto a las mujeres que más amaba y que le estaban anunciando que tendría un hijo, un pequeño al cual protegería como a todas ellas.

—¿Un niño? —inquirió sorprendido.

—Sí, un niño —contestó Paulina tomando su mano.

Él la haló para abrazarla y besarla con devoción, porque este el tiempo de creer y amar. Recordó aquella noche cuando llegó a su vida, parecía que había sido ayer cuando decidió tomar su mano para nunca dejarla ir. Ella era para él como una luz brillante que lo llenaba de paz y siempre creyó que ella en el fondo solo soñaba con ser amada, pero su miedo solo la hacía correr para no salir lastimada.

Escuchó las voces de sus pequeñas y se separó para invitarlas a unirse al abrazo, las dos corrieron riendo. Ni en sus sueños más profundos creyó que podía ser perdonado, que podía ser amado y que podía al fin vivir como lo había deseado.

—Un niño —musitó emocionado.

—Sí, papi, un hermanito —agregó Emily emocionada.

Connor rompió el abrazo para llevar sus manos al pequeño y abultado vientre de Paulina. Todo entre ellos fue una sinfonía armónica que hizo que

todo cambiara en sus vidas, aunque con caídas y problemas que era normal en todas las parejas y ellos no eran la excepción de la regla. Solo que ahora sabían que era lo que deseaban como pareja y caminaban en dirección a eso.

—Las amo —expresó emocionado.

—Y nosotras a ti —contestó Paulina—. Chicas abracen a papá que está un poquito emocionado por la noticia.

Las niñas saltaron y abrazaron a Connor que se tambaleó un poco, tomó a las chiquillas y las alzó a cada una en sus brazos. Aquella noche las risas de todos retumbaron en la casa trayendo remembranzas en la mente de Paulina. Jugaron con los globos hasta quedar exhaustos y se acostaron los cuatros, bueno los cinco frente a la chimenea.

—¿Somos una familia? —preguntó Lizzie que estaba un poco sobrepasada por todo.

Paulina fue a contestarle pero Connor se adelantó. Se sentó y tomó a la niña para sentarla en sus piernas.

—Somos una familia, Elizabeth, tu mamá y yo te amamos y sé que Emily también. —Sonrió y la niña le correspondió con una sonrisa que iluminó su rostro—. Sueño con escucharte decirme papá, porque aunque tu padre no esté entre nosotros, prometo que voy a cuidarte siempre al igual que a tus hermanos. Eres parte de nosotros, como nosotros somos parte de ti.

—Papá —farfulló Lizzie emocionada.

Paulina respiró hondo tratando de retener las lágrimas en vano, porque ellas salieron solas al escuchar a su hija decir aquella palabra. Los cuatros se quedaron hasta tarde disfrutando del momento tan especial perfectas para ellos.

Connor y Paulina se sentían afortunados, pues hallaron a la persona que los colmaba de dicha. Dicen que las parejas son el Ying y el Yang, porque aunque nunca encontrarás a una persona que piense igual que tú; esa persona que escojas para pasar el resto de tu vida debe complementarte. Lo bueno y lo malo juntos para lograr la armonía mágica que llamamos amor.

Sarah estaba nerviosa monitoreando cada paso de la gran cena que daría en su casa, todo debía estar de punto en blanco pues los Duques de Cambridge estarían presentes. William era primo en cuarto grado de Paulina y David, pero se mantuvo al margen un tiempo debido a la situación y así evitar escándalos.

Todo había cambiado desde que LA VERDAD, salió a la luz dejando el nombre de Paulina limpio. Ella en muchas conversaciones que sostuvo con la Reina, llegaron a comparar el carácter de Paulina con el de la Princesa Margarita, ya que las dos eran infelices en la sociedad en donde les tocó vivir. Las reglas, protocolo y costumbres que impedían de que ellas pudieran manifestar su verdadero ser. Estaba segura que su gran amiga luchó toda su vida para ser feliz.

Dejó todo en orden en la cocina y fue hasta el despacho privado de su difunto marido. Caminó directo hasta donde siempre guardaba sus más preciados recuerdos y con manos temblorosas sacó un álbum de fotos que escondía. Ahí estaban las fotos de su juventud junto a Margarita, miró la foto de su gran y único amor, aquel que no estaba permitido para una señorita de su clase.

Todos tenían secretos y ella no era la excepción, no negaba que tuvo tiempos felices con su familia, que su hijo fue todo para ella y que sus nietos

también. Sin embargo, siempre pensaba en aquellas tres palabras que marcaban a un ser humano:

Y si hubiera.

Se imaginó viviendo una vida lejos de los lujos y privilegios que siempre tuvo, quizás su vida hubiese sido más tranquila, tuviera un gran familia y estaría cuidando de sus nietos y bisnietos. Jonathan estaría pintando cada espacio de su pequeño piso y sería la mujer más feliz del mundo, no obstante, su mente le trajo remembranzas de aquella despedida tan amarga en las cuatro paredes llenas de pintura, olor a óleo y disolvente.

—¿Entonces, todo acabó? —inquirió molesto Jonathan.

—Lo siento, mi padre piensa que es lo mejor —contestó—. Jonathan... —Se le rompió la voz a Sarah al ver los ojos turbios de su amado.

—El maldito estatus y dinero, ¿te importa eso más que nuestro amor? — le recriminó, las sombras de su orfandad estaban surgiendo con su abandono—. Soy un don nadie, pero te amo, Sarah..., te amo.

—Sabes que no puedo dejar todo, dejaría de ver a mi madre y perdería a mi familia.

Jonathan se acercó a ella y la tomó por la cintura, la besó con la premura de la pérdida y poco a poco fue despojándola de su vestido. Sarah cerró los ojos porque conocía el oscuro corazón del hombre y sabía que le pertenecía, sin embargo, el miedo de perder todo la alejaba de él. Hicieron el amor y el tiempo se detuvo mientras sus cuerpos y corazones se despedían.

Entonces aquel fue uno de los días más tristes para Sarah, respiró hondo y encontró la foto de su hijo que se parecía tanto a Jonathan, su secreto más

grande y el que nunca se atrevería a contar. Paulina era igual a él, su carácter, su sufrimiento y sus demonios que la atormentaban para ser feliz. Ella estaba logrando serlo y al fin quienes la juzgaban, la aceptaban.

Suspiró cansada pues los años no pasaban en vano, ya no pensaría en que hubiera pasado y asumía lo que ella había escogido. Lo había dejado ir por elección propia y estaba pagando aquel error, poco a poco sintió como su cuerpo se apagaba, sintió que llegaba la hora de partir junto a Jonathan y esperaba que la perdonara.

Para vivir juntos en la eternidad.

—Estás hermosa —murmuró Connor contra su cuello y dejó un beso al descuido en uno de sus hombros.

—Gracias —contestó Paulina sonrojada.

Aquella noche había decido usar un hermoso vestido corte imperial con escote cuadrado y tela de gasa color turquesa, su pequeño vientre se asomaba ya por encima dejando entrever su embarazo. Se sintió bendecida al mirarse frente al espejo y ver su reflejo feliz.

—¿Imaginaste alguna vez que ibas a estar conmigo después de la disco?
—le preguntó él abrazándola desde atrás.

—La idea es que fueras un polvo para seguir —respondió apenas y respiró profundo antes de agregar—: Sin embargo, creo que desde que te vi, sabía que eras tú... —titubeó nerviosa.

—¿Qué era yo? —Connor alzó una ceja, curioso.

—Que eras el hombre de mi vida.

Él le dio vuelta para poder ver aquellos ojos azules que lo había hipnotizado al igual que el movimiento candoroso de su cadera.

—Sia... —musitó Paulina—. *Chandelier*.

—Estaba pensando en esas caderas moviéndose y el vestido negro. — Esbozó una sonrisa lobuna—. Lo nuestro fue amor a primera vista.

—Follar—refutó ella.

—Amor —puntualizó él y agregó convencido—: Fue amor porque cuando te tuve entre mis brazos, sentí la necesidad primitiva de poseerte, sabía que eras mía y que fuiste hecha para mí.

—Connor...

—Sé que todavía piensas que estabas rota, no te merecía, Paulina. — Exhaló cansado—. Los dos cometimos errores, yo te engañé y me arrepiento.

—Las chicas fiesteras no debemos enamorarnos.

—Eres todo menos eso, cuando compartiste con Emily la primera vez, lo supe. —Se acercó para dejar un beso en su coronilla—. Tenías miedo, los dos teníamos miedo a esto que es más grande que nosotros.

—Siempre tengo miedo —confesó—. Miedo a fallar como madre, como pareja y persona. Soy imperfecta, Connor, nunca he sido feliz en este mundo de vestidos de gasa y cenas elegantes.

—Son tus primos.

—Y el futuro Rey de Inglaterra. —Sonrió triste—. Mi abuelo quería una señorita de modales y etiquetas mientras yo quería vivir mi vida como si no existiera el mañana. —Respiró hondo—. Me enamoré de quién no debía, sin pensar que podía ser un desastre. Echa un vistazo a mi pasado, hay más

fracasos que aciertos, por esa razón tengo miedo más que nunca que esta sea una felicidad efímera y se salga de mis manos.

—Te prometo que no será así.

Buscó sus labios y sin mediar más palabras poseyó su boca. Quería transmitirle que ella siempre sería su princesa y su Blancanieves. Rompieron el beso y él descansó su frente de la de ella, cerró los ojos para calmarse. En un movimiento casi imperceptible llevó sus manos a su vientre, el fruto de su amor que estaba creciendo ahí, su sueño vuelto realidad. Dio gracias a Dios en silencio, por darle la oportunidad de tenerla cerca de nuevo, para escribir una nueva historia sin secretos y sin miedos.

—Sin miedo a nada, ya estamos juntos y nada malo puede pasarnos —le aseguró Connor y Paulina cerró los ojos queriendo creerse cada palabra.

—Abrázame —le rogó y él lo hizo, sintiéndose segura le confesó—: Tu amor me hace fuerte, pero ahora siento que soy capaz de luchar aquellas tormentas que quieran abatirnos. Sin embargo, acepto que tengo miedo a sufrir.

—Te amaré por siempre, Ojos Azules.

Ella no pudo evitar soltar una carcajada, separó sus rostros y vio aquellos ojos verdes como el musgo que la habían desnudado el primer día. Recordó las idas y venidas, las veces que apartó su miedo para entregarse en cuerpo y alma.

«Nunca me dejes», le suplicó a Connor en su mente, acarició su barba incipiente y llevó su mano a un mechón rebelde. Él seguía siendo un hombre que con su sola presencia podía obnubilar a cualquier mujer. Ella al despertar cada mañana sentía como su amor por él crecía, no se imaginaba una vida sin estar a su lado. Sus hijas y él eran todo para Paulina, al fin el sol brillaba para la niña nerviosa que perdió a sus padres, para la Ina que le quitaron todo lo

que más amaba.

—Te amo —le dijo en voz alta.

Connor la besó y la tomó del brazo para salir de la casa, sabía que estaba nerviosa por aquella cena. Él quería ser su apoyo para todo y así demostrarle lo mucho que la amaba.

—A veces olvidamos que solo somos humanos y que debemos dedicar un poco tiempo a la familia —comentó William pensativo—. Desde que nació fue siempre pensando en la corona y ahora me doy cuenta de que muchas veces le damos la espalda a los seres que queremos. —Suspiró cansado—.

—Nacieron para ser Inglaterra y no individuos —puntualizó Paulina.

Kate y William sonrieron el peso de la corona les afectaba poco a poco, muchas veces idealizamos a las personas que admiramos y nos olvidamos que tan solo son humanos, así como lo somos todos y Paulina era una muestra de que la sangre azul no te definía.

—Soy Inglaterra, lo sabes, todos ustedes conocen mejor que nadie las responsabilidades a las que me enfrentaré cuando el peso de la corona esté sobre mi cabeza. —William tomó la mano de su esposa y sonrió—. Al menos tengo la compañera de vida que deseaba y es la mujer que amo.

—Un brindis por el amor —propuso Lorraine con su copa de agua—. Que las responsabilidades y nuestras costumbres no nos separen de las personas que amamos.

Brindaron en silencio a pesar de que era una cena de etiqueta, todos charlaban distendidamente sobre asuntos ajenos a todo el acontecer londinense. Connor que fue un visitante asiduo al Funky Budha recordó ver en más de una ocasión a la pareja cuando apenas eran novios, unos chiquillos que estaban enamorados y que se jugaron todo para estar juntos. Buscó con la mirada a su esposa pensando en lo afortunado que era de tenerla, se imaginó un momento que hubiera sido de su vida sin conocerla y casi de inmediato se arrepintió.

—El Orange es muy buen restaurante. —Cate lo sacó de sus pensamientos y puso su atención en ella—. La verdad que no salgo mucho a cenar, pero cualquier ocasión es buena para probar un buen plato.

—Gracias, Duquesa —contestó.

—Por favor, llámame Kate.

—Y a mí me puedes llamar William, fuera de las jurisdicciones del Palacio de Buckingham y en el interior de la casas de mis amigos somos William y Kate.

—William y Kate, disculpen solo que no estoy acostumbrado. —Esbozó una sonrisa—. De donde provengo no hay títulos y todo es más fácil.

—Tenemos un abolicionista de la corona aquí —apostilló David divertido detrás de su copa.

—Somos unas de las monarquías más fuertes, el pueblo siempre termina perdonando nuestros errores —expresó William ante el comentario—. Cuando mi abuela llegó le perdonaron sus errores, a Margarita sus locuras, a mi padre también y mira a Paulina no está directamente relacionada, pero la Casa de Fife es una de las más influyentes y ahora todos la adoran.

—Todos menos mi tío —aseveró Paulina con una sonrisa burlona.

—Lo que trato de decir que el pueblo de Reino Unido no sabría que hacer sin sus monarcas, vivimos para el pueblo y ellos sueñan con tener lo que nosotros tenemos.

Sarah observaba en silencio aquella discusión mientras su mente todavía viajaba por los confines de sus recuerdos. Añoraba un minuto a solas y recordó las veces que con Margarita se reunían para hablar de los mismos temas, habrían pasado los años y era algo que todavía seguía vigente, la

corona y sus asuntos.

—Abuela, ¿estás bien? —le preguntó preocupada Paulina.

—Un poco cansada —contestó y se levantó, todos los caballeros lo hicieron al mismo tiempo que ella—. Espero que sigan disfrutando de la velada, pero con los años aprenderán que necesitamos descansar.

William se acercó y le dio un pequeño abrazo, siempre la recordaba en las tarde del té en el palacio junto a su abuela y su tía.

—Fue un gusto volverte a ver, Sarah.

—Pequeño, no vuelvas alejarte que tus primos te necesitan —le susurró al oído.

Se despidió de todos y los dejó conversando, ya en la soledad de su habitación quiso soñar con lo que pudo ser y no fue.

Las horas pasaron y sin darse cuenta de que las manecillas del reloj se movían veloces, las tres parejas conversaban en el salón sobre niños y la educación que desean impartirles. Eton para David y William era el lugar correcto para sus hijos, Lorraine y Paulina compartieron una mirada pues su experiencia dentro del internado Myfield Saint Leonard no fue el mejor.

—Hay colegios que son de excelencia académica y no son internados —puntualizó Paulina.

—Estuve interna y no lo soporté —confesó Cate—, Sin embargo, Eton ha sido la elección para George.

—Lizzie y Emily están asistiendo a Marlborough —enfaticó Paulina—, y mi hijo no irá ahí, no pienso que mi hijo vaya a ser primer ministro.

—Eso no lo puedes asegurar —contrató David—, por tradición debería

ir a Eton, papá estudió ahí y yo.

—Creo que lo que no desea Paulina es separarse de sus hijos —intervino Connor de forma conciliadora—. Creo que los internados pueden ser buenos y malos al mismo tiempo. —Alzó sus hombros—. La excelencia educativa puede provenir de cualquier maestro que ame lo que hace.

—Pienso lo mismo —aseguró Lorraine—. La verdad, mi pequeña no irá a un internado así su papi lo diga.

Todos soltaron una carcajada por el comentario de Lorraine. Uno de los guardaespaldas del Duque se acercó y le susurró algo al oído recordándole la hora.

—Lamento interrumpir la velada, pero debo anunciar que es hora de retirarnos —anunció con nostalgia William—. Esto se tiene que repetir un poco más seguido, me alegro tanto de este reencuentro.

—Gracias por aceptar. —David se levantó—. Sé que apoyabas desde la distancia a Paulina.

—Al final somos familia y hay que apoyarnos —contestó William.

Se despidieron con la promesa de reunirse de nuevo, pero deseaba que fuera sin tanta etiqueta y solo ellos. Paulina se quedó cerca de la puerta mirando las paredes de aquella casa, poco a poco su abuela la iba cambiando tratando de borrar el pasado. Solo que el pasado tendía a volver y eso le daba miedo a ella. Aquello fue un recordatorio de que quisiera o no, tenía sangre azul y que sus hijos debían seguir las tradiciones, solo que no estaba dispuesta a hacerlo.

Aquel domingo era diferente en la casa de los Ferguson, después de tanto

tiempo al fin se estaban escuchando risas genuinas dentro. William Ferguson seguro estaba revolcándose en su tumba al ver que Paulina al fin estaba con su amada hija y con un hombre que no tenía sangre azul. Todo parecía normal dentro de que aquella villa de Belgravia una de las zonas más ostentosas de Londres, ya que se sentía la paz que hace mucho tiempo se había ido.

Las lágrimas aprendían a reír para la chica de ojos azules, que tantas veces se escapó huyendo de aquel lugar que no solo la hacía infeliz. Después de la tempestad llegaba la calma, para así dar el paso a la belleza de las cosas más pequeñas. Sirvieron la mesa olvidándose de la etiqueta que marcaba rigurosamente aquel comedor, sin embargo, aquellas delicias preparadas por los dos chefs no eran platos elaborados, dedicaron la mañana en hacer pollo frito al estilo sureño americano acompañado de vegetales, puré de papas y pan de maíz.

Sarah admiraba como sus nietos se desvolvían siendo ellos mismos, Paulina mostraba sus tatuajes mientras daba de comer a sus hijas y David no dejaba de atender a su esposa. Una familia que siempre soñaron William y Clare para sus hijos y que ahora parecía una realidad.

—¿Te gusta la comida abuela? —le preguntó Paulina con una sonrisa.

—Bastante diferente —contestó mirando con recelo su pollo.

—Toca ser diferente de vez en cuando —comentó Lorraine—. Ser diferentes es lo que nos hace únicos.

La rubia y su amiga compartieron una mirada de complicidad, sabía que para la anciana aquello era salirse de sus cánones, más cuando las niñas estaban usando las manos y no los cubiertos.

—Sarah, ¿deseas que cocine algo para ti? —inquirió Connor con entusiasmo.

Sarah que se mantenían dentro sus pensamientos subió su mirada y solo gesticuló un no en respuesta. David y Connor conversaban amenamente sobre el próximo partido de fútbol soccer, al tanto que Paulina y Lorraine no dejaban de parlotear sobre las compras para sus bebés.

Lizzie que se estaba acostumbrando poco a poco a este cambio, se acercó sigilosa hasta donde estaba la anciana. Las dos compartieron una mirada y Sarah acarició con ternura el rostro de la pequeña, parecía que el mundo se había detenido en esos escasos segundos cuando el timbre interrumpió insistente el ambiente. Todos miraron sus rostros extrañados, David no pudo evitar fruncir el ceño pues nadie era capaz de tocar así cerca de la casa. Se levantó y los demás curiosos lo siguieron.

La persona que estaba detrás de la puerta tocaba como si la vida se le fuera en ello, eso creó cierto malestar en Paulina que se le instaló un peso en el estómago y sentía que su garganta se secaba de la angustia.

«Dios que no sea nada malo», rogó en su mente.

—Abre la puerta, David —le exigió Sarah cuando llegaron a la entrada.

Obedeció con resquemor y al abrirla se desplomó un hombre ensangrentado dejando la mitad de su cuerpo dentro y la otra afuera. Los gritos de pánico de las niñas resonaron como un eco y al mismo tiempo que David corría para ayudarlo. Fuera de la casa estaba estacionado un Jaguar con vidrios tintados que los bajó para disparar con dirección a ella.

Connor se lanzó sobre todas tratando de ser el escudo humano, sintió el escozor simultáneamente acompañado de un dolor lacerante en su hombro derecho. Todo sucedía en cámara lenta cuando la ráfaga de disparos se detuvo y el rechinar de unos neumáticos en el asfalto les avisó que todo había terminado.

Paulina se tocó el vientre asustada al sentir una molestia, observó con recelo el espacio y se percató que el hombre yacía inconsciente todavía en la entrada.

—Revisen al hombre —chilló asustada.

Sin darse cuenta de que estaba sangrando, Connor se levantó para ver de quién se trataba. Mientras David ayudaba a Paulina y Lorraine a levantarse del suelo. Las niñas se había refugiado en la otra sala con Sarah, sollozaban asustadas y la anciana las trataba de calmar alejando su propio temor. Al llegar a la puerta, giró su cuerpo mal herido con cuidado de no lastimarlo aún más, el rostro ensangrentado de Edward Carnegie apareció frente a él y supo que aquello significaba solo problemas.

—¡Es tu tío! —expresó conmovido.

—¿Qué? —David se acercó corriendo para poder verificar con sus propios ojos mientras Connor trataba de tomarle los signos vitales—. ¡Cristo Santo!

—David... —balbuceó Edward al mismo tiempo que señalaba a Paulina—. Es ella, es ella...

Paulina se acercó con terror para escuchar lo que decía su tío. Si bien no eran cercanos, él era el padre del hombre que amó en su adolescencia. Edward al mirarla comenzó a sollozar palabras sin sentido, sin embargo, todo lo que podían entender era: Es ella. El hombre respiró hondo tomando su último aliento y en vestíbulo de los Ferguson murió bajo las atónitas miradas de todos.

—Abuela lleva a las niñas a la otra habitación —le ordenó David—. Lorraine llama a la policía y una ambulancia que Connor está herido.

—¡Connor! —exclamó asustada Paulina.

—Estoy bien —le dijo el cocinero con voz calmada y se sentó algo mareado por la pérdida de sangre—. Trata de calmarte.

—Esto es una locura —musitó Paulina—, primero la explosión y ahora esto.

—Podemos estar seguros que el de la explosión no fue nuestro tío —apuntó seguro David mientras le cerraba los ojos al hombre—. Ahora la pregunta es a quién se refería con respecto a qué es ella.

—No tengo idea —contestó Paulina mientras hacía presión en la herida de Connor.

David pasó sus manos frustrado por su rostro y es que ahora se complicaba todo un poco más. Trató de hacer memoria si alguna mujer tuvo que ver con George, no obstante, solo venía Paulina a su mente y nadie más. Sabía que su hermana sería incapaz de matar una mosca, por lo cual no tenía idea de quién podría odiarlos tanto.

En aquel momento todos en la casa estaban llenos de miedo y con la incertidumbre de qué podía suceder, no estaban seguros en ningún lugar pues los estaban acechando.

Markus y su acompañante dejaron abandonado el Jaguar en las siguientes cinco cuadras, se regocijaron cuando su informante les envió un mensaje anunciando la muerte de Edward Carnegie y la herida de Connor.

—Pronto terminará esto —aseguró Markus—, al fin tendremos nuestra venganza.

—Más pronto de lo que crees —aseveró su acompañante.

La Villa Ferguson se llenó de policías y un equipo de paramédicos, sin embargo, los habitantes deseaba que todo aquello acabara de una vez por todas. Paulina no dejaba caminar de un lado a otro dentro de la sala del té mientras los interrogaban, porque solo deseaba irse con Connor al hospital y saber que estaba bien.

—Señora Ferguson, puede repetirnos los acontecimientos —le pidió amablemente un detective.

Ella exhaló cansada y sintió de nuevo un pequeño golpe en su vientre, llevó su mano y lo masajeó. Estaba cansada de repetir lo mismo que todos.

—Nos encontrábamos tomando el almuerzo cuando tocaron el timbre. — Mordió sus labios cuando de nuevo sintió el mismo dolor.

—Ina, ¿estás bien? —le preguntó Lorraine preocupada al ver la palidez de su amiga.

—Me duele —se quejó tocándose y doblándose un poco por la intensidad.

—¡Llamen una ambulancia! —exigió Lorraine acercándose para ayudar a sentarla—. Detective puede seguir su interrogatorio en otro momento.

—Me duele —sollozó Paulina—, no quiero perderlo. —Tomó a Lorraine del brazo—. No puedo perderlo.

Paulina aguardaba asustada en la habitación mientras la conectaban al monitor fetal, luego de escuchar el corazón del bebé en el ultrasonido sintió un

alivio, sin embargo, tenía contracciones involuntarias causadas por la impresión de lo que había vivido. La puerta se abrió y en pocas zancadas Connor se acercaba a su mujer para abrazarla con un solo brazo, pues el otro estaba dentro de un cabestrillo.

—Connor —farfulló entre lágrimas.

—Todo estará bien, Ojos azules, todo saldrá bien. —Tomo su mano y dejó un beso casto en ella.

Los dos estaban llenos de miedo, porque solo estaban trayendo el recuerdo amargo de la primera pérdida. La enfermera se acercó con una sonrisa dibujada en los labios mientras empujaba el carrito de medicamentos. Tomó la mano de Paulina y buscó la vía intravenosa.

—El doctor te indicó sulfato de magnesio, te voy a pasar por vía intravenosa a goteo rápido por treinta minutos, esto ayudará a calmar las contracciones.

—¿Y luego? —inquirió Connor.

—Vamos a reducir el goteo para que pueda pasar lentamente. —Observó a Paulina y le dijo—: Debes guardar reposo y evitar grandes exaltaciones, seguro tu doctor dirá lo mismo. Debemos llevar este embarazo a término y todo depende de ti.

—Eso parece imposible —objetó Paulina.

—Pero debes hacerlo, te enviarán el mismo medicamento para que lo tomes en casa. —Señaló la pantalla del monitor fetal—. Ves esos números que bajan y suben en el lado izquierdo del monitor, son los latidos de tu bebé.

—¿Son normales? —preguntó preocupada la chica.

—Lo son, vamos que tan solo es un susto —la animó. La enfermera se

levantó de la cama y conectó la vía al microgotero—. Voy a estar supervisando todo, prometo que dentro de poco vas a sentirte mejor.

Paulina solo pudo asentir y buscó asustada a Connor que miraba el monitor fetal con cautela. En silencio esperaron a que ella saliera y así poder estar solos.

—Tengo miedo —musitó Paulina—, asesinaron a mi tío frente a nosotros y te hirieron. ¿Quién nos puede odiar tanto?

Connor se acercó y se sentó de nuevo a su lado, no quería alterarla más, sin embargo, lo que había sucedido aquella tarde no era algo para tomarlo con calma.

—Siento que nuestras vidas peligran, no te mentiré —le confesó—. Voy a pedirles a mis padres que se lleven a Emily y Lizzie.

—Connor, no... —Él tapó sus labios con sus dedos.

—Voy a adoptar a Lizzie luego de esto. —Sonrió—. Las niñas necesitan estar a salvo. Paulina, esto es una clara amenaza que irán contra nosotros.

—¿Pero quién? —inquirió desesperada.

—Estoy seguro que Markus tiene que ver en todo este desastre.

—¿Por qué yo? —sollozó.

—Celos, hacerme sufrir y tantas cosas. —Suspiró—. Él es mi hermano adoptivo nunca te lo dije porque después que me traicionara con Diane, para mí no era nada.

—Cielo...

Connor llevó su mano a la mejilla de la chica pensando lo adorable que era, tenía que protegerla con su propia vida si era necesario.

—Todo lo que ha sucedido me ha dado a pensar en lo ruin que pude llegar un ser humano. —Exhaló cansado—. Las personas toxicas siempre van a desear lo que tienes. Markus desde niño quiso todo lo que yo tenía, mis padres nos criaron igualitariamente y no había diferencias alguna entre alguno de los tres, pero él siempre quiso más.

—Y me quiere muerta —aseguró con miedo Paulina.

—Nos quiere, Paulina, estoy seguro que ese es su deseo. —En aquel momento Connor deseaba confesarle la verdad a Paulina, quizás era el miedo inmenso que le provocaba perderla—. Días después de lo que sucedió entre nosotros, fui en busca de Diane para enfrentarla y la encontré follando con Markus.

—¡Cristo Santo! —Paulina llevó sus manos a su rostro asombrada.

—Entonces, me di cuenta de que todo era una treta ideada por los dos para separarnos. —Bajó el rostro avergonzado—. Sé que casi la follo, pero estaba aturdido pensando que ibas a dejarme ya que esa noche prácticamente huiste de mí.

—Tenía miedo porque estabas cambiando.

—Los dos teníamos miedo. —Sonrió triste Connor—. Pensaba que me dejarías cuando descubrieras que aún estaba casado.

—Debiste decirme la verdad —le recriminó Paulina.

—Lo sé, Paulina, pero contigo todo fue diferente y eso alertó a Markus, te deseaba porque yo lo hacía, siempre sospeché que Andrew y él eran aliados.

—Andrew cometió muchos errores.

—Todos los cometemos, solo que algunos lo hacen y son incapaces de rectificar.

—Pero si es Markus deberíamos denunciarlo. —Exhaló cansada—. Connor, estamos hablando que atentó contra nosotros en tu casa y ahora asesinó a mi tío.

—No tenemos pruebas y además le perdí la pista, cuando me fui después de la explosión fue con la esperanza de encontrarlo y fue en vano. —Connor sopesó lo que llevaba pensando desde hace algún tiempo, no deseaba alterar a Paulina, sin embargo, había aprendido que ocultar las verdades a lo largo traía problemas—. Creo que está detrás de los asesinatos de Diane y Andrew, no tengo pruebas pero te puedo asegurar que Markus es capaz de todo por lograr sus objetivos.

—Y nosotros lo somos.

—Lamentablemente creo que nos ha dado señales. —Suspiró—. Nena, te juro por mi vida que voy a protegerlos, así sea con mi vida. —Tocó el vientre de la chica—. Desde la primera vez que te tuve en mis brazos deseé un hijo nuestro, porque sabía que eras la mujer para mí

—Yo también sentí algo especial esa mañana que hui de tu lado, se instaló un peso en mi estómago bajando las escaleras. —Paulina sonrió al recordarlo—. Fue por eso que te dejé la nota.

—P.F. —susurró Connor.

—No podía poner más, igual estábamos destinados a encontrarnos de nuevo.

Connor sintió una pequeña patada de su hijo, deseaba tanto tenerlo en sus brazos y poder decirle lo mucho que lo amaba.

—Jonathan —murmuró Connor.

—¿Ah? —Paulina torció el gesto de rostro confundida.

—Nuestro bebé se llamará Jonathan —ratificó Connor seguro.

—¿Por qué Jonathan? —inquirió Paulina curiosa.

—Me gusta —contestó.

Connor se acercó y besó a su compañera de vida, sabía que algo se cocinaba alrededor de ellos. Esperaba paciente a que no sucediera una desgracia, pues estaría dispuesto a defenderla con su vida.

—Todo debe hacerse después del nacimiento —sugirió Markus.

—Esperar tanto para qué, todavía no entiendo —contestó su acompañante irritado.

—No voy asesinar un niño, por más que desee muerto al padre —aseveró Markus.

Este estaba convencido que su cómplice sería capaz de todo con tal de matar a Paulina, sin embargo, él tenía cierto grado de moral y no estaba dispuesto a asesinar a un niño que merecía vivir, pues el pequeño no tenía culpa de los padres que le había tocado.

—Debe morir y también deseo ver morir a David, todos los Ferguson deben pagar —farfulló al borde de un colapso nervioso.

Markus buscó el diazepam para sedar a su fiel secuaz, porque no era la primera vez que en un colapso nervioso trataba de golpearlo. Disimuladamente agregó dos pastillas en la gaseosa y se la ofreció en modo de ofrenda de paz.

—Solo debes tener paciencia ya que quedan pocos meses —le dijo Markus en tono conciliador.

—¡Tengo una vida esperando a que Paulina muera! —gritó, tomó la gaseosa de un solo trago bajo la atenta mirada de Markus.

—Por unos meses no vas a morir, así que debes esperar.

Markus lo observó desplomarse en el sofá y puso los ojos en blanco harto, imaginó que sería de gran ayuda para llevar a cabo sus planes, pero estaba convirtiéndose en un lastre. No negaba que el dinero que su cómplice poseía ayudaba a lograr las hazañas, sin embargo, su sed de venganza estaba llevándolo al desequilibrio mental y estaba pensando quizás deshacerse de él.

David pensó que en menos de un año le tocó organizar dos funerales, primero el de Andrew y ahora el de su tío, pero lo que más lo angustiaba era la manera tan violenta de sus muertes. Sabía que alguien los deseaba extintos, mas no le venía a la mente quién podía ser.

La pequeña abadía estaba repleta de los amigos más cercanos de la familia, por órdenes médicas ni su esposa y hermana estaban presentes. El estupor de mirar el ataúd de unas de las personas que más odió a su hermana y a él, fingir que estaba bien cuando en realidad era otra y es que no sabía cómo hacer para proteger a su familia. Tenía días buscando entre sus conocidos quién podía desear hacerles daño, sin embargo, su mente le jugaba mal trayendo a alguien que estaba muy lejos.

Sus vidas estaban cambiando y parecía que todo iba a ser normal, pero bajó la guardia y sucedió esto en sus narices.

¿Quién?

¿Quién era?

¿Quién podría ser?

¿Quién los odiaba tanto?

Eran preguntas que repetía internamente, pero no encontraba respuesta alguna. Alguien se sentó a su lado y David giró su rostro para ver de quién se trataba. No pudo evitar la conmoción de ver a su tía Elizabeth, porque pensaba que estaba muriendo o peor aún que ya había fallecido en Suiza.

—Tía... —susurró apenado.

—Tenía que venir porque era mi esposo y el padre de mi hijo —musitó acongojada.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado por su estado de salud.

—Estoy muriendo, David, pero soy la viuda y mi esposo fue el que murió.

David frunció el ceño ya que su tía se estaba comportando de forma extraña y su semblante estaba bastante desmejorado. Parecía que no había ocurrido un milagro, prefirió callar y esperar que terminara el funeral. Su mente comenzó a trabajar un poco más rápido sospechando, sobre ella pero alejó de su mente esa posibilidad. Al terminar solo ellos dos acompañaron el féretro hasta el lugar donde iba a ser depositado.

Él no podía dejar de mirar a Elizabeth, pues para ser una viuda en su rostro se notaba la satisfacción de la libertad. Salieron en silencio del panteón familiar y en un arrebato la tomó de la muñeca para detenerla.

—¿Y Suiza? —le preguntó David.

—Volaré en unos días —contestó.

—Pensé que ibas por una eutanasia y regresas al funeral de mi tío —comentó pensativo—. ¿Estás recuperándote?

—Voy a morir, David, solo me regalaron un poco más de tiempo —

contestó evasiva—. No vengo a quitarles nada, así que no tienes nada porque temer.

David negó apenado pensando que era un gran idiota, no sabía que sucedía con él en aquel momento. Desconfiaba de todos ya que no tenía ni idea de quién los estaba acechando.

—Lo siento, tía —se disculpó apenado—. Luego de todo lo que ha sucedido estoy un poco más desconfiado.

Elizabeth solo asintió y caminaron en silencio hasta la salida del cementerio, un Jaguar negro con vidrios tintados esperaba a su tía. Aquello encendió las alarmas de David, para luego llegar a la conclusión que en Londres podría haber miles de automóviles con esas mismas características

—Espero que antes de irme pueda ver a Lizzie —le dijo Elizabeth en forma de despedida.

—Tía —titubeó David, no quería negarle ese deseo, sin embargo, la niña estaba lejos—. Paulina la envió a un viaje con los padres de su pareja, fue la manera que encontró de protegerla luego de lo que sucedió.

David observó como el rostro de su tía se ensombreció por la respuesta que le acababa de dar. Sin embargo, ella trató de disimular su enfado.

—Entonces, moriré sin verla una última vez —comentó apenada—. Dale mi amor a mi pequeña, me despides de todos.

—¿Volverás?

—Te dije que me regalaron un poco de tiempo, tenía que despedirme de Edward ya que no lo hice cuando lo dejé.

David se acercó y abrazó a su tía, imaginó lo doloroso que debe ser vivir sabiendo que tienes poco tiempo. Estaba agradecido de que ella había

devuelto a su sobrina a su lado y por eso no puedo evitar sentir pena.

—Entonces, esto es un adiós —le dijo David.

—Lo es —contestó Elizabeth—. Cuida de Lizzie.

Ella rompió el abrazo y se subió al auto que arrancó inmediatamente. Él se dijo internamente que debía contarle de este encuentro a su abuela, no obstante, su móvil sonó y al mirar la pantalla contestó de inmediato.

—Ya viene —le anunció Lorraine.

—¿Estás segura, Amor? —inquirió asustado.

—A menos que se me reventara la vejiga, creo que he roto fuente y es lo más asqueroso del mundo.

—¡Lorraine! —le llamó la atención por su comentario.

—Connor me llevará al hospital con tu abuela —le informó.

—Voy para allá.

David caminaba de un lado a otro mientras su familia no lo perdía de vista con sonrisas dibujadas en los labios, el pobre hombre había entrado en una crisis pasada las quince horas del inicio de la labor de parto. El residente de guardia había tomado la decisión de practicar una cesárea y por eso llamó al obstetra de confianza de Lorraine, pues se corría riesgo de una complicación con un alumbramiento de forma natural.

Paulina estaba emocionada por la llegada de su primer sobrino, para ella ver feliz a su hermano era una gran alegría. Por su parte seguía el tratamiento al pie de la letra para evitar contracciones, sin embargo, no deseaba perderse tan gran acontecimiento y había decidido ir en contra de los deseos de Connor.

—Vas abrir una zanja —apostilló ella mientras acariciaba su vientre.

—¡Calla! —David la fulminó con la mirada.

—Mi sobrina te dará dolores de cabeza, te veré sufrir —continuó molestándolo Paulina. Connor la abrazó y ella se acomodó en su costado mientras su abuela negaba divertida—. Imagina con todas las historias sacadas del libro de Cincuenta Sombras, seguro que las paga.

—Ina —siseó David en modo de advertencia.

—No estoy mintiendo, mira que Lorraine estuvo a punto de contarme que la azo... —Connor le tapó la boca al ver el rostro escandalizado de Sarah—. Vale, me callo.

Agregó quitándose la mano y escondiendo una sonrisa. Muchas veces se olvidaba que su abuela no estaba acostumbrada aquellas conversaciones. David se sentó a su lado y clavó su rostro en sus manos, sentía emociones

encontradas y no se creía lo suficientemente valiente para decirlo en voz alta.

—¿Crees que seré buen padre? —le preguntó David a su hermana.

Aquella pregunta enterneció a su hermana, claro que podía asegurar que sería buen padre. Su hermano la había cuidado hasta cuando cayó en el Infierno, sabía que sería el mejor padre del mundo y el miedo que concebía dentro de su corazón, no es más que un poco de ansiedad de conocer a la pequeña que venía en camino.

—David serás el mejor padre del mundo. —Sonrió la chica—. Fuiste uno para mí, eres el mejor hijo, nieto y hermano del mundo. Amas a Lorraine con locura y claro que amarás a mi sobrina de la misma manera.

—Tengo miedo, Ina, quiero ser un ejemplo a seguir para ella. —Todos lo miraban con empatía pues era normal tener miedo siendo padre primerizo—. Quiero ser como papá.

Aquellas cuatro palabras emocionaron a Sarah y Paulina, puesto de que William había sido un padre ejemplar hasta el día de su muerte. En casa de los Ferguson Carnegie no hubo gritos, el protocolo solo era para las cenas familiares, los niños podían ser libres. Paulina tomó su mano y le dijo:

—Papá estaría orgulloso de ti.

En ese preciso instante el doctor salió con un bebé llorando envuelto en una manta de color rosa, dentro de la sala a todos le latieron sus corazones emocionados. David se levantó y se mantuvo de pie esperando al que doctor se acercara con su pequeña.

Paulina observaba conmovida la escena mientras experimenta otro sentimiento, uno tan profundo como el amor por su hija. Se levantó con cuidado y esperó paciente, Robert Clark se acercó con una sonrisa y les

mostró el rostro ruborizado de la pequeña.

—Te presento a tu hija, querido amigo —le anunció con una sonrisa.

El hombre se debatía entre tomarla en brazos y reír, sin embargo, las lágrimas de emoción brotaron de sus ojos cuando la tomó en sus brazos. No podía creer que algo tan pequeño y tan hermoso era parte de él. Su corazón latía a prisas y solo pudo pronunciar:

—Clare.

—David —susurró Paulina emocionada.

—Sé que deseabas ese nombre para Lizzie, pero me gustaría que se llame como nuestra madre —le dijo emocionado—. Ella merece que alguna de sus nietas lleve su nombre.

—Mamá estaría feliz, lo sé, puedes llamarla como quieras ya que es tu hija.

Sarah miraba emocionada la escena imaginando que su hijo y nuera estaban al lado de cada uno admirando la pequeña. Por un segundo quiso tener el poder de revivir a los muertos y ver a William orgulloso de sus dos grandes amores.

—Entonces, mi bisnieta se llamará Clare y yo que tenía la esperanza que tendría mi nombre.

Todos soltaron una carcajada y se acercaron admirar a la pequeña de cabello rubio como el sol que dormía cómodamente en los brazos de su padre. Paulina insistió en tomarla en brazos por unos segundos, deseando que llegara el día de sostener al niño que venía en camino.

Aquella noche estrellada de aquel verano había llegado un miembro más de la Ferguson, una pequeña que su padre cuidaría, siendo capaz de dar su

vida por ella. Ya estaba completo, eso era lo que sentía esa noche David con su hija en brazos.

Paulina se acostó en la cama masajeando su vientre con crema humectante, aquel día había sido uno de los más felices de su vida. Estaba segura que pronto viviría el propio, solo que toda aquella felicidad se veía opacada con sus dos hijas lejos.

Pensó en todo lo que su vida había cambiado, después de experimentar el dolor más profundo, el miedo y la incertidumbre, sin embargo, no temía al futuro sino a las personas que deseaban dañarla. Muchas veces imaginaba su vida con George en una pequeña casa en Edimburgo, pero ese pequeño pensamiento se esfumaba, porque simplemente no podía concebir su vida sin Connor.

Aquel hombre de ojos verdes que la reclamó como suya, que se quedó a su lado a pesar de conocerla en sus peores momentos. Se sintió afortunada de tenerlo con ella, ya que juntos estaban formando lo que más anheló, una familia, sus hijas eran un gran tesoro y el pequeño que esperaba era su gran amor.

—Clare será un dolor de cabeza para David —le comentó Connor sentándose a su lado.

Ella se quedó observándolo y apreciando el cuerpo perfecto de aquel dios griego, parecía que los años solo mejoraban su aspecto físico. Connor aún conservaba el *eight pack* en su abdomen que la volvía loca, su cuerpo era de infarto y el deseo se mantenía intacto entre ellos.

—¿Algo qué te guste? —le preguntó curioso ante su escrutinio.

—Todo —contestó aclarándose la garganta.

Connor no pudo evitar soltar una carcajada y le robó un beso a su mujer, trató de calmarse ya que no podían tener relaciones por órdenes médicas.

—Tu sobrina es hermosa.

—Nuestra y, sí, creo que David tendrá que comprar un arma y es la misma que guardas tú por Emily y Lizzie.

—Quiero encerrarlas en una torre —murmuró cual hombre de cromañón.

—No, por favor, quiero que nuestros hijos crezcan libres. —Exhaló cansada pensando en lo difícil de su adolescencia—. Mírame, mi abuelo me prohibió todo y experimenté con todo.

Connor deseaba contarle que como ella cometió errores, aquel era el secreto que guardaban sus padres y él.

—Te voy a contar algo, así que espero que entiendas que todos en algún momento cometemos errores.

—No creo que los tuyos ni siquiera se acerquen a los míos.

—Paulina, yo consumí drogas —confesó apenado, al tanto que ella no podía creer lo que estaba escuchando—. Fue cuando nos mudamos de Alabama a Nueva York, mis padres nos llevaron al Bronx y puedo asegurarte que probé de todo.

—Connor.

—Mis padres decidieron alejarse y nos mudamos de nuevo, esa vez fue un poco más radical el cambio y terminamos en Londres. —Suspiró cansado—. Estuve en rehabilitación y conocí personas dentro del centro que me mostraron lo que podía ser mi futuro.

—Uno muy oscuro que podía terminar en la muerte —agregó apenada.

—Creo que por eso Markus me odia, porque mis padres siempre me ponían de ejemplo cuando era el niño perfecto. Alan por otra parte muchas veces asumió el papel de hermano mayor. —Tomó la mano de su mujer—. Todos cometemos errores, ya que nadie es perfecto y cuando te conocí quería un cuento de hadas de tu lado, para mí eras como Blancanieves, sin embargo, tenemos algo hermoso y real.

—Y una película porno en la cama —bromeó para distender el ambiente.

Connor se acostó y la atrajo lo suficiente para poder hablarle a su bebé, era el ritual que llevaban haciendo todas las noches desde que se enteraron que serían padres. Sintió una leve molestia en el brazo y cerró los ojos para respirar profundo.

—¿Te duele? —inquirió preocupada.

—Solo un poco, ¿con qué una película porno? —preguntó sin poder ocultar su sonrisa.

Paulina se sonrojó aunque lo había dicho en modo de broma, recordó las primeras veces que compartieron la cama y lo mucho que se excitaba teniendo cerca aquel hombre.

—Comenzamos como una película porno, tú y yo saliendo de un bar para tener sexo cósmico y tántrico en el auto, escaleras y todas las superficies de tu casa.

—¿Cósmico y tántrico? —Alzó una ceja interesado mientras Paulina subía un tono más a su sonrojo.

—Vale, me llevaste al espacio sideral con cada orgasmo y se sintió que podía encontrar mi Chi interno con ellos.

—Estás loca.

—Eso lo sabías, pero no podemos negar que cuando hacemos el amor es más, siempre es más.

—Porque somos más, Paulina, porque tú y yo fuimos hecho para amarnos.

—Un cuento de hadas.

—Un amor real.

Ella se acostó a su lado y tomó su mano para jugar con ella, sabía que aquello era lo que siempre soñó. Algo real que se metiera hasta los huesos, que cada poro su piel reaccionara con tan solo una pequeña caricia. Eso era amor del bueno, del bonito y es que no todas las historias de amor iban a terminar que el príncipe rescata a la princesa, porque más que deseamos un cuento de hadas, terminamos queriendo ser felices sin tanto cuento.

UN AMOR QUE TE ROMPA HASTA LOS MIEDOS.

—Te amo, Connor Bellamy.

—Y yo a ti, Ojos azules.

David no dejaba de observar a Clare, su cabello era una mota color amarillo, su pequeña nariz era respingada y sus mejilla provocaban comérselas a besos. Lorraine dormía y para él su belleza era deslumbrante. Aquello era lo que siempre quiso para él, sin embargo, nunca imaginó que sería con la molesta amiga de su hermana menor.

La pequeña lloró y él se apresuró para tomarla en brazos, deseaba que la madre descansara un poco después del trabajo de parto tan largo que experimentó. Con su dedo índice tomó sus deditos y esbozó una sonrisa en sus

labios cuando ella los sujetó fuerte.

—Te contaré la historia de unicornios y príncipes, tu madre siempre decía que deseaba un amor como los de Jane Austen y creo que se enamoró de mí, porque soy igual de orgulloso que el señor Darcy, siempre oculté mi amor por ella y terminé suplicándole para que estuviera a mi lado. —La niña gorjeó un poco—. Sí, sí, Clare, tu padre tuvo que suplicarle a tu madre y ahora solo deseo regalarles a ustedes unicornios y corazones.

—David —lo llamó emocionada Lorraine que había escuchado todo.

—No debías escuchar eso —dijo un poco avergonzado.

—Lo hice, por eso es que te amo, porque aunque eres un hombre duro eres capaz tener una gran sensibilidad.

—Solo contigo y ahora con Clare.

—Con todos, y sí, eres mi señor Darcy, el odioso y orgulloso hombre que no podía aceptar que me amaba. El hermano perfecto de Georgiana, eres como el personaje perfecto de una novela romántica.

—Creo que la anestesia te hizo daño —se burló.

—No, solo estoy enamorada de tan solo verte con nuestra hija en brazos.

David se acercó y se sentó a su lado, Lorraine se recostó de su hombro y acarició con cuidado la cabecita de su pequeña hija. Sabía que aquello era un regalo divino y que no iba a cometer los mismos errores de sus padres.

—Tenemos que ser diferentes, darle amor, ser como tus padres y amarla como a nadie. —Lorraine respiró hondo—. Tengo miedo de fallar.

—Yo también, pero seremos buenos padres y Clare será una niña maravillosa.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque nos tiene a nosotros como padres.

Los días pasaban lentos para Paulina esperando su pequeño, sin embargo, aquellos cuatro meses de su vida sirvieron para aceptar que todos los seres humanos eran capaces de cometer errores. Siempre pensó que todo debía ser perfecto, pues de aquella manera había sido educada y entendía que tener dinero no daba la felicidad.

Tejer ropa con su suegra fue una tarea catártica, porque mientras confeccionaba las pequeñas prendas su mente iba absolviendo cada uno de sus errores. Sintió que al fin estaba logrando la paz que tanto necesitaba, preguntas iban y venían en sus pensamientos sobre el perdón, pero ella llegó a la conclusión que si no era capaz de perdonarse ella misma, no podría perdonar a nadie.

Era como el amor propio y el que poco a poco perdió, para ir llenándose de inseguridades que la llevaron a tomar las decisiones incorrectas. Terminó el mameluco y lo alzó para admirarlo, estaba orgullosa de poder hacer con sus propias manos algo para su bebé, estaba experimentando lo que su abuelo y tío le impidieron con el embarazo de Elizabeth.

—Hermoso —expresó sorprendido Connor al entrar al salón.

—Sí, creo que tu madre estará asombrada al verlo —comentó emocionada.

Connor admiraba el rostro de júbilo de Paulina, estaba extasiado al constatar que ella era feliz con pocas cosas. Una mujer que podía comprar cualquier ropa de marca, estaba dedicada hacerla con sus propias manos, ¿y la razón? Era muy simple la respuesta, porque deseaba entregar todo de ella a sus hijos.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Connor curioso.

—Estoy cansada, pero mañana al fin es el día. —Suspiró bajito emocionada—. Muero por ver su rostro.

Él no puedo evitar sonreír mientras se acercaba a ella para dejar un beso casto en sus labios. Todos esperaban con ansias aquel momento, su parto iba a ser inducido, pues estuvo los últimos meses tratando de no perder el bebé y felizmente llegó a las treinta y ocho semanas, eran dos semanas exactas antes de que el embarazo llegara a término, pero el bebé podía nacer sin peligro alguno.

—Todos morimos por ver su rostro.

Las niñas en ese momento entraron riéndose de algún comentario, Paulina todavía no podía creer lo perfecta que estaba su vida. Su hermano estaba cada vez más paranoico al no encontrar una pista de quién pudo haber asesinado a su tío, pero nada de lo que sucedía alrededor de la chica le importaba, puesto de que no estaba dispuesta a salir de su burbuja de felicidad.

—Mamá, mamá, verdad qué Harry es más lindo que Liam —inquirió risueña Emily.

Connor puso los ojos en blanco, pues no aún llegaban a los dulces dieciséis y las niñas estaban enamoradas de los chicos que alguna vez fueron parte de OneDirection.

—Pues Harry es muy guapo, pero Liam tiene algo que atrae —contestó Paulina alzando los hombros.

—Liam es perfecto y es amigo del primo Harry —aseguró Elizabeth.

—Bah —murmuró molesta Emily mientras Connor y Paulina se divertían por aquella conversación tan trascendente—. Igual ni tú y menos yo saldremos

con ellos, porque papá primero nos encierra en una torre.

—Ya lo sabes —aseguró Connor divertido.

—Mi mamá no va a permitirlo —lo desafió Elizabeth altiva.

—Lizzie —la reprendió su madre.

—No puede prohibirnos enamorarnos, porque debemos ser como en los libros, libres para amar —contestó.

—¿Y qué estás leyendo? —inquirió Connor interesado.

—Orgullo y Prejuicio —contestó Lizzie.

—¡Oh, el señor Fitzwilliam Darcy, robó muchas de mis noches! —murmuró risueña Paulina.

—Yo quiero un señor Bingley —agregó Emily.

—Y yo un Darcy —soltó Lizzie.

—¡Oh por Dios! —resopló Connor y se acercó a Lizzie—. Nadie les va a prohibir a amar, solo que espero que encuentren a un hombre que realmente sepa cuidarlas.

—¿Cómo tú a mamá? —inquirió Lizzie curiosa.

—Algún día les contaremos nuestra historia, pero daría la vida por su madre y por ustedes. —Connor sonrió y se acercó a las niñas—. El amor en la vida real no es como en los libros, la vida tiene idas y venidas que debemos enfrentar. No todos los hombres son buenos, por eso quisiera protegerlas siempre de todo lo malo.

—Niñas, lo que su padre quiere decirles es que el mundo real no es un cuento de hadas. —Paulina les indicó y suspiró cansada, sabía mejor que nadie que los cuentos de hadas no existían—. Deseamos cuidarlas, afuera hay

gente mala que desea hacernos daño por diversión. No es malo tener una ilusión con un chico, solo tienen que ser sinceras con nosotros.

—Lo prometemos, ¿verdad Lizzie? —Emily se quedó mirando a la otra niña.

—Sí, solo quiero un amor de cuento de hadas —resopló Lizzie y un mechón rebelde de su cabello se levantó—. Papá...

—Dime.

—Te quiero —le dijo la niña.

Paulina sonrió y por un momento imagino su vida de otra manera. George, Lizzie y ella juntos viviendo este nuevo nacimiento, pensó que la vida le había quitado mucho y que al mismo tiempo le estaba entregando todo lo que alguna vez le arrebató. Recordó que no todo podía ser color rosa, que los grises eran parte de la vida y que el secreto era poder ir cubriéndolos del color que más te gustaba.

Al día siguiente traería una nueva vida al mundo, sentía un poco de temor porque la primera experiencia había sido traumática. Estaba segura de que Connor haría todo lo posible para que olvidara aquel episodio y por eso se sentía un poco tranquila.

Él había escogido el nombre que ella deseaba para su hijo, para ella saber el gran secreto de su abuela era un gran peso que llevaba encima. Deseaba tanto compartirlo con alguien, pero respetaba en silencio la decisión de su abuela y aunque muchas veces deseó que su elección hubiese sido otra.

«Algún día le diré a mi abuela que sé la verdad», caviló en su mente mientras escuchaba a sus hijas y pareja hablar.

Sarah estaba sentada frente a su cómoda mirando su reflejo en el espejo, consideraba que el paso de los años finalmente estaba cayendo sobre sus hombros. Aquellos últimos días no podía quitarse de su mente el secreto de Jonathan y su hijo William, pensó en cómo tomaría David la noticia de que no era un Ferguson de pies a cabeza.

Paulina era el vivo reflejo de su abuelo y gran amor de su vida, esperaba que ella comprendiera lo que tanto deseaba contar. El peso de la culpa no lo podía soportar, pues había descubierto que su gran amor había muerto solo y en bancarrota. Percibió que las cortinas se movieron y un viento helado se coló por la ventana que creyó haber cerrado.

Se levantó y tomó su taza de té para tomarla antes de dormir, no había dado dos pasos cuando frente se presentó una figura siniestra. El estrepitoso sonido de la porcelana rompiéndose contra el piso interrumpió el silencio que reinaba en la habitación.

—¿Qué quieres? —le preguntó con temor Sarah.

—La quiero muerta.

A Sarah se le inundaron los ojos de lágrimas. Trató de correr a su mesa de noche para tomar el arma, pero la persona de gritó:

—Ni lo intentes, te he perdonado la vida por muchas razones. —Sonrió maliciosamente—. Pero a ella..., a Paulina, le daré la mejor de las muertes.

—No voy a permitirlo —le aseguró Sarah.

—Ya lo veremos.

Sin agregar más palabras salió de la habitación dejando a la anciana con un ataque nervioso. No sabía cómo explicarle a Paulina este secreto, la odiaría toda la vida. Todo lo que había sucedido, todo estaba encajando

finalmente.

Lloró en silencio porque su difunto esposo nunca pensó en las consecuencias de sus acciones, ahora nueve años después le tocaba a ella asumirlas y proteger a su nieta. Respiró hondo para llenarse de valor, pero falló en el intento y lloró en silencio.

¿Qué podía hacer?

¿Quién podría ayudarla?

Markus esperaba impaciente a que entrara su aliado, miraba los uniformes de faena que habían robado de lavandería del hospital. El plan estaba trazado y él se había convertido en un hombre meticuloso en cumplir cada punto. Sin embargo, todo se estaba saliendo de control con los trastornos de quién lo ayudaba.

Al principio pensó que era buena idea tener un aliado, pero ahora se arrepentía porque se estaba demorando en conseguir su objetivo, gracias a los errores y arrebatos que cometía su secuaz.

Matar a Edward Carnegie no estaba en sus planes y solo hizo que las sospechas recayeran en él. Tenía contacto con algunas personas del entorno de Connor, por eso estaba seguro que su hermanito adoptivo sospechaba de él y había tomado las previsiones para mantenerlo alejado. Finalmente, la puerta del piso se abrió.

—Sabes que nadie puede verte —le recriminó Markus.

—A ti tampoco, sin embargo, sé que en las noches caminas y me imagino que eres el causante del terror en las calles.

—¡Calla! —siseó entre dientes Markus—. Mañana tenemos que robar el hijo de Connor, para que vaya a buscarlo y así poder matarlo.

—Mañana, mañana —repetía su aliado fuera de sí—. Mañana haremos las cosas como quiero y olvida al bastardo, porque mi único objetivo es Paulina.

—¡Tienes que seguir el plan! —gritó Markus fuera de sí.

La anciana que dormitaba en el mueble se despertó y se sentó asustada, cada momento que vivía dentro de aquella casa se arrepentía de haber aceptado el empleo. Sabía que podía caer presa por ser cómplice, pero necesitaba el empleo para pagar las deudas de juego de su hijo.

—El plan es matar a Paulina —contestó.

Markus deseó tener alguna droga para quitarse aquel lastre de su lado. Solo que desde la última vez que lo había hecho su compañero estaba un poco más suspicaz. Los dos poseían ansias de sangre, sin embargo, este deseaba ver destruido todo lo que tuviera que ver con los Ferguson y el solo deseaba ver sufrir a Connor Bellamy.

—No puedes joder el plan. —Markus trató de persuadirlo—. Le quitamos el hijo y la volverá loca, no podrá soportar vivir dos veces el mismo dolor.

—Quiero matarla, ver como se le escapa la luz de sus ojos.

—¡Cristo! —chilló la mujer asustada.

—¿Tienes miedo? —inquirió con una sonrisa maliciosa y Markus se dio cuenta de que tenía otra alucinación.

—No te acerques a ella —le advirtió—. Vamos, mírame.

—Esto es lo que soy por su maldita culpa, porque todos crearon a este

monstruo.

—Yo no hice nada, solo estoy para ayudarte con tu enfermedad —sollozó aterrorizada.

—¡Mentira! —gritó y se acercó tan rápido que no le dio tiempo de reaccionar cuando la tomó por el cuello—. Tú y todos ellos son los culpables —espetó con odio.

Markus había experimentado en primera persona una de sus alucinaciones, normalmente se transformaba en alguien que no era.

—¡Suéltala! —le exigió Markus mirando como poco a poco le arrebatava la vida a la mujer.

No obstante, aquel monstruo como se había llamado él mismo no soltaba a la mujer que expiró su último aliento y murió con lágrimas en los ojos. Soltó el cuerpo inerte para luego sentarse a su lado y llorar desesperadamente.

Comprendió que todo estaba fuera de su control y que si deseaba finalmente matar a Connor Bellamy, tendría que acceder a los caprichos de su aliado. Él no mataba por placer, solo lo hizo una vez y con la única mujer que amó. Quitarle la vida a Diane fue la experiencia más excitante de su vida, pero sabía que lo mismo sería hacerlo con Connor.

—Deshazte del cadáver —le ordenó Markus.

—Voy a matarla mañana —le contestó entre hipidos.

—Mañana, te debes acoplar al plan o el próximo cadáver serás tú.

—No me tientes, Markus —le advirtió.

—No te estoy tentando, te estoy advirtiendo que soy capaz de matarte si te entrometes en mis planes.

—La quiero muerta.

—Sí, blah, blah —le dijo cansado—. Deshazte del cadáver.

Markus fue hasta su habitación para descansar su cuerpo, porque su mente no podría hacerlo pues debía mantenerse alerta.

Paulina pujó por última vez y segundos después escuchó el llanto melodioso de un niño. Connor la abrazó fuerte para luego dejar un beso su coronilla sudada.

—Te amo —susurró en su oído.

En aquel momento la emoción que embargaba a la pareja era tan grande, juntos habían creado una vida y su amor estaba materializado. Connor cortó el cordón umbilical, no puedo dejar de dar gracias a Dios mientras envolvían al pequeño en una manta. El doctor se lo entregó y las lágrimas salieron de sus ojos, aquel era un gran amor, uno inexplicable. Se lo llevó a Paulina que esperaba impaciente y lo puso en sus brazos.

—Nuestro hijo —musitó Paulina emocionada.

Dentro de su mente estaba eufórica por tener el privilegio de sostener a su hijo, deseaba disfrutar cada segundo de esta nueva etapa. Quería llenar aquellas carencias que tuvo con Elizabeth. Acariciaba la mejilla de su bebé al mismo tiempo que Connor hacía lo mismo con su cabello, subió su mirada y repitió:

—Jonathan. —Connor asintió—. ¿Te gusta en serio ese nombre?

—Es perfecto para él —contestó.

Un enfermero se acercó y se llevó al niño para limpiarlo, el doctor continuó atendiendo a Paulina. Connor salió a la sala de espera a dar la nueva buena a todos sus familiares, que aguardaban impacientes por el nuevo miembro de la familia.

—Es un niño y se llamará Jonathan —anunció emocionado a la mitad de

la sala.

Alan se levantó y abrazó a su hermano, todos lo felicitaban y las niñas preguntaban curiosas cuando conocerían a su hermanito.

Sarah en silencio procesaba en su mente lo que acababa de escuchar, aquel nombre era el recordatorio de su secreto. Las conjeturas de ella tejiendo en su mente sobre eso, podían hacerla volverse loca. «¿Cómo pudo enterarse? ¿Esto es tu castigo?», se preguntaba cuando en un acto robótico abrazó a Connor.

—Clare tiene ya un compañerito de juegos —comentó Lorraine emocionada—. Sarah debes estar emocionada, pues ya tienes tres bisnietos.

—Claro —musitó la anciana y le preguntó a Connor—: ¿Cuándo podré ver a mi nieto?

—En pocos minutos —contestó.

Él se quedó pensativo por la actitud tan extraña de Sarah, sin embargo, en aquel preciso instante solo tenía ganas de volver a la habitación junto a su mujer e hijo. Habló con Alan y le pidió que ordenara veinte docenas rosas blancas para Paulina, deseaba regalarle los mejores momentos postparto. Se despidió prometiéndoles a las niñas que volvería y así podrían conocer a su hermano.

Al entrar de nuevo en la habitación, él no creía que podía llegar a enamorarse aún más de Paulina. Ella sostenía a su hijo mientras le cantaba una hermosa canción de cuna. Aquella escena hizo que el corazón del hombre se acelerara como un tren que andaba a mil kilómetros por hora. Recordó aquella noche en París en donde los dos desnudaron sus almas y su mente se centró en aquellas palabras.

—Atrévete a vivir. —Señaló la frase de “Dare to live”, que tenía a su lado.

—Tengo miedo.

Connor sujetó las mejillas de Ina y le dio un beso casto. Posó su frente en la de ella y se perdió en aquel azul tormentoso que tenía su mirada.

—Cuando tengas miedo de caer ahí estaré para sostenerte. Cuando quieras probar alguna droga o licor, úsame yo seré lo que necesites. —Acarició la nariz de ella con la de él tiernamente—. El amor destruye, lo sé, lo viví. Aparta el dolor y aprende amar, estaré a tu lado para sostenerte porque el amor también sana.

—No sé, Connor, yo... —Connor la calló con un beso.

—Lo sabrás y cuando menos lo esperes lo dirás. Te esperaré con paciencia y con amor. No vamos a decir adiós ahora y ni nunca, porque esa no es la mejor manera de enfrentar la vida.

—¿Cuál es?

—Vivir.

Los dos habían vivido separados y ahora que estaban juntos, aprendieron que la vida era solo un momento y debían atreverse a vivirla.

—Connor —lo llamó Paulina sacándolo de sus pensamientos.

Él sonrió y fue hasta ellos para besarlos. Estaba completamente realizado como hombre, solo esperaba que todo lo que estaba viviendo pudiera ser eterno.

—¿Te sientes bien? —le preguntó preocupado pues había sido un parto inducido y se había alargado un poco más de las horas estipuladas.

—Estoy feliz —contestó Paulina.

La chica al fin estaba viviendo su sueño, no quería despertar nunca de aquel momento tan hermoso y ahí estaba él, aquel hombre de ojos verdes que la abrazaron la primera vez y el mismo que no la dejó huir de su lado. Aquel pensamiento de que nada duraba para siempre se estaba evaporando de su mente, pues ahora deseaba vivir una eternidad junto a Connor y sus hijos.

—Jonathan, ¿solo le pondremos un nombre? —le preguntó Connor.

—No lo sé —contestó y subió su mirada para quedarse observándolo—. Me gusta solo Jonathan, quizás podríamos llamarlo Christopher, era uno de los nombres de papá en su acta bautismal.

—Lo que desees, solo quiero saber.

—Somos una familia —musitó Paulina emocionada.

—Siempre lo fuimos —le aseguró Connor.

Nervioso tocó su bolsillo y sintió la cajita que estaba dentro del mismo, llevaba meses tratando de pedirle que se convirtiera en su esposa, no obstante, cada vez que se lo proponía a hacerlo sucedía algo y dejaba de lado aquel deseo. Se arrodilló frente a la cama bajo la mirada sorprendida de Paulina, respiró hondo porque aunque siempre le decía lo que sentía por ella, aquel era un momento que deseaba que ella guardara para siempre en su mente.

—¿Connor, qué haces? —le preguntó nerviosa.

—No puedo seguir aguardando el momento perfecto, cuando este creo que es el más perfecto de todos. —Exhaló nervioso y sacó la caja que abrió con manos temblorosas—. Intenté seguir con mi vida, pero sufría bajo un silencio que me hundía en un infierno. Tu voz, tu aroma y todo permanecía en mis recuerdos.

—Connor...

—Si te atreves no sueltes mi mano, prometo que borraré los años infelices y que vendrán más momentos felices, te prometí hace tiempo que estaría siempre cuando cayeras y hoy te reafirmo esa promesa. Nos desprenderemos de lo malo, borraremos las cicatrices y respiraremos juntos hasta que llegue nuestro tiempo. —Paulina suspiró bajito y Connor se levantó para tomar su mano para deslizar un hermoso anillo de platino con zafiro con incrustaciones de pequeños diamantes blancos—. Cásate conmigo, Paulina.

Ella asintió llorando emocionada, pues las palabras no podían salir por sus labios. Connor la besó castamente en los labios.

—Solamente tú puedes hacer esto el día que nace nuestro hijo —le dijo emocionada.

—Llevaba meses tratando de hacerlo.

—Te amo, Connor. —En aquel momento Paulina dejó ir a George para siempre—. Llegaste un día para cambiarme y contigo supe que podía ser feliz, me enamoré de ti y no dudes de mi amor aunque me cueste muchas veces expresarlo.

—Lo sé.

—Sé que puedo resistir a la adversidad si estás conmigo —le aseguró Paulina.

—Te amo, Ojos Azules.

Somnolienta e inquieta Paulina abrió los ojos y observó como una sombra siniestra se cernía sobre ella. Un pañuelo ahogó su grito y el olor fuerte de una

sustancia entró de manera violenta por sus fosas nasales. Buscó con la mirada a Connor que se hallaba inerte en el piso de la habitación. Poco a poco su mente se nubló y su último pensamiento fue para sus hijos.

«Dios mío, protégelos.»

—Busca la camilla —le ordenó Markus.

—Basta de darme órdenes —le contestó.

Elizabeth se acercó sigilosamente para cortar el cuello de Markus con el bisturí. Se regocijó cuando este se giró sorprendido y cayó a sus pies desangrándose. Salió rápido y busco la camilla, acostó a Paulina para salir con ella del lugar. A esas horas la mayoría de las enfermeras estaban dormidas y nadie prestó atención, todo lo habían planeado de manera de pasar desapercibidos.

Su mente enferma estaba feliz, ya al fin podría cobrar venganza por la muerte de su hijo. Cada paso que había dado era para borrar las sospechas sobre ella, solo cometió un error hace una noche y no se arrepentía. Sabía que Sarah por miedo no haría nada, porque ella misma había experimentado que este era capaz de paralizar.

Cuando salió del hospital y subió a Paulina en el auto, sintió que había ganado la guerra que comenzó con la muerte de George. Solo unas horas más y podría ver como se le escapaba la luz de la vida a la mujer que fue la causante de la mayor de sus desgracias.

—¡Auxilio! —gritó una enfermera al entrar a la habitación doscientos siete.

Dos hombres yacían inconscientes en el piso que estaba teñido de sangre,

la cama desordenada se encontraba vacía y sin rastro de la paciente.

—¡Seguridad, seguridad! —sollozó presa de un ataque de pánico.

Miró a su alrededor y salió corriendo a la estación de enfermeras, marcó el número de seguridad con manos temblorosas y reportó la situación. Nunca en su vida imaginó encontrar algo así en una tranquila noche de trabajo.

El insistente timbre del teléfono de la casa Ferguson Wallas despertó a Lorraine y David, dormían tranquilos luego de pasar en el hospital. El hombre asustado corrió y por un segundo sus piernas fallaron, eran poco más de las cuatro de la mañana.

¿Qué podía haber sucedido para llamar a esas horas?

—Diga —contestó David con un tono de voz fuerte.

—Señor Ferguson, lo llamamos para informarle que su hermana la señorita Paulina Ferguson ha sido raptada.

David dejó caer el teléfono y en un arrebato salió corriendo escaleras abajo para ir en busca de su pequeña hermana. Aquella madrugada llovía en Londres como hace meses no lo hacía. Su mente preocupada no pensaba mientras como un loco iba camino al hospital. Corrió; corrió y corrió tratando de entender quién podía odiar tanto a su hermana para querer hacerle daño. Quiso gritar pero sus pulmones estaba saturados por el esfuerzo, las calles solitarias de la ciudad fueron testigo de su desesperación.

Al fin frente al hospital entró como una tromba, jurando en su mente que haría pagar a todo aquel que les había hecho daño. El despliegue policial no lo dejó entrar y en un acto desesperado gritó:

—Soy Lord David Ferguson Carnegie.

Todos voltearon a ver aquel hombre desesperado. Un detective se acercó y lo tomó del brazo para conversar a solas.

—¿Usted es David Ferguson? —inquirió.

—Lo soy —contestó David.

—¿Tiene alguna identificación que lo demuestre?

David en acto inconsciente fue en busca de su billetera, se dio cuenta de que estaba empapado y vestido con un pijama. Buscó a su alrededor un rostro conocido y lo encontró. Alan entraba al hospital con el rostro serio.

—Él puede decirle quién soy. —David señaló a Alan.

Alan tenía un mar de pensamientos en su cabeza, cuando recibió la llamada del hospital deseó con todas sus fuerzas que todo fuese mentira, sin embargo, lo que más lo aterraba era encontrarse con una mala noticia. Al ver a David en pijamas y empapado supuso lo peor, por tal razón aceleró el paso para ir en su encuentro.

—David, mi hermano... —Alan respiró profundo cuando vio a Connor salir de uno de los pasillos.

Todo lo que estaba sucediendo parecía sacado de una mente retorcida, se suponía que aquel día sería el más feliz para la pareja, pero el destino tenía otros planes. Los tres hombres hablaron por varios minutos. Los hermanos estaban completamente dolidos que Markus estuviera involucrado, no sabían cómo darle la noticia a sus padres que estaba muerto.

Connor sintió una opresión en el pecho que lo estaba volviendo loco. Perder a Paulina significaría morir en vida. Fue entonces cuando entendió por qué ella sintió estar muerta en vida hasta que llegó él, le daba terror perderla,

la amaba con locura y mientras más luchaban para ser felices, parecía que el destino se empeñaba en fastidiarlos.

—Voy a buscarla —les anunció a su hermano y cuñado.

—Iré contigo —le señaló David tocando su hombro—. Paulina es todo para mí.

—Cuenten conmigo, creo que es tiempo que todos vivamos en paz —comentó Alan—. ¿No tienen idea de quién pueda ser? Markus está muerto, pero alguien lo ayudaba.

—No tengo ni idea —contestó David y pensó en que su abuela podría tener la respuesta—. Iré a casa de mi abuela, pero tengo que pasar a casa primero para cambiarme.

Elizabeth observó las flores frescas en la tumba de su esposo y escupió sobre la lápida, su corazón guardaba el rencor más grande hacía él y todo lo que significaba. Ahí haría el sacrificio del cordero, ella que había matado a su propio esposo y que sintió como fue arrebatarse la vida a su enfermera, lo haría con Paulina.

Ella fue el lobo vestido de lindo cordero, todo lo que hizo fue planeado para desviar las sospechas de ella. Aquel momento era el perfecto para lograr lo que tanto había deseado, matar; matar con sus propias manos a la única culpable de la muerte de su hijo. Odiaba a la pequeña bastarda y fingió por años ser la abuela perfecta, su esposo nunca imaginó lo mucho que lo destetaba.

—Despierta, Paulina —le susurró con voz melodiosa—. ¡Despierta!

Paulina entreabrió los ojos y dio un grito ahogado por una mordaza. Trató

de moverse, pero los amarres la sujetaban al mármol frío del banco. Se le escaparon lágrimas de los ojos cuando reconoció el lugar y la persona que tanto la odiaba.

«Elizabeth...», susurró en su mente.

—Sí, Paulina, soy yo, tu tía Elizabeth —le dijo con regocijo y le quitó la mordaza de los labios.

—¿Por qué? —sollozó asustada.

Elizabeth le giró el rostro y vio la lápida de George. Acercó su rostro y le susurró.

—Por él, por mi hijo y porque es tu culpa que no está conmigo.

Paulina no supo que responder ya que el peso de sus errores la estaban condenando a muerte. Las lágrimas no derramadas le abrasaban los ojos. Su mente viajó al pasado y lo vio a él, tan joven y tan dulce.

—Paulina eres la mujer de mi vida —le aseguró George dándole un beso en los labios.

Paulina cerró los ojos sintiéndose nerviosa, pues aquel era el primer beso que le daban en su vida. Aquella mañana del sábado se escapó a su lugar favorito del internado con deseo de ver a George. Todos los fines de semanas ella y su primo se veían a hurtadillas y aquel beso inocente significaba que se estaba convirtiendo en una mujer.

—Tengo miedo —le confesó pues estaba segura que su familia no aceptaría su relación.

—No lo tengas, siempre voy a cuidar de ti —le prometió.

George se acercó con temor al rechazo, era mucho mayor que su pequeña prima y se estaba enamorando perdidamente de ella. Sabía que debería luchar contra todos por ella, estaba dispuesto hacerlo con tal de hacerla feliz.

—*Te quiero —le susurró antes de volver a besarla.*

—Yo no quería que me dejara —sollozó Paulina al sentir el frío filo de un cuchillo—. Lo amaba, lo amé siempre.

—¡Mentirosa! —gritó fuera de sí Elizabeth—. Mi hijo tenía un futuro y lo arruinaste, por eso te voy a quitar el tuyo.

—¡Tía!, por favor... —sollozó—. Piensa en Elizabeth.

—Esa maldita bastarda, cuando te asesine iré por ella y al fin podré ser tan dura como deseaba. —Elizabeth comenzó a caminar de un lado a otro—. Edward la protegía de mí, así como lo hizo contigo. —Aquello tomó por sorpresa a Paulina—. Sí, no te sorprendas... —Soltó una carcajada.

—¿Por qué me odias tanto?

—Mi hijo murió por tu culpa —chilló fuera de sí—. Debiste ser tú, por eso tu abuelo y yo adelantamos tu parto. Deseábamos que la bastarda se muriera al nacer, pero no, la suerte las acompaña desde que nació.

—Es tu nieta —le dijo con dolor Paulina y le pidió—: Suéltame.

Elizabeth comenzó a reírse y el corazón se le detuvo a Paulina, pensó en las palabras de ella y en como juzgó a su tío todo el tiempo. Quizás no estaba de acuerdo con su relación con George, sin embargo, no deseaba hacerle daño, por eso nunca se imaginó que su tía sería la causante de todas sus desgracias.

—Cuando regresaste a Londres supe que debía terminar con tu vida, deseé tanto hacerlo con mis propias manos. —Sonrió y Paulina pudo apreciar que toda la maldad que poseía dentro de su corazón había consumido a la mujer—. Conseguí a personas que te odiaban por tan solo ser tú, la niña consentida que armaba todo un drama por la muerte de sus padres. ¿Las personas mueren, lo sabías, Paulina?

—Yo no te hice nada —profirió con miedo.

—Sí claro, como Clare y William que deseaban quitarle el título a Edward. Fue por eso que pagué para que cortaran los cables de la avioneta.

Paulina sintió como la bilis subió por su esófago, quemando todo a su paso, aquello. Creía que era una pesadilla, no podía aceptar que su tía era la culpable de la muerte de sus padres y ahora sería su verdugo.

—¡Los asesinaste, eres una maldita asesina! —gritó moviéndose tratando de soltar sus amarres.

Elizabeth sabía que le hacía más daño confesándole la verdad, que torturándola con un cuchillo. Las palabras hieren y matan a los corazones soñadores.

—Y tú lo hiciste con George —le contestó con rabia.

—Él lo hizo, yo no le dije que se colgara y me dejara sola —sollozó—. Yo lo amaba con toda mi alma, y renunció a mí cuando prometió cuidarme siempre y me dejó sola. —No pudo evitar llorar desesperada y fijó la vista en el nombre grabado en la lápida—. Cuando estaba sola pensaba en él y lo felices que pudimos ser juntos, toqué el cielo con las manos y después me quitaron todo, me dejaron desnuda y expuesta al dolor.

—Era un maldito capricho para ti —le recriminó.

—Si pudiera vivir otra vida, lo haría con él y sería su chica para mantener la promesa que seríamos solo los dos contra el mundo. Tía... —A Paulina se le rompió la voz de la emoción—. Ni todo el dinero del mundo, ni los títulos y nada me devolverá a George, pero si esto es el precio que tengo que pagar por perderlo, mátame.

Elizabeth se sorprendió por la última palabra de Paulina y tuvo que

salirse del mausoleo. Debía poner sus pensamientos en orden. Deseaba hacerla sufrir un poco más y parecía que no podría lograrlo. Solo deseaba clamar venganza por su hijo.

—Es Elizabeth, siempre fue ella —le confesó arrepentida Sarah a David mientras un agente tomaba nota.

David una vez más observó con decepción a su abuela, deseaba que la vida hubiese puesto a su familia en otras circunstancias. Paulina llevaba ocho horas desaparecida y no había rastros de ella, la vida de su hermana parecía estar pendiendo de un hilo y era en aquel momento que la anciana estaba confesando todo lo que sabía desde hace mucho tiempo. Escuchó con rabia cada palabra y recordó que siempre tuvo las sospechas sobre su tía, sin embargo, no dijo nada creyendo a la mujer incapaz de hacer daño.

Se acordó del nacimiento de su hija y justo ese día su cabeza especuló en aquella en la posibilidad de que pudiera ser ella. Ver a su tía en el funeral levantó suspicacias en él y fue un tonto en no atar los cabos para llegar a la verdad. Se sentía culpable por todo lo que estaba sucediendo y estaba seguro de que nunca se perdonaría si algo le sucediera Paulina.

Al terminar de escuchar la declaración de su abuela, se acercó a ella y la tomó del brazo para llevarla al despacho. Por primera vez en años le diría lo que sentía, porque estaba cansado de descubrir mentira tras mentira de su parte, saldría de aquella maldita casa para nunca más volver; su mente se encontraba enajenada por la rabia, la decepción y el dolor. Convencido de que nunca perdonaría a su abuela, entraron al despacho y cerró la puerta con fuerza.

Sarah se estremeció y percibió el dolor de su nieto, con esto había

arruinado a su familia y nunca podría perdonarse a ella misma.

—Habla y di lo que tengas que decir, para salir a buscar a mi hermana y no volver nunca más a esta casa —bramó molesto.

—David, hijo mío. —Sara trató de acercarse y él se alejó pasando sus manos por su rostro.

—¡Maldita sea, abuela! Habla de una vez por todas y deja de ocultarnos cosas. ¡Ya no somos unos niños! —le increpó lleno de coraje.

—Son muchos secretos, lo siento tanto —le pidió arrepentida.

—¿Cuánto más? —inquirió—. Abuela, siempre fue mi tía y nos hiciste creer que era Edward. —Se sentó derrotado—. ¿Por qué nos ocultaste la verdad?

—Al principio pensé que era Edward, tenía las sospechas que fue él quien se alió con tu abuelo para separar a Paulina y George. La noche que se decidió el destino la niña, no pude hacer nada y escuché detrás de la puerta, me di cuenta muy tarde de que era Elizabeth. —Exhaló cansada—. Ella odiaba a tu hermana, al punto de desear hacerle daño.

—¿Cómo pudiste ocultarlo? ¡Dime! —Él caminaba como un león enjaulado—. Hace unas cuantas noches ella estuvo aquí y no dijiste nada. — Se quedó quieto frente al escritorio y le dio un golpe seco—. ¿Por qué abuela? ¿A qué tanto le temes?

—Elizabeth sabe cosas que destruiría a esta familia —confesó apenada.

—Di de una vez por todas que ocultas —le exigió.

Sarah respiró profundo pues se sentía presa del miedo. David poseía el mismo carácter irascible de su verdadero abuelo, sabía que nunca se la perdonaría.

—Tu padre no es hijo de William, cuando me casé con tu abuelo estaba embarazada de un pintor —le reveló ocultando la mirada en el suelo.

David tardó unos segundo en procesar aquella respuesta. Deseó atar cabos, sin embargo, todo le parecía tan ridículo cuando la vida de su hermana estaba en manos de una asesina.

—¡Hijo!

Él no deseaba quedarse ni un segundo más en aquel hogar que en cada rincón guardaba el silencio de una mentira. Salió del despacho dejando a su abuela y fue en busca de lo que realmente le importaba.

Su hermana.

Paulina.

—¿Y dime qué se siente que todos a tu alrededor mueran? —le preguntó con un tono de burla Elizabeth a Paulina.

—¡Mátame! —le pidió harta de todo.

—Pronto, solo deseo que respondas a mi pregunta.

—¿Qué te hice? —sollozó desesperada.

Elizabeth se estaba cansando del juego, quería hacerla sufrir y ahí estaba la dulce niña entregándose a su destino. Su plan no era ese, no sabía qué hace ya que solo deseaba atormentarla antes de asesinarla.

—Cuando nació George supe que mi vida era él, pero tu tío se encargó de alejarlo de mí y luego llegaste tú —susurró alejada de la realidad—. Mi niño era todo para mí, era lo me había regalado la vida y tú me lo quitaste.

—Yo no lo maté, fueron ustedes con sus ganas de alejarnos —lloriqueó Paulina—. Quizás, si tan solo hubieran hecho todo diferente, él estuviera vivo.

—¡Mentira! —gruñó—. Eres la única culpable, la única.

—Lo siento...

—¿Y de qué me sirve eso? —inquirió.

—Si me perdonaras, quizás pudieras borrar todo ese dolor de tu corazón —le suplicó Paulina—, si no puedes hacerlo, márame de una vez —le exigió.

La mujer se acercó y tiró del cabello de la joven, que chilló de dolor mientras su cuerpo titiritaba del frío. Paulina cerró los ojos pensando en sus hijos y Connor, su abuela, hermano, sobrina y amiga. Dejaría este mundo finalmente en manos de la persona que menos imaginó.

—Hazlo —gritaba suplicando su muerte—. Hazlo.

Elizabeth tomó el cuchillo y cortó los amarres, la arrastró sujetándola por el cabello y la tumbó al suelo. Ya estaba cansada de escuchar sus gritos, deseaba ya observar como su alma abandonaba su cuerpo.

—¡Te odio! —le gritó mientras trataba de cortar su cuello.

Paulina cerró los ojos y como una película su vida pasó por su mente. Se vio de niña junto a su familia, recordó a George, Connor, Lorraine y ella riéndose, sus hijos. Todo era una secuencia de recuerdos, que le hizo entender que a pesar de sus errores había vivido bien.

«Los amo», pensó y se entregó de tal manera que todo se fue nublando, mientras que el aire no llegaba a sus pulmones.

—Connor —musitó.

Elizabeth se sorprendió cuando la chica cerró los ojos, no sabía que había

sucedido y por un segundo pensó que logró su cometido. Frente a ella se materializó una sombra siniestra.

—¡La mataste! —le recriminó con rabia.

—George —farfulló asustada al reconocer la voz de hijo.

—Te odio, mataste a la mujer que amo.

—Hijo...

—¡Suéltala! —le ordenó.

—Hijo, perdóname.

—¡Suéltala!

La sombra se cernió sobre ella y soltó a la chica asustada. Gritaba perdón a la nada mientras a cada segundo perdía un poco más la razón. Escuchaba a George en el eco cavernoso y en tono lastimero le rogaba su perdón.

Connor junto a Alan recorrió cada calle de Londres buscando a Paulina, deseaba encontrarla y así poder cumplir cada promesa de amor eterno. Su móvil sonó y en la pantalla leyó el nombre de David Ferguson. Contestó rogando al Cielo que su cuñado tuviera mejores noticias que él.

—David.

—Creo saber dónde están —le dijo.

—¿Quién la tiene? —preguntó.

—Mi tía, la abuela de Lizzie. —Exhaló cansado—. Tengo un presentimiento, pero puede que no estén ahí.

—Entonces dime y vamos juntos.

—Creo que en el estado mental que está mi tía, debemos ir con un grupo de la *Scotland Yard*.

David le recitó la dirección a Connor, no obstante, quedó sorprendido pues fue al primer lugar al que fue y no encontró nada.

«Si de verdad existes Dios, si lo haces, ayúdame a encontrarla», rezó cambiando de rumbo de su automóvil. Sus miedos más profundos estaban saliendo a flor piel, porque su vida era Paulina.

Ojos Azules era el AMOR DE SU VIDA.

David bajó junto a un grupo de policías, había pensado en un lugar que significara todo para su tía y recordó el funeral de su tío. Dentro del mausoleo de los Carnegie estaba todo lo que ella quería en el mundo, pero la pregunta que se hacía era por qué, ¿por qué odiaba tanto a Paulina?

Su mente no tenía otro pensamiento que salvar a su hermana, fue la promesa que le hizo a Lorraine justo antes de salir de casa.

No soportaría perder a lo única persona que quedaba de su familia, pues aquel día creyó sentir la gran pérdida de sus padres. Nunca pudo superarlo, aunque siempre fue el más fuerte por su hermana y la sobreprotegió pretendiendo que así podría alejarla de lo malo. Sin embargo, su abuela ocultó la verdad y eso solo lo hacía desear que ella estuviera muerta. Nunca aprendió a perdonar, solo a la pequeña de ojos azules que decidió proteger con su propia vida.

—Usted debe quedarse aquí —le advirtió el agente.

—¡Es mi hermana! —le siseó entre dientes.

El detective prefirió ignorarlo mientras todos se preparaban para entrar. El rústico de su cuñado se estacionó y Connor bajó corriendo burlando el cerco policial. David decidió imitarlo y cuando por fin logró hacerlo, se detuvo de golpe al escuchar un disparo.

El mundo de Connor se hizo pequeño al oír la detonación, aceleró para llegar lo más rápido que pudo. Recordó aquella noche que encontraron a Paulina junto a la tumba de George, la misma que comprendió que la amaba más que nada en el mundo. Encontró la verja entre abierta y palideció cuando encontró a Paulina sobre un charco de sangre y a Elizabeth muerta.

—¡Paulina! —gritó corriendo a su lado.

David se detuvo al escuchar el alarido de dolor de su cuñado y cayó de rodillas en la entrada. La agonía de decirle adiós a su hermana, lo petrificó mientras los agentes entraban. Les había fallado a sus padres, era lo único que se repetía en su mente.

Sarah caminaba de un lado a otro en el salón de la casa de David y Lorraine. Estaba aterrorizada pues se dio cuenta muy tarde de lo que era capaz Elizabeth. Le contó lo sucedido a la esposa de su nieto con la esperanza de que intercediera entre los dos.

Lorraine asustada no despegaba la mirada de su móvil. Ella que nunca en su vida había orado, estaba pidiéndole a Dios que ayudara a su mejor amiga.

—Si le sucede algo, seré la única culpable —musitó Sarah.

—Sarah, nadie podía adivinar que era ella. —Respiró cansada—. Debiste avisarnos de su visita, quizás hubiésemos protegido a Paulina.

—Tuve miedo.

—El miedo ha puesto en peligro a Paulina muchas veces, no soy quién para recriminarte nada. —Lorraine negó con su cabeza porque estaba un poco contrariada—. En cuanto a tu silencio por tu hijo, era tu secreto y si deseabas podías guardarlo hasta el final.

—Debía decirlo.

—Al igual que Elizabeth fue siempre la que te amenazó. ¡Cristo! —Se levantó del sofá pues se sintió alterada—. Debiste decirnos la verdad.

Sarah cayó derrotada sobre el mueble, porque estaba segura de que sus

nietos no le darían la oportunidad de explicarles. En silencio lloró y rezó para que David llegara a tiempo para salvar a su hermana.

Connor iba en la ambulancia musitando palabras de amor a Paulina, que estaba inconsciente, pero sin ningún signo de maltrato físico. La temperatura elevada era evidencia de que estaba sufriendo una infección, ya que había sido secuestrada a pocas horas de dar a luz y no había recibido la atención médica que requería.

—¿Es alérgica a algún medicamento? —le preguntó el paramédico buscando un antipirético que le bajara la temperatura.

—No lo es —contestó—. ¿Estará bien?

—Sí, solo déjenos hacer nuestro trabajo.

Asintió y tomo la mano de la mujer que se había convertido en su vuelta de página. Comprendió que desde la primera noche que la vio en el local ella brilló para enamorallo. Aquel temperamento primitivo era significado que se pertenecían el uno al otro, eran el ying y yang, su alfa y omega, el principio y final de sus vidas.

Recordó las últimas horas y respiró aliviado cuando encontró el pulso débil en su cuello, estaba con vida y era todo lo que necesitaba para sentirse de nuevo vivo. Guardaba la esperanza de que ahora sin nadie que deseara hacerles daño podrían ser felices. Pensó en Markus y todo el odio que este poseía hacía él, nunca se imaginó que su hermano adoptivo hubiera sido capaz de hacer tantas cosas. Sintió repulsión de él mismo cuando constató con sus ojos que lo había desfigurado con sus golpes.

Markus era un despojo humano y aquel hombre guapo que conquistaba

cualquier mujer desapareció. El alma negra se reflejaba en su nuevo aspecto, haciéndolo ver más siniestro y lloró en silencio en la ambulancia, porque a pesar de todo lo malo era su hermano el que había muerto y deseaba recordarlo como aquel niño que siempre jugaba a su lado.

—Connor...

—Estoy aquí —le expresó apretando su mano—. No me dejes, no puedes irte y dejarnos. Tu familia te necesita.

No pudo evitar llorar porque el miedo lo paralizaba, ya que la vida no podía ser tan injusta con ellos dos. Tenían a su pequeño hijo, sus dos hijas y ella tenía que luchar por ellos, por él y por su amor. Pues esta vez haría las cosas bien, porque el amor que sentía podía llevarlo a la locura si la perdía. Quiso borrar ese pensamiento y le suplicó:

—Lucha, Ojos azules, lucha.

David esperaba en la sala de espera junto a Connor, Lorraine y su abuela. La angustia del pasado regresó, esa era la segunda vez que la vida de su hermana pendía de un hilo. Apretaba los dedos con fuerza sobre su muslo porque se creía culpable. Se recriminaba que debió indagar más cuando vio a Elizabeth aparecerse en el funeral. La culpa podía ser el peor castigo que podía sufrir un ser humano, aquel sentimiento ahogaba a las personas y muchas veces podía llevarlas a la locura.

—Estará bien —le aseguró Lorraine tomando su mano.

—Tengo miedo de perderla —le confesó a su esposa.

—Todos los que estamos aquí sentimos lo mismo, David. Solo tienes que mirar a tu alrededor y darte cuenta de que amamos a Paulina. —Tomó su mano

y la apretó tratando de calmarlo—. Deberías aprender a perdonar, tu abuela no tiene la culpa.

—Ocultó la verdad —siseó.

—Tú lo hiciste cuando pensaste que Lizzie estaba muerta —le reprochó.

—No es lo mismo porque estamos hablando de que ahora no soy un Ferguson y que su silencio detonó todo esto.

—Un apellido no hace quién eres, las malas decisiones de otros no pueden marcarte. —Suspiró—. Sarah quizás no sea lo que todos pensamos, pero los ama con locura y muchas veces el temor puede paralizarnos.

David se levantó pues no deseaba escuchar nada más. Pasó las manos por su rostro y caminó de un lado a otro. Estaba confundido por todo lo que había descubierto, también el temor lo cegaba y necesitaba como nunca saber que su hermana estaría bien. Se sentó de nuevo para tomar la mano de su esposa, se sentía afortunado de tenerla a su lado.

—Ella estará bien —le aseguró Lorraine dibujando una sonrisa en su rostro.

Un doctor llegó a donde estaban esperando y todos se levantaron desesperados por escuchar noticias. El corazón de Connor latía asustado por la expectativa cuando el galeno comenzó a hablar.

—Paulina tiene una infección causada por una endometritis, pasó mucho tiempo en labor de parto y luego no recibió las dosis de antibióticos preventivos. Ella está estable y un poco alterada por el evento traumático, sin embargo, la sedamos.

—¿Estará bien? —preguntó Connor interrumpiéndolo.

—Lo estará, lo único que no podrá hacer es amantar al pequeño. Le

enviaremos unas pastillas para secar la leche materna y evitar una mastitis — contestó.

—¿Cuándo podremos verla? —preguntó David aliviado.

—Le suministramos un sedante, pero estoy seguro de que cuando ella despierte querrá verlos a todos —contestó.

—Gracias, no sabe lo que significa para nosotros sus noticias —le dijo Lorraine.

El doctor solo asintió y se retiró a seguir trabajando. David abrazó a su esposa y le besó en la coronilla ya que estaba asustado, pero poco a poco sentía como regresaban la paz y la calma. Sarah y Connor se sentaron de nuevo a esperar que Paulina despertara, cada uno sumido en sus pensamientos.

La vida de nuevo le regalaba una oportunidad a la chica de ojos azules, quizás esta vez sin miedos y persecuciones. Ella volvería a renacer pues era una guerrera, lo había demostrado en más de una ocasión.

Connor entró a la habitación y halló adormitada a Paulina, sentía tantos sentimientos en aquel momento que no podía explicarlo con palabras. ELLA significaba todo para ÉL, se había enamorado de cada demonio, sombras y oscuridad que poseía dentro de su ser, se quedó a su lado cuando ella solo le daba razones para irse. Finalmente eran libres para ser felices y por tal razón deseaba llenar con luz cada segundo, para disipar todos los malos recuerdos.

El amor puede llegar de formas misteriosas a la vida de cada persona. Ellos lo encontraron en el placer de cocinar y el éxtasis de la pasión. Estaba convencido que debía dejar todo lo malo atrás y juntos saltar en busca de la felicidad.

—Te amo —susurró dejando un beso casto en la coronilla de Paulina.

—Connor —musitó Paulina y tuvo que carraspear porque sentía su garganta seca.

—Ya todo pasó y acabó, somos libres para vivir sin miedo a nada.

—Era mi tía, siempre pensé que era otra persona —sollozó conmovida—. Pero era ella, la misma que le dijo a George que nos apoyaría en todo.

—Lo siento, cariño. —Se sentó a su lado y tomó su mano—. Los dos fuimos traicionados por personas que amamos, pero hay otras que lo hacen y solo desean vernos felices.

—¿Jonathan? —preguntó asustada.

—Está bien, pero por ahora no puede estar contigo. —Besó el dorso de la mano—. Pronto estaremos juntos disfrutando de nuestros hijos. —Dejó un beso en su cabello—. Las niñas mueren por verte y saber que estás bien.

—Ya solo quiero estar en casa y olvidar todo lo malo —agregó cansada.

—Todo estará bien.

Dos fuertes golpes en la puerta asustaron a Paulina, sin embargo, cuando esta se abrió respiró tranquila que eran su hermano y abuela. El rostro molesto de David no se le pasó desapercibido a la chica, pero se estaba tan cansada que no deseó hacer alguna pregunta.

—Estoy bien —les aseguró en modo de saludo.

Sarah se acercó para abrazarla mientras temblaba a causa de la culpa. Unas cuantas horas y quizás la suerte de su nieta hubiera sido otra. Ahí la tenía sana y salva, solo quedaba esperar su reacción cuando le contara su verdad,

posiblemente nunca ninguno de sus nietos la perdonaría y ese sería su gran castigo.

—Perdóname —le rogó su abuela en un hilo de voz.

—No tengo nada que perdonarte —le aseguró—. Abuela, lo sé todo y es que trataste de protegernos tanto, que no te diste cuenta de que lo había descubierto.

—¿Cómo? —preguntó curiosa la anciana—. Siempre creí que estaba ocultando todo bien.

—Abuela, todos somos humanos y por más que queramos a ocultar el pasado, este siempre vuelve. —Suspiró—. Buscando fotos de papá encontré una de él, no lo dudé pues el parecido es increíble. Tengo ocho meses sabiendo que nunca fui una Ferguson, pero mi abuelo adoraba a mi padre y tal vez con sus reglas era una manera de demostrarnos su amor.

—Hija...

—No puedes ser que le perdones esto —le increpó David.

—Somos humanos, cometemos errores y quién esté libre de hacerlo que lo demuestre. —Se le quedó observando—. Lo que sea que haya llevado a la abuela a ocultar esto, no nos hace verdugos de su verdad. Ya tengo suficiente con lo que he vivido. David aprende a perdonar.

—Y una vez más mi hermana menor me da una lección —contestó.

Ya tendrían tiempo de hablar o tal vez Sarah nunca les contaría su historia. Paulina aprendió que no debía juzgar, porque los juicios a su alrededor solo causaron daño a todo aquel que se acercara a ella. Solo deseaba al fin poder vivir en paz, observó a su hermano tan valiente y tan noble, a su abuela tan amorosa y Connor que era el hombre de su vida.

«Me toca aprender a ser feliz», se dijo en su mente al cerrar los ojos para descansar.

La vida siempre cambiaba los matices de los colores que queremos ver, muchas veces comenzamos a ver todo blanco y negro por la sencilla razón que nos ahogan los problemas. Sin embargo, cuando comprendemos que solo debemos dar vuelta a la hoja y así pasar la página aprendemos a ser felices. Siempre tendremos trabas en el camino, pero salir airoso o quizás golpeado de cada situación es un aprendizaje que durará nosotros hasta el final.

¿Quién no se ha caído alguna vez?

Paulina estaba viviendo la vida que merecía, su paz interior la hacía mirar con colores hasta los problemas más graves. Los años malos se fueron desdibujando quedando como manchas oscuras que le daban sombras al cuadro de su vida. Estaba por cumplir los treinta y cinco años, pero lo que más le emocionaba es que había logrado su más grande sueño.

UNA FAMILIA FELIZ.

Connor y ella disfrutaban de cada momento que vivían juntos, su familia creció en número y fue algo que no pudieron detener. Al año y nueve meses de nacer Jonathan, tuvieron un pequeña que le pusieron por nombre Sarah y, exactamente en el mismo tiempo luego nació un pequeño que le pusieron por nombre William. Una gran familia de siete integrantes que vivían felices a las afueras de la ciudad, lejos del estrés que producía. Su pequeña pastelería se volvió un éxito en Londres, cada dulce era una creación infinita de amor y por eso cuando recibió las tres estrellas Michelin, se sintió complacida de transmitir lo que albergaba su corazón en pequeñas dosis con azúcar.

Aquel día era gris como el dolor de despedir a su abuela, sin embargo, los últimos años que compartió con Sarah tuvieron un mayor significado

dentro de su vida. Le enseñó que los errores son para aprender y que cuando amamos intensamente nunca podrás olvidar. Conoció por relatos a su verdadero abuelo, al punto de verse reflejada en él y entonces comprendió que a pesar de todo ella pudo vivir plenamente, aunque tuvo aciertos y errores, al cabo la anciana terminó complaciendo las reglas que le hicieron daño.

David tomó su mano para dejar juntos una rosa blanca en el ataúd de Sarah, los dos visiblemente emocionados se abrazaron.

—Ya descansó —susurró Paulina—. Ve con él y juntos busquen a papá.

—Fui injusto tantas veces con ella —murmuró David.

—Sé que te amaba como a nadie.

Aquel momento era solo para los dos cuando salieron del mausoleo familiar, se encontraron con sus familias. David abrazó a su hermana tan fuerte como pudo, la noticia de que *Sugar*, era un restaurante que saldría en la Guía Michelin había llegado justamente aquel día.

—Deberíamos ir al Orange a comer, debemos celebrar que eres una chef pastelera de tres estrellas Michelin —le sugirió David.

—Sí, Ina, estamos todos y sabes que pronto volveremos a Paris —insistió Lorraine, pues desde que David era embajador no vivían casi en el país—. Es una oportunidad de honrar a Sarah y recordar lo bueno que nos dejó.

—Me parece una buena idea —agregó Connor tomando las manos de su esposa.

—Vale, pero vamos a cambiarnos y que los niños puedan darse una ducha —aceptó Paulina.

Cuando David tomó la decisión de buscar a la mujer que amaba, nunca pensó que su vida daría un giro de ciento ochenta grados, pues él era un hombre muy singular. Sin embargo, la pequeña rubia había conquistado su corazón, por eso juntos construyeron sus castillos y cuento de hadas. Eran felices viviendo en su hermosa y pequeña burbuja de amor.

Los años habían hecho que los dos formaran un hogar sólido. Tenían dos hijos, Clare y Harry que eran la luz de sus ojos. Lorraine había conseguido entrar en UNIFEC como embajadora, lo cual lo había hecho el hombre más orgulloso del mundo, por eso cuando ella salió del vestidor no pudo dejar de sentir que era afortunado. Ella estaba vestida con un jean desgastado, un suéter de punto y recordó a la chica que lo hacía esconderse, pues provocaba sentimientos contradictorios con los cuales luchó por mucho tiempo.

—Sigues siendo la chica de la cual me enamoré —le dijo.

—Estoy vieja, pero para tu mala suerte te casaste conmigo y es para siempre —le contestó ella.

David se levantó tan rápido que no le dio tiempo de reaccionar, cuando la tomó por la cintura para tumbarla sobre la cama. Los dos se carcajearon y él no pudo evitar besarla, cada vez más se sentía un poco más enamorado de ella. Aquel idilio era su locura y su única vida.

—Vamos, nos esperan —le increpó Lorraine muerta de risa.

—Quiero quedarme contigo para siempre en la cama —ronroneó en su cuello.

—David...

—Te quiero hacer el amor, perderme entre tus piernas y nunca más salir.

—Hmmm, te lo juro que lo deseo —le respondió ella sintiendo como su

sexo se humedecía.

—En veinte minutos podemos hacerlo.

Lorraine atrapó sus labios y se olvidó de la cita. Amaba cada segundo junto a David, su primer y único amor. Ella que solo quería a alguien que la amara, había encontrado eso y más en los brazos del hombre de sus sueños.

En el privado del Orange estaba reunida la familia para celebrar la vida de Sarah y el gran logro de Paulina. Abrieron las botellas de champaña cristal para honrar a la anciana. David tomó la palabra verdaderamente emocionado

—Mi abuela fue una gran mujer, la juzgué mal cada vez que creí tener la razón. —Observó a Paulina que se secaba las lágrimas—. Estaba orgullosa de ti, fuiste siempre su consentida, bueno la de todos. —Sonrió—. Sé que en este momento está junto a nuestros padres celebrando que lo lograste ser una gran chef.

—David —musitó Paulina.

—Por la abuela. —David alzó su copa.

—Por la abuela.

Todos brindaron por Sarah que después de luchar unos días por vivir, se entregó finalmente. Nacer es morir y por eso ellos habían decidido celebrar la vida de una mujer que a pesar de sus errores, los amó como a nadie.

Paulina se acercó a su hermano y lo abrazó, siempre que podía le recordaba lo mucho que lo amaba. Clare y Jonathan cuidaban a Sarah, William y Harry mientras de que Emily y Elizabeth estaban atentas a sus móviles, pues ya eran todas unas adolescentes.

—Creo que lo hicimos bien —le comentó David observando la sala.

—No lo habría hecho sin ti —le susurró Paulina en el oído—. Gracias.

—Eres la mujer más fuerte del mundo, lo que te hizo débil ahora te engrandece.

—Gracias. —Paulina tomó sus manos—. Sin ti quizás estuviera con ellos.

—Nunca. —David besó su frente y fue a separar a William y Harry que estaban a punto de pelear.

Paulina sonrió y recordó todo lo que había vivido en aquel restaurante. Sabía que aquel lugar significaba mucho más para Connor.

—Un chelín por tus pensamientos —le susurró él tomándola por la cintura

—Nos atrevimos a vivir —le dijo recordando aquella vez que desnudaron su alma.

—Lo hicimos bien.

Paulina se giró y se abrazó al cuello de Connor, cuando encontró los ojos verdes llenos de amor, su mente se trasladó al día de su boda.

El pequeño templo de la casa en Escocia de sus padres estaba casi vacío. Dentro estaban solo aquellos que habían vivido su amor. Connor estaba de pie frente al altar observando cada paso que daba hacia él, aquel día Paulina se sintió la mujer más amada en el mundo. El hombre que había llegado a su vida para cambiarlo todo la esperaba con una sonrisa y una intensa mirada.

Su hermano se detuvo a solo unos cuantos pasos, los dos compartieron una sonrisa cómplice. Él dejó un beso casto en su coronilla para luego susurrarle:

—Te toca ser feliz. —Él le ofreció la mano a Connor que recibió con una hermosa sonrisa dibujada en el rostro y le dijo—: Cuida de ella.

Connor solo pudo asentir, pues solo tenía ojos para la mujer que amaba. Los dos al fin se unirían en sagrado matrimonio. El universo había conspirado a su favor, era hora que vivieran el momento y atreverse a ser felices. El ministro ofició la ceremonia recordando a los padres de Paulina en todo momento. Llegado el momento de los votos dejó que ellos hablaran.

—Cuando te vi sabía que eras para mí, eras la mujer más hermosa del lugar y me hechizaste ese día. —Connor se secó el sudor de su frente causando que ella se acercara para dejar un beso en su mejilla—. Paulina, prometo que de ahora en adelante solo tendremos alegrías y si llegamos tener alguna tristeza, te pido disculpas desde ya. Quiero que nuestra familia siga creciendo, luchar juntos para que tus sueños se hagan realidad y que cada meta sea un éxito. Eras la mujer perfecta en el momento perfecto. Te amo tanto, que la idea de no tenerte a mi lado me atormenta, no quiero pasar de nuevo otro frío noviembre sin ti. —Tomó el anillo y lo deslizó en su dedo mientras ella ahogaba algunas lágrimas de felicidad—. Por eso ahora te tomo como mi esposa para amarte, cuidarte, respetarte y apoyarte en los momentos buenos y malos hasta que la muerte nos separe.

—Pensé que la vida no tenía colores hasta que te conocí, todo cambió y para bien. —Sonrió nerviosa pues aún era tímida para expresar sus sentimientos—. A tu lado conocí lo que significa el amor, aprendí que siempre se puede tener a alguien que pueda ayudarte. Me atreví a vivir sin miedo a nada, porque contigo me siento fuerte y protegida. —Paulina deslizó el anillo en el dedo de Connor—. Te recibo como mi esposo para amarte, apoyarte, respetarte y estar juntos por siempre, porque sé que ni la muerte podría separarnos ya que nuestros hijos harán que vivamos en sus

corazones por siempre.

Connor se saltó las palabras del ministro y tomó a su Paulina por la cintura para besarla sin decoro frente a todos.

—Te amo, Connor, eres el motor de mi vida y este reconocimiento te lo debo a ti —le agradeció Paulina—. Creíste en mí cuando apenas me había graduado, me dejaste entrar a tu cocina y a tu vida. Eres todo lo que necesitaba para saber que podía ser feliz.

—Esas estrellas son tuyas, lo supe cuando confirmé tu pasión. —Tomó su barbilla y dejó un pequeño beso en sus labios—. Ojos Azules eres la mujer más maravillosa de este mundo.

—Tenía miedo amar porque creía que iba a salir lastimada. —Suspiró—. Me atreví amarte y eres lo mejor que me ha pasado.

—Gracias por perdonarme. —Connor sabía que sin aquel beneplácito nunca hubieran conseguido nada de lo que tenían—. Ese fue el primer paso para ser felices.

—Te amo.

Se besaron apasionadamente escuchando los aplausos y muecas de los niños. Cuando el miedo te paralice lucha contra él, porque amar y ser amado es lo más increíble de este mundo. Recuerda que solo vivimos una vez, posiblemente en tu vida podrás amar a muchas personas, sin embargo, solo una se quedará para siempre a tu lado.

Epílogo

Paulina

Cuando posees todo el dinero del mundo, muchas veces falta lo más importante que es el amor. Me sentí perdida por años, hasta aquella noche en la cual unos ojos verdes me atraparon. Sé que no he sido perfecta y a su lado he cometido aciertos y muchos desaciertos, pero solo queda el amor que los dos sentimos el uno por el otro.

Connor es el hombre más maravilloso del mundo, buen padre, buen hijo, buen hermano y esposo. Si volviera a nacer, le pediría a Dios que lo pusiera en mi camino. Estoy segura que la vida a su lado será fantástica.

Aquel primer amor nunca lo olvidaré, pues George me enseñó a amar de formas que no lo hace Connor. Tal vez el destino me dio esta vuelta de hoja, para aprender que la vida siempre te da segundas oportunidades para ser feliz.

Ina se fue dando paso a una mujer segura, porque la resiliencia llegó junto a la tranquilidad del amor. Por eso siempre diré que mi esposo es mi Resilio. Todo aquello que me causó dolor, él fue capaz de borrarlo y de esa manera yo pudiera vivir plenamente junto a él.

Cuando hablan de resiliencia, les puedo asegurar que el camino hacia ella no es tan fácil como alguna vez creí. Debemos aceptar que nacemos para morir y que en algún momento de nuestras vidas las personas que amamos se irán de nuestro lado. Solo mueren aquellos que son olvidados y por eso le hablo a Lizzie sobre su padre, para que él pueda vivir eternamente en nuestros corazones. Es lo mismo que hago cuando hablo de mis padres.

Mi mundo es mi familia, siempre fue así y no me arrepiento de nada de lo

que viví. Lo bueno me hizo sonreír y lo malo me hizo fuerte.

Ahora me toca vivir este amor eterno junto al hombre que roba mis días y noches, sus caricias aún me calientan como el primer día que me atreví a ir de su mano. Connor, ÉL y todo lo que significa para MÍ.

Mi nuevo comienzo.

Mi vuelta de página.

Mi amor eterno.

Mi rebote de amor.

Mi paz.

Connor

El amor es todo lo que llena a los seres humanos, por eso cuando la conocí intuí que ella era para mí. No mentiré que primero pensó mi pene y luego mi cerebro, pero cuando Paulina está cerca es capaz de enajenar mis pensamientos.

No soy de expresar mis sentimientos, pero estos cuarenta años a su lado han sido los más maravillosos de mi vida. Tuvimos hijos, nietos y ahora disfrutamos de nuestros primeros bisnietos. Somos felices con altos y bajos, pero estamos juntos porque la vida nos enseñó que estar separados no era una opción.

Felicidad pues algunos cuentos comienzan como historias de terror y terminan como un cuento de hadas.

No puedo decir más, solo que soy FELIZ y ella también. Mi consejo

siempre será que deben atreverse a vivir, la vida solo es un instante que muchas veces no sabemos aprovechar.

Ina y yo viviremos felices para siempre en nuestro cuento de hadas.

Fin...

Agradecimientos

A Dios, porque aunque el cielo se vuelve gris, me muestras la luz.

A mi madre, porque no solo eres mi peor crítica, sino que también me ayudas a corregir lo que escribo.

A todos ustedes por leerme, por estar conmigo en las redes y por cada palabra de aliento que me han dado en estos últimos meses. Mi duelo ha sido más llevadero al saber que puedo contar con mis lectores.

A Vanessa por ayudarme con la primera edición de *Resilio*, por demostrarme que somos sabias y olvidamos los malos momentos. Foxa, gracias.

A Sophie, por la revisión final y por los comentarios que me hacen reír mientras leo.

A Kramer por todo, y sabes que no es solamente los diseños, es tu amistad y los momentos en que me dices “Para, Lore, que me mareas”.

Esta vez quiero dedicarles unas palabras a todas las cuentas blogs de Instagram, son muchas y estoy muy agradecida por el apoyo, los *edits*, las reseñas. Sé que todas toman tiempo de sus vidas cotidianas para hacerlo y eso para mí vale todo el oro del mundo. Por eso hoy no puedo dejarlas por fuera: Books_Henry_Jamie_Mike, Leer es Increible, The Life in Books, Libros que dejan huella, Books Lovers Spanish, BookImperial, El teorema de los libros, Mundo de Libros, Encantamiento de las Palabras, Libros Mentirosos.

No puedo dejar de darles las gracias Irene por sus comentarios como beta. Chica, tú eres una de las mejores que tengo. Te quiero.

Mis betas: Vanessa, Diana, Irene y Ker son las mejores y gracias por

ayudarme a cerrar los huecos. A Ker por soportar que te dijera que cambié el final solo por molestar y chica, gracias por apoyarme desde el día uno.

A Jessica, Liz, Tinti, Flor y Pao por siempre estar ahí. Ustedes merecen el cielo entero.

Gracias Totales.

Lorena.

Sobre la autora

Lorena del Valle Fuentes P. (Maracay, Venezuela, 1985) nació en la Ciudad Jardín de Venezuela, es Administradora mención Tributaria y desde pequeña le gusta leer. Su primer libro fue *Platero y yo*, pero se enamoró de la historia de niños que enseña a los adultos: *El Principito*, la obra más famosa del escritor y aviador francés Antoine de Saint-Exupéry.

Amante de las Artes en todas sus expresiones, pertenece al movimiento Coral del Edo. Aragua y también al Movimiento Guías Scouts de Venezuela. Siempre trazándose metas, entre ellas el proyecto de Leyendo con Lorena Fuentes, donde tuvo la oportunidad de compartir entrevistando a grandes autores de la rama de la literatura romántica.

Con *Soy Tuya* incursiona por primera vez en el mundo de la literatura que tanto le deleita, manteniéndose en los primeros lugares de venta por más de seis meses seguidos.

Redes Sociales:

Facebook: <https://www.facebook.com/lorenafuentesescritora/>

Instagram: @lorenafuentes2

Twitter: @lore2811

Email: leyendocon@gmail.com

Otros títulos

Serie “Nos pertenecemos”



Unitarios:



Disponibles en Amazon:

<https://www.amazon.com/Lorena-Fuentes/e/B00VANH93M/>



[☞](#) Sunshine: Sol